

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE COMUNICACIÓN, LINGÜÍSTICA Y LITERATURA

ESCUELA DE LITERATURA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN CON MENCIÓN EN LITERATURA

**IDENTIFICACIÓN DE MOTIVOS ÉPICOS EN *LA HISTORIA  
ANTIGUA DEL REINO DE QUITO*: EL HÉROE, LA GUERRA Y LA  
VISIÓN DEL OTRO**

MATEO GUAYASAMÍN

DIRECTORA: DRA. MIRIAM MERCHÁN

Quito, 2011



*A mis cuatro abuelos*

## **Agradecimientos**

A mi padre por haberme enseñado la Historia de Quito, a mi madre y hermanos por su incondicional apoyo, a mis maestros: Miriam, León y Vicente por sus consejos. A Zaida Capote y a la ciudad de La Habana por haber acogido al padre Velasco y a mí en nuestras investigaciones; a los amigos, a los bibliotecarios de la PUCE y a Diana, mi compañera.

Sólo hay un pasado: ese que inventamos  
y sólo un futuro: el que añoramos.

Juan Valdano, *Mientras llega el día*.

## TABLA DE CONTENIDOS

RESUMEN.....	viii
INTRODUCCIÓN.....	1

### CAPÍTULO I. DIMENSIÓN NARRATIVA DEL RELATO HISTÓRICO

1.1. La obra histórica como discurso narrativo, propuesta analítica de Hayden White.....	12
1.2. La trama histórica y el relato en la <i>Historia Antigua del Reino de Quito</i> .....	18
1.3. El tema y los motivos literarios en la <i>Historia Antigua del Reino de Quito</i> .....	25
1.4. El narrador y la focalización de la <i>Historia Antigua del Reino de Quito</i> .....	29
1.5. Tropos y figuras retóricas en el discurso histórico.....	35
1.6. Figuras Retóricas en la <i>Historia Antigua del Reino de Quito</i> .....	38

### CAPÍTULO 2. EL HÉROE

2.1. Definiciones generales.....	43
2.2. Héroes en la <i>Historia Antigua del Reino de Quito</i> : Cacha Scyri, Huaynacápac y Atahualpa.....	47

### CAPÍTULO 3. LA GUERRA

3.1. Generalidades.....	65
3.2. Las guerras prehispánicas y su característica épica.....	68
3.3. Las guerras de los conquistadores en la <i>Historia Antigua del Reino de Quito</i> .....	78

## **CAPÍTULO 4. LA VISIÓN DEL OTRO**

4.1. La visión de los personajes aborígenes sobre sus semejantes.....86

4.2. La visión de los aborígenes sobre los extranjeros o *la visión de los vencidos*.....89

4.3. La visión de los conquistadores sobre los aborígenes.....93

**CONCLUSIONES**.....99

**BIBLIOGRAFÍA**.....102

**ANEXOS**.....105

La Historia Antigua del Reino del Quito: proyecto histórico-narrativo de identidad nacional.....105

Mapa mental de la disertación.....107

## RESUMEN

La *Historia Antigua del Reino de Quito* escrita por el padre Juan de Velasco y publicada en 1789 es posiblemente una de las obras que más discusiones ha suscitado en la literatura ecuatoriana. Esta cuestión ha llenado al texto de epítetos, críticos y defensores, que atienden principalmente a señalar una incógnita: ¿libro histórico o literario?

Si nos fijamos rápidamente en ambas disciplinas, la una tiene como objetivo principal la reconstrucción del pasado, la otra pone su atención en la imaginación; por lo tanto, cada cual tiene su propia metodología y teorías específicas que no deberían, supuestamente, mezclarse.

La discusión sobre la obra de Velasco se origina entonces por esta supuesta transgresión, lo que cuenta y cómo lo cuenta está estructurado de una manera tal que desafía la ley uniendo ambas disciplinas, lo histórico y lo fantástico, y nos demuestra que no son dicotómicas ni materias inexpugnables.

Para todo esto, se ha considerado la teoría sobre la *narratividad histórica-discursiva* expuesta por Hayden White y Paul Ricoeur como oportuna para explicar al texto, situándolo en una categoría que superaría los epítetos y cuestionamientos: *forma emotiva de reconstruir el pasado*. Con estas ideas, el discurso histórico de Velasco puede leerse como una exaltación hacia su Patria y su pasado, como una reivindicación de lo indígena y su integración en la identidad nacional que surgió en los criollos del siglo XVIII.

Por esta razón, el motivo del héroe, la guerra y la visión del otro son los elementos narrativos que dan lugar a una conexión con nuestro pasado prehispánico; la de los Scyris, Caras e Incas, con un propósito moral de inspirar en los lectores una defensa de su nacionalidad, memoria, símbolos, personajes y gestas.

Este estudio, además de revalorizar la obra de Velasco, no exige referencias objetivas ni comprobación histórica que por tanto tiempo han reclamado algunos historiadores a la obra de Velasco, y lo ubica, por su estructura organizativa y narrativa, cercano al género de la épica y la epopeya, sin llegar a convertirse en un relato fantástico.

## INTRODUCCIÓN

La *Historia Antigua del Reino de Quito* (1789) es un asunto polémico cuyo debate se ha prolongado cerca de un siglo. A medida que este trabajo tomaba cuerpo, el intento por resolver la controversia no tuvo ni tendrá la fuerza necesaria para que nuestro primer historiador salga del encasillamiento y de esos calificativos tan arraigados y lamentablemente caracterizados con alguna “mala palabra”: *fabuloso* y *fantástico*.<sup>1</sup>

A pesar de ello, el propósito principal de este trabajo es abordar el análisis texto con una teoría literaria moderna que demostrara tanto a los historiadores como a los narradores, impugnadores y defensores del padre Velasco, la posibilidad de una identificación y una asociación basada en afirmar que el discurso y la narración son campos de distorsiones encaminados a figurar y a representar.

Ésta sería la teoría de Hayden White y Paul Ricoeur cuyas ideas sobre los relatos históricos y de ficción no niegan ni ocultan las diferencias evidentes que existen entre ambas disciplinas (reducidas a la pretensión de verdad y referencialidad empírica), sino que encuentran en aquellos textos *representaciones ficticias de la realidad*, lo que permite, entre otros elementos, encontrar en *La Historia Antigua del Reino de Quito* una lectura próxima a la narrativa y un análisis de sus tópicos recurrentes.

Con estas bases teóricas, la obra del padre Juan de Velasco tal vez no salga de una serie de objeciones ni menos de su controversial discusión; sí ayuda, por otro lado, a reconocer que el debate se generó por fuertes cargas ideológicas asociadas a negar nuestros símbolos culturales y, además, a visualizar el valor narrativo de la obra por las constantes temáticas épicas y su “intención” de elaborar una consciencia e identidad nacional.

---

<sup>1</sup> Cfr.: Julio Tobar Donoso escribió que a partir de los demoleedores sarcasmos en contra de la *Historia Antigua del Reino de Quito* “(el libro) entró en una inquietante crisis de desarraigo en el patrimonio intelectual y moral de nuestros conciudadanos”. Estudio Introdutorio a la *Historia Antigua del Reino de Quito*, Puebla, Ed. J.M. Cajica, 1960, p. LXXXI.

En esta obra, se hace visible el pensamiento humanista de Velasco y la expresión temprana de nuestra Ilustración, que en América se consolida durante el siglo XVIII. El jesuita, al igual que sus contemporáneos Juan Ignacio Molina de Chile y Francisco Clavijero de México, incorporó un espíritu moderno basado en la intensificación de los estudios por las cuestiones de la cultura autóctona, como expresión del necesario proceso de emancipación que precedió al movimiento independentista<sup>2</sup>.

Cincuenta años más tarde y como punto culminante de este pensamiento americano que devino en acción revolucionaria tenemos la obra de José Martí. Sus ideas sobre la cultura latinoamericana están plasmadas en el artículo “Nuestra América” en el que se insistía en la urgencia de conocer la cultura de los pueblos latinoamericanos, y la realidad de nuestros países para poderlos gobernar mejor y liberarlos de tiranías:

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La Historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. No es más necesaria.<sup>3</sup>

En ese sentido, el padre Juan de Velasco y la *Historia Antigua del Reino de Quito* acentuaron un movimiento de recuperación cultural que quedó también plasmado en otras obras como *La Historia Natural*, *La Historia Moderna* y *la Crónica de la Compañía de Jesús*, *Vocabulario de la Lengua Peruano-Quitense, llamada del Inca* y *La colección de poesías varias hecha por un ocioso en la ciudad de Faenza*. En ellas se evidencian el imaginario de la época sobre el indígena y su cotidianidad.

Además, en estas obras se puede encontrar un testimonio de nuestras tradiciones y de nuestro pasado, acompañadas con anotaciones históricas, antropológicas y literarias. *La Historia Antigua del Reino de Quito* es una narración encaminada a encontrar las raíces que forman nuestra nación, en palabras de Isaac Barrera: “presentada con el fin de sentar la base que necesitan los países para dirigirse hacia el futuro.”<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Cfr.: Pablo Guadarrama y Nicolai Pereliguin, *Lo universal y lo específico en la cultura*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1990, p.76.

<sup>3</sup> José Martí, *Nuestra América*, en *Páginas Escogidas*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, p. 165.

<sup>4</sup> Isaac J. Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, CCE, 1960, p. 121.

Velasco al pertenecer al grupo de *los jesuitas del extrañamiento*<sup>5</sup>, emprende desde su exilio una tarea que reivindica a los quiteños desterrados y a su lugar de origen, como lo señala Adolfo de Nordenflycht:

Una forma de validar la complejidad del sujeto criollo en el espacio americano (...) para levantar sensibilidades, planteamientos y reivindicaciones propias, no obstante, sometidos a la autoridad revisora de su producción intelectual. Sus historias (la de Molina, Velasco y Clavijero) pueden apreciarse de manera más o menos explícita un reclamo de aprehensión del espacio americano desde un sentimiento que, con diferentes ponderaciones, pone de manifiesto el surgimiento embrionario de una identidad propia en los diversos territorios americanos sobre los que se historiza desde el exilio, pero haciendo resaltar la diferencia como condición sustantiva de lo americano.<sup>6</sup>

Así es como nos encontramos con el primer intento por configurar una consciencia de identidad colectiva, una idea de Estado nacional criollo, la valorización del espacio natural y del pasado mítico-legendario por medio de una narración que glorifica tanto a los habitantes aborígenes como a los conquistadores españoles. Los historiadores modernos han cuestionado con argumentos científicos el discurso de Velasco, mas son pocos los que reconocen la importancia de crear y generar una Historia que legitime nuestro legado prehispánico.

¿Pero qué exactamente era el Reino de Quito que causó tanto revuelo en nuestros cientistas sociales? ¿Quién era el padre Juan de Velasco y por qué emprendió aquella tarea? Estas interrogantes son precisas para entender el contexto dentro del cual está inmersa la obra y para comprender el sentido del discurso histórico que el jesuita se propuso representar.

---

<sup>5</sup> Título de la obra editada por Aurelio Espinosa Pólit en 1960. En ella se recalca que Velasco por haber escrito en Faenza la *Historia Antigua*, algunos historiadores creyeron que la obra estaría llena de sentimientos de añoranza y nostalgia por su tierra, lo que le restaría “objetividad” histórica.

<sup>6</sup> Adolfo de Nordenflycht, *Paratopía del exilio jesuita americano: Historia natural y narración literaria en Juan Ignacio Molina, Francisco Javier Clavijero y Juan de Velasco*, <http://www.scielo.cl/scielo.php>, 11 de agosto de 2010.

## **El padre Juan de Velasco y la *Historia Antigua del Reino de Quito***

Juan de Velasco (1727 Riobamba – 1792 Faenza) perteneció a una familia acomodada de la época y descendiente de la nobleza de Burgos. Sus estudios los realizó en la *Compañía de Jesús* donde culminó su noviciado en el año de 1744 y dos años después continuó su preparación de humanidades en el *Colegio Máximo de Quito*. De 1747 a 1753 culminó sus cursos de Filosofía y Teología y se ordenó como sacerdote. Tobar Donoso escribe que el quichua le fue familiar desde pequeño y que había formado y predicado a los indígenas en esta lengua, por lo que sus superiores le dieron cargos que favorecieron el conocimiento y la adquisición de datos históricos y geográficos sobre el *Reino de Quito*.

Resulta pertinente hablar brevemente de la *escuela* del padre Velasco y su formación en la Compañía de Jesús, esto como un acercamiento también a la doctrina que practicaba y a los valores morales que obedecía. En el año de 1732 Velasco ingresó al Colegio de Jesuitas de Riobamba, y es de suponer que desde su infancia hasta su muerte la religión cristiana fue la que acogió durante toda su vida. Se sabe también que una vez que se ordenó como sacerdote, Velasco impartió clases en el Colegio San Luis y en la Universidad de San Gregorio.

La Compañía de Jesús fundada por San Ignacio en 1539 siempre se ha caracterizado por la preparación de sus estudiantes, seminaristas y sacerdotes en estudios de Humanidades, Filosofía, Teología y Ciencias, por lo que se les ha denominado durante casi cinco siglos “los líderes intelectuales del catolicismo.”<sup>7</sup> La orientación humanística de los jesuitas se apoya en la práctica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, en la que se reflexiona sobre las tareas personales y se interioriza sobre la cotidianidad y Dios, como una forma de unificar lo corporal y lo espiritual. La búsqueda de trascendencia y la transformación del ser humano por medio del amor, serían los fundamentos de esta experiencia.

---

<sup>7</sup> Red Jesuita del Ecuador, *La Compañía de Jesús*, <http://www2.jesuitas.ec/>, 24 de septiembre de 2010.

Todos estos datos ayudan a configurar una semblanza de nuestro historiador en la que se puede admirar una vasta preparación, honestidad en su persona y valores religiosos, y nos lleva a pensar que su educación y trabajo siempre estuvieron acompañados de cierta disciplina, rigurosidad y cuidado estético. Por todo esto, es de imaginarse que el padre Velasco y su trabajo de la *Historia Antigua del Reino de Quito* fue un producto de discernimiento, consciencia personal, rectitud de intención y mirada profunda hacia el prójimo; nociones que quizás sus impugnadores no alcanzaron a comprender.

La época en que vivió el padre Velasco nos remite a cuando la Audiencia de Quito dejó de pertenecer al Virreinato de Santa Fe y se mantuvo como Presidencia de Quito adjunta al Virreinato de Lima desde 1723. Este cambio había afectado a la población por la ruina del comercio y generó un descontento colectivo por la dependencia hacia Lima. A esto, se añade la sanción que suprimía la *Compañía de Jesús* en 1767 por la cual la Audiencia se quedaría sin una institución de prestigio tanto en el ámbito académico como religioso. Por esta medida, el padre Velasco y sus compañeros, desde Popayán iniciarían un penosísimo viaje de casi un año que los llevaría por Cartagena, La Habana, Cádiz y, finalmente, Faenza donde escribió la *Historia Antigua del Reino de Quito*.<sup>8</sup>

Sobre el padre Juan de Velasco, los estudios de Julio Tobar Donoso, Alfredo Pareja Diezcanseco y José Jouanen S.J. cuentan que estuvo exiliado en Faenza por cerca de 20 años, en los cuales logró terminar su obra encomendada por sus superiores en medio de una terrible enfermedad. Esa ausencia también sería motivo para reprochar su “objetividad” histórica y relacionar su narración con excesos de sentimiento patriótico. Velasco nunca logró ver su obra publicada, que llegó a estar lista en 1837, casi medio siglo después de su muerte. En todo caso, sería la primera manifestación de nuestra identidad como pueblo, que hasta ese entonces había permanecido en cierto modo anónimo, despersonalizado y difuso.

---

<sup>8</sup> Según César Carrión en: *La diáspora literaria ecuatoriana* (revista Anaconda, N. 17, Quito, 2008) El destierro y la nostalgia del padre Velasco serían los sentimientos generados para el desarrollo de su trabajo histórico-literario.

Para la elaboración de la *Historia Antigua del Reino de Quito*, Velasco se basó en impresos, cartas, apuntes de viajes y manuscritos que según el padre José Jouanen S.J. sí pudo llevar consigo debido a su habilidad y “maña” para escapar de los controles. Además, por averiguación y consulta a los otros jesuitas que se encontraban en su misma posición como Clavijero y Molina. Esto desvanece a la par las acusaciones que se le han dirigido a Velasco sobre haber escrito la *Historia Antigua* “totalmente de memoria y en mucha parte de fantasía”<sup>9</sup>.

La versión que nos ofrece el padre Velasco (la única que existe) sobre nuestra prehistoria, es que antiguamente el Ecuador se constituía por una sociedad compleja, con dinastía real y aristocracia, abundantes construcciones, palacios y caminos inmensos, reglas de sucesión bien definidas, religión basada en seres superiores y personajes con capacidades extraordinarias. Para el historiador Ernesto Salazar, el Reino de Quito de Velasco “era una sociedad altamente expansiva, un estado militarista.”<sup>10</sup>

En estas descripciones, están inmersos un conjunto de hechos asombrosos como duelos, espacios majestuosos, desmesuradas batallas, personajes épicos caracterizados por su mucha sensibilidad y virtud y episodios vinculados con el mito y la leyenda. Todos estos sucesos se citarán y analizarán posteriormente, por ahora se ha de mencionar que en conjunto la *Historia Antigua* genera una unidad narrativa, momentos climáticos y elementos significativos que por su alta emoción han ayudado a comparar tanto a la obra como al escritor a “usanza de los trágicos griegos”<sup>11</sup> o calificarlo como “el primer novelista ecuatoriano”<sup>12</sup>.

Pero así mismo, por la falta de evidencia arqueológica, sustento bibliográfico, algunos errores históricos, por la distancia temporal entre el historiador y su historia (más de 200 años), llevarían a juzgar a la *Historia Antigua del Reino de Quito* como “perniciosa”<sup>13</sup>,

---

<sup>9</sup> Marcos Jiménez de la Espada, tomado de Ernesto Salazar, *Entre Mitos y Fábulas: el Ecuador aborigen*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995, p. 59.

<sup>10</sup> Ernesto Salazar, *Entre Mitos y Fábulas: el Ecuador aborigen*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995, p. 54.

<sup>11</sup> Hernán Rodríguez Castelo, *Estudio Introductorio a la Historia Antigua del Reino de Quito*, Quito, Ariel, 1989, p. 17.

<sup>12</sup> Benjamín Carrión, *El cuento de la patria*, Quito, CCE, 2002, p. 11.

<sup>13</sup> Marcos Jiménez de la Espada, *Op. Cit.*, p. 59.

“patraña”<sup>14</sup> y, cargaría la recomendación de “eliminarse de la prehistoria ecuatoriana.”<sup>15</sup> Lo que demuestra la gran dificultad de elaborar una Historia que diferencie entre los hechos históricos y el arte narrativo.

De ahí que a finales del siglo XIX y a mediados del XX, se desataría una controversia en torno a nuestro historiador que agruparía un sinnúmero de defensores y críticos positivistas que lamentablemente no ha hecho sino generar desconfianza y desapego en el público ecuatoriano y, sorpresivamente en la primera década del siglo XXI, el interés de varios extranjeros como Silvia Navia Méndez-Bonito<sup>16</sup>, Eillen Willingham<sup>17</sup>, Adolfo de Nordenflycht<sup>18</sup>, quienes aportan desde su no-ecuatorianidad nuevos paradigmas para la comprensión y lectura de Velasco; sin que esto quiera desmerecer importantísimos estudios locales como los de Celín Astudillo<sup>19</sup>, Leonidas Batallas, Isacc Barrera<sup>20</sup> o Pío Jaramillo Alvarado.

Volviendo a la obra, la primera edición de ésta fue realizada por Abel Víctor Brandin en 1837 que no llegó a completarse sino hasta el Libro III. En 1840, Ternaux-Compans publicó una traducción francesa de la *Historia Antigua* y entre 1841 y 1844 Agustín Yerovi realizó una edición parcial. Finalmente, en 1960 La Biblioteca Ecuatoriana Mínima, por encargo del padre Aurelio Espinosa Pólit, publicó hasta el momento la edición más rigurosa basada en el manuscrito que reposa en la Biblioteca de Cotacollao. También entre 1977 y 1979 la CCE publicó la *Historia Antigua* basada en el manuscrito de la Academia de la Historia de Madrid, edición llevada a cabo por Alfredo y Piedad Costales.

El título de la obra original es *La Historia del Reino de Quito en la América Meridional*. Está dividida en *La Historia Natural* que contiene cuatro libros, *La Historia Antigua*, cinco y, *La Historia Moderna*, cuatro. *La Historia Antigua del Reino de Quito*, a la cual obedece

---

<sup>14</sup> Jacinto Jijón y Caamaño, tomado de Ernesto Salazar, *Ibid*, p. 60.

<sup>15</sup> Federico González Suárez., tomado de Ernesto Salazar, *Ibid*, p. 60.

<sup>16</sup> Silvia Méndez-Bonito, *La reivindicación del Reino de Quito en la Historia del Reino de Quito en la América Meridional del jesuita Juan de Velasco*, Ed. Abya-Yala, Quito, 2004.

<sup>17</sup> Eillen, Willingham, *Knowledge and Narration: Velasco's Historiographica Theory and Practice*, s/c, s/ed, s/f.

<sup>18</sup> Adolfo de Nordenflycht, *Ibid*, p. 9.

<sup>19</sup> Celin Astudillo, *Juan de Velasco: historiador, biólogo y naturalista*, Quito, Ed. CCE, 1978.

<sup>20</sup> Isaac J. Barrera, *Quito colonial: siglo XVII comienzos del siglo XIX*, Quito, Ed. UNAP, 2010.

el presente estudio, fue tomada de la edición *establecida* por Aurelio Espinosa Pólit, S.I. en 1960, quien menciona en la nota introductoria:

Se reduce a entregar al público el texto completo y exacto (...) tal como salió de las manos de su autor, sin más cambios que el de ajustarlo a la ortografía (y en uno que otro caso a la fonética) modernas, el de hacer desaparecer la anarquía en el uso de las mayúsculas, y el de darle una puntuación lógica que facilite la lectura.<sup>21</sup>

*La Historia Antigua del Reino de Quito* está dividida en diversas épocas. La primera se extiende desde el Diluvio Universal y sus primeros pobladores hasta la llegada de los Scyris al Reino de Quito, aproximadamente en el año 1000 a.C. La segunda, se desarrolla desde la llegada de los Scyris hasta la conquista Inca (1487). La tercera época pertenece a la dominación Inca y su caída, y la cuarta (1533-1550) desde la llegada de los españoles hasta el final de sus guerras civiles con el presidente La Gasca. La segunda época es la que más nos ocupa para este trabajo, puesto que ha tenido lecturas que la consideran como invención, llena de fábulas y leyendas, dudosa.

El propósito no se trata de esclarecer ni enfrentar los hechos descritos en la *Historia Antigua* como verdaderos o falsos, aunque como defensa hacia el padre Velasco hay que advertir que él estaba muy consciente de que su obra estaba condicionada por las revisiones y censura de su época, de sus superiores y de su espíritu religioso; por ello, tal vez puedan reconocerse errores históricos, pero más allá debe valorarse y examinarse su sensatez, erudición y el valor estético-narrativo del texto.

Reivindicar, pues, al historiador-narrador y su *Historia* y reconocerlo como el primer *ecuadorianista* que rompió el esquema de las crónicas de la Conquista y los comentarios anti-americanistas donde los indígenas aparecen como gente bárbara, idólatras, caníbales y sodomitas<sup>22</sup> sería, en resumen, lo que me llevó particularmente a emprender un estudio que también explora nuestros orígenes y sirve como referencia para saber cómo fue nuestro violento proceso de conquista cultural.

---

<sup>21</sup> Aurelio Espinosa Pólit, S.I, *La Historia Antigua del Reino de Quito (Nota acerca del texto)*, Puebla, Ed. Cajica, 1961, p. CIV

<sup>22</sup> Cfr.: Eillen Willingham, *Op. Cit.*, p. 10.

Por otro lado, Guillermo Bustos y Arturo Andrés Roig coinciden en señalar que la obra de Velasco responde a una disputa entre diferentes pensadores ilustrados europeos del siglo XVIII, quienes elaboraron teorías basándose en que el clima y la idea del *paraíso natural* habían degradado la capacidad intelectual, moral y económica del hombre americano. Así, los jesuitas criollos defendían el pasado de las civilizaciones americanas y la empresa colonizadora de España.

La presencia de una consciencia nacional que se evidencia en la *Historia Antigua* y la elocuencia y esplendor del discurso histórico-narrativo sobresale a la controversia de la obra como mito o historia; su trabajo historiográfico tiene la tarea de legitimar y afirmar a su Patria a través de un pasado glorioso, con hechos y personajes heroicos, relacionar su pasado lejano con las grandes gestas de la humanidad. Ése sería, según Eileen Willingham, parte de la ideología criolla de América que a mediados del siglo XVIII se pronunció por la defensa de sus patrias junto con un análisis histórico hacia la formación de la nación.

Evidentemente, esta ideología nacionalista y sus imaginarios tal vez evada una mirada profunda hacia los indígenas de ese entonces y de los actuales también, aquellos que desde la Conquista continúan sumidos en la pobreza y luchan para que sus derechos ancestrales sean atendidos y comprendidos. Aún así, el apareamiento de la *Historia Antigua del Reino de Quito* permitió un discurso histórico-narrativo alternativo que se defendió del eurocentrismo y experimentó una suerte de “epistemología patriótica”<sup>23</sup>.

Con ese objetivo, Velasco desde su exilio “elaboró una genealogía del pasado en la cual todos los grupos sociales, de manera jerarquizada, tenían un lugar en el fresco historiográfico.”<sup>24</sup> Se entiende con esto que su *Historia Antigua* se incorpora a una discusión sobre un proyecto de organización política y de integración nacional, además de ser un primer intento de acercamiento al imaginario sobre lo indígena.<sup>25</sup>

---

<sup>23</sup> Eileen Willingham, *Knowledge and Narration: Velasco's Historiographical Theory and Practice*, s/c, s/ed, s/f, p. 4.

<sup>24</sup> Guillermo Bustos, *De la “Audiencia” al “Reino de Quito”: la imaginación histórica de Juan de Velasco*, Quito, s/ed, 2001, p. 99.

<sup>25</sup> Vladimir Serrano, *El imaginario en la historia de Quito*, revista Q, No. 10, enero 2011, Quito, p. 28.

Con todos estos antecedentes y bajo el amparo de la teoría de Hayden White sobre la estrecha relación entre Historia y discurso literario, donde ambos son discursos narrativos y *artefactos verbales* porque comparten elementos entre sí, se complementan, se enriquecen y mutuamente se otorgan significados; la obra del padre Juan de Velasco será abordada desde esta óptica que propone ver a la Historia como una distorsión para otorgar significado al pasado.

Posteriormente, el presente estudio tratará sobre una identificación de los motivos principales de la obra de Velasco, estos son: el héroe, la guerra y la visión del otro, como esfuerzos para facilitar y relatar la prehistoria ecuatoriana. Para el primero, el libro de Joseph Campbell, *El Héroe de las mil caras* sirve como recorrido por las principales características de los héroes épicos que nos ayudarán a ubicar a los personajes principales de la *Historia Antigua del Reino de Quito*:

El héroe es el hombre o mujer que ha sido capaz de combatir y triunfar sobre sus limitaciones personales y locales (...) Su (...) tarea y hazaña es volver a nosotros transfigurado y enseñar las lecciones que ha aprendido sobre la renovación de la vida.<sup>26</sup>

Estos conceptos sirven plenamente para explicar a los personajes históricos de Carán Scyri, Huaynacápac y Atahualpa que tienen relevancia en la obra de Velasco y generan una identificación y empatía entre el lector y estos personajes. Para el análisis de *la guerra* partimos de una premisa de Hayden White:

Los grandes historiadores se han ocupado siempre de aquellos acontecimientos de las historias de sus culturas por naturaleza más *traumáticos*; el significado de tales acontecimientos es problemático y está sobredeterminado en la significatividad que todavía tienen para la vida cotidiana, acontecimientos tales como revoluciones, guerras civiles, procesos de gran escala como la industrialización y la urbanización.<sup>27</sup>

En este capítulo se verá cómo el padre Velasco optó por relatar en su *Historia* una serie ininterrumpida de conquistas y expediciones militares, donde se evidencian la lucha

---

<sup>26</sup> Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 26.

<sup>27</sup> Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Ed. Paidós, 2003, p. 119.

desigual, la necesidad de dominio, el enfrentamiento por intereses personales entre diversos monarcas, personajes históricos inclinados hacia lo bélico, para darnos con todo detalle el origen del Reino de Quito y su legitimidad. Aquí se ha optado por diferenciar la guerra entre aborígenes y la guerra con los conquistadores, en la primera se evidencia una retórica encaminada a representar una *guerra noble* similar a las epopeyas griegas, la segunda se trataría de una guerra cruel y despiadada que la humanidad conoce muy bien.

Finalmente, la *visión del otro* será abordada desde la perspectiva manifiesta en *La Conquista de América: el problema del otro y Cruce de Culturas y mestizaje cultural* de Tzvetan Todorov, que nos permiten la reflexión sobre los juicios de los otros y las interacciones con los otros dadas durante la Conquista y el posterior período de mestizaje, donde se evidenció un proceso de aculturación y explotación hacia los vencidos que aún permanece vigente.

En este capítulo, se observará que la *Historia Antigua del Reino de Quito*, que nos informa además sobre la llegada de los españoles, nos otorga distintas visiones de los personajes: la del conquistador y la del conquistado, lo que produjo, en palabras de Todorov, prejuicios a favor y en contra, xenofilia y xenofobia, como términos explicativos del violento proceso de Conquista que tuvimos los americanos.

Hay que resaltar que los tres motivos que se identifican son los más llamativos en la Historia de Velasco, están estrechamente relacionados y logran combinarse perfectamente. Presentarlos en ese orden, constituye una relación que concuerda con la estructura que presenta el texto y coincide en una función histórico-narrativa de trama e intriga. De esta manera, el texto del padre Velasco es una buena muestra de ese perenne conflicto y disyunción que existe entre Historia y Literatura, aquí, apoyado en las teorías de White y Ricoeur, se pondrá énfasis en la dimensión del aspecto narrativo y la función y técnicas que tiene el historiador para explicar o narrar los hechos del pasado.

La identificación de los motivos, igualmente, se refiere a los elementos y recursos del discurso histórico para expresar el sentido y el ideal de los acontecimientos antiguos. Los aspectos narratológicos como los recursos literarios, el tema, el narrador, los personajes, etc. componen y producen un conjunto de figuraciones capaces de hacer posible la

comprensión del pasado, de ahí que la Historia posee elementos de ficcionalidad basados en representar el pasado con su debido encanto.

# CAPÍTULO 1: DIMENSIÓN NARRATIVA DEL RELATO HISTÓRICO

Los hechos, en verdad, no hablan por sí mismos.  
Bella Josef

## 1.1. La obra histórica como discurso narrativo, propuesta analítica de Hayden White

“Buscar en el cine la representación del pasado es una empresa injustificada” dijo Pier Paolo Passolini. Y antes de abordar los parámetros e ideas principales de White sobre los discursos históricos, me gustaría hacer una pequeña reflexión sobre el cine y su capacidad de documentar la realidad; quizás sirva como explicación para entender de mejor manera el dilema del discurso histórico y su capacidad de figuración.

Sabemos que cualquier película, ya sea documental o de ficción, es una selección arbitraria de una determinada realidad puesta en imágenes secuenciales para estructurar una narrativa cinematográfica. Esto, interpolando los papeles o haciendo un símil entre cine de ficción y literatura, y entre cine documental e historia, nos permite destacar que cada documental o película de ficción es una construcción, al igual que cualquier discurso histórico o narrativo. Ambos, a través de una poética que incluye elipsis, efectos narrativos, figuras retóricas, distorsiones y manipulaciones, muestran al espectador un punto de vista y una selección de la realidad, él decide si cree o no cree, acepta o no la selección mostrada; digamos que es un asunto de libertad e imaginación.

En la teoría de Hayden White propuesta en el libro *El texto histórico como artefacto literario*, también se sugiere que sea el lector quien juzgue si un discurso histórico y su forma de representación del pasado es una autoridad convincente para la revelación de los acontecimientos. Para esto, cada lector realizará una interpretación, descodificará el relato y los fenómenos históricos y, según su criterio, sabrá distinguir qué se acerca y qué no a la reconstrucción objetiva del pasado.

No se intenta con esto desautorizar a los grandes clásicos de la historia como Tucídides, Heródoto, Ranke, O’Gorman, ni a los ecuatorianos González Suárez<sup>28</sup>, Jorge Salvador Lara o Ernesto Salazar, entre otros, con el precepto de que en sus diferentes historias el lector debe poner en duda las investigaciones. Basta simplemente darse cuenta de que en el libro histórico y su *respetabilidad* viene prefigurada desde la portada y, al igual que las novelas, obtienen un prejuicio receptivo a partir del título, el autor y la editorial; sin embargo, se trata más bien de conceder a los lectores la fuerza de observar minuciosamente el texto histórico, entender su naturaleza<sup>29</sup> y luego concebir si se ajusta o no a la idea que normalmente tenemos sobre la Historia, esto es *representación de lo real o lo que ha sucedido realmente*.

Sin embargo, esto del *poder del lector* es abarcado plenamente por teóricos como Iser, Eco, Jakobson, Jauss, Prince<sup>30</sup> entre otros, o más específicamente en la *Teoría de la Recepción Literaria* a la que no recurriremos, sino para esclarecer algunos puntos. Más específicamente nos interesa el comportamiento del discurso histórico, sus características y la inevitabilidad de encontrarse con su *homóloga, la literatura*<sup>31</sup>, como lo denomina Hayden White.

Antes de escribir historia, sostiene White, habría que realizarse una pregunta: “¿Qué autoridad pueden demandar los relatos históricos, como contribuciones a un conocimiento cierto de la realidad?”<sup>32</sup> Este cuestionamiento nace de la reflexión de la actividad otorgada a la Historia como la disciplina que relaciona el pasado con el presente.

Para responder a esto, White habla de la *narrativa histórica* como un mero *artefacto verbal*, teoría que aún no es asimilada totalmente por quienes ven a la historia cercana a las ciencias experimentales ni tampoco por los teóricos literarios cuya concepción de la literatura suele estar fijada por la oposición entre historia y ficción.

---

<sup>28</sup> Cfr.: *Historia General de la República del Ecuador*, 1871.

<sup>29</sup> Me refiero a la aspiración de la historia con rigor científico, sin entender que la ideología y el contexto del historiador también pueden inferir en sus interpretaciones.

<sup>30</sup> Cfr.: Wolfgang Iser, *The act of reading* (1978); Umberto Eco, *The role of the reader* (1979); Roman Jakobson, *La Lingüística y la Poética* (1974); Gerald Prince, *Introduction to the study of the narrate* (1973); H.R Jauss, *La historia literaria como desafío a la ciencia literaria* (1971).

<sup>31</sup> Cfr.: Hayden White argumenta que las narrativas históricas son: “ficciones verbales cuyo contenido es tanto inventado como encontrado y cuya forma tienen más en común con la literatura que con la ciencia” (2003, p.109).

<sup>32</sup> Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Ed. Paidós, 2003, p. 108.

En la actualidad, sin embargo, el nuevo paradigma historiográfico acepta al discurso narrativo y a las figuras retóricas como elementos necesarios para la comprensión y el conocimiento del pasado. A los literatos, por otro lado, les fue menos difícil asimilar esta definición puesto que la conjugaron en el género de la *novela histórica*, usualmente concebida para cuestionar y reinventar la historia oficial.<sup>33</sup>

La novela histórica es un amplio género literario que nació como una alternativa a la Historia “entendida como recuento de hazañas de los próceres de la patria”<sup>34</sup> se presenta como un nuevo discurso que rompería la hegemonía histórica y propone recuperar o rescatar lo que se ha negado o silenciado en ella. En ese sentido, *La Historia Antigua del Reino de Quito* puede entenderse como un texto que narra hechos históricos que contribuye a la familiarización de los lectores quiteños con su pasado y pretende la inserción de los grupos marginados a la sociedad moderna.

Esto, evidentemente, puede generar un conflicto que destruye el ideal inspirado en los griegos que configuró a la Historia como “testigo o juez del pasado”. Ese ideal presupone una oposición, según Northrop Frye<sup>35</sup>, entre historia y ficción. Aunque, por otro lado, Armando Momigliano<sup>36</sup> habla de la historiografía griega como un *género retórico*, más cercano, según él, a la intención de deleitar al lector y destinado al consumo popular.

¿Hay entonces tal diferencia entre historia y literatura? ¿Es posible afirmar que Jorge Luis Borges es un historiador y Carl Marx un novelista? Carecería de todo sentido definirlo así, y si retomamos la discusión por el principio diríamos que debería ser el lector quien decida. Sin embargo, según White sí hay tal diferenciación, y esta es explicada por R.G. Collingwood, quien afirma que el historiador “es sobre todo un narrador cuya sensibilidad se manifiesta en la capacidad de elaborar un relato plausible a partir de un cúmulo de hechos.”<sup>37</sup> Más adelante, habla de los historiadores como quienes poseen un sentido para el *relato verdadero*, contrastándolo con el *relato aparente*.

---

<sup>33</sup> Carlos Fuentes, por ejemplo, cuando recibió el premio Rómulo Gallegos manifestó: “La literatura latinoamericana ha consistido en darle voz a los silencios de nuestra historia, en contestar con la verdad a las mentiras de nuestra historia”. Tomado de Margoth Carrillo, *La novela histórica*, s/c, s/ed, s/f, p. 3.

<sup>34</sup> Ladys Jiménez Torres, *Apreciaciones en torno a la Nueva Novela Histórica en América Latina*, Cartagena, Grupo GILHEC, 2010, p. 2.

<sup>35</sup> Cfr.: Northrop, Frye, *Anatomía de la Crítica*, Caracas, Ed. Monte Ávila, 1957.

<sup>36</sup> Cfr.: Momigliano, Arnaldo, *La Historiografía Griega*, Barcelona, Ed. Crítica 1984.

<sup>37</sup> Tomado de Hayden White, *Op. Cit.*, p. 112.

Consideremos entonces que el texto histórico es sobre todo un *relato* que cuenta, analiza o interpreta acontecimientos que son relevantes para una colectividad. Con esta sencilla definición no ahondaremos en un problema de tinte filosófico relacionado con la dialéctica platónica por la diferenciación entre realidad y ficción; entraremos mejor a advertir una de las características de la Historia para White, esto es, que los acontecimientos narrados y registrados pueden construir un relato.

Un relato es sobre todo una selección de acontecimientos. Por ejemplo, en el libro *La Historia del Antiguo Continente*<sup>38</sup> se describe a la Edad Media como una época “oscura llena de crisis, invasiones y destrucciones”<sup>39</sup> y se contrasta con el Renacimiento una época de desarrollo científico, artes y humanismo. Este breve ejemplo nos lleva a inferir que el relato histórico es una construcción lingüística mediante la cual se suprime, subordina, se da énfasis a determinados hechos, hay un tono, un punto de vista, estrategias descriptivas, ideología etc., es decir, “todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en el tramado de una novela o una obra literaria.”<sup>40</sup>

White encuentra en el discurso de la historia operaciones propias de la ficción, como es la *trama*. Si tomamos el mismo ejemplo de la Edad Media, en el citado libro *La Historia del Antiguo Continente* se habla de una generalización de la servidumbre, un régimen feudal violento y un régimen de la Iglesia que se dedicó a “guerrear contra los infieles y musulmanes”<sup>41</sup>. Se podría considerar esta como una descripción *fáctica*, que, sin embargo, encontraría un lugar en el relato trágico si abordamos acontecimientos como la Inquisición o los castigos a los enciclopedistas.

Todo esto nos sugiere que el historiador incorpora al registro histórico una configuración o trama, que puede ser, usando las categorías de White: trágico, cómico, irónico o romántico; vinculadas y necesarias para dar sentido e interpretación al relato. Lo que se quiere decir es que Velasco, como cualquier otro historiador, construye una narración que requiere complementarse con una experiencia estética. Por ello, pasajes como el juicio de Atahualpa o el viaje de Pizarro hacia la isla Puná pueden conectarse afectivamente con los lectores y generar correspondencia. White habla que la mayoría de las secuencias históricas pueden

---

<sup>38</sup> Augusto Montenegro, *Historia del Antiguo Continente*, Bogotá, Ed. Norma, 1994.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>40</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 113.

<sup>41</sup> Augusto Montenegro, *Op. Cit.*, p. 109.

ser tramadas de diferentes maneras, “lo que proporciona la capacidad de interpretar acontecimientos y otorgar diferentes significados.”<sup>42</sup>

Esta es una nueva conceptualización de la historia como tal, es como pensar que los historiadores, antes de procesar su información, no se hubieran percatado de su disciplina y de lo que ocurre cuando se relaciona el pasado con el presente. En esta relación, explica Collingwood, el historiador forma un relato plausible a partir de varios hechos que en su forma no procesada, carecen por completo de sentido.

¿Qué hace entonces que el relato histórico obtenga sentido, orden, interpretación, significación y que sea comprensible? La configuración de un discurso narrativo (relato) y su trama. Lo importante es dejar en claro que esto no afecta a la aspiración de la historia por contar objetivamente el pasado, sino que tiene que ver con el funcionamiento del discurso y su capacidad de representación:

Cómo debe ser configurada una situación histórica dada depende de la sutileza del historiador para relacionar una estructura de trama específica con un conjunto de acontecimientos históricos a los que desea dotar de un tipo de significado. Esto es esencialmente una operación literaria, es decir, productora de ficción. Y llamarla así en ninguna forma invalida el estatus de las narrativas históricas como proveedoras de un tipo de conocimiento.<sup>43</sup>

En este mismo sentido, White dice que la trama es una de las formas que posee una cultura para dotar sentido a los pasados tanto personales como públicos. Por ejemplo, en el texto de historia *Medio Siglo de Revolución*<sup>44</sup> se encuentran los principales discursos y acontecimientos de quienes participaron en Cuba en la Revolución de 1959; en estos, el lector puede percibir relatos e historias que explican este hecho como una gesta heroica o un *desafío colosal*. Personajes como el Che Guevara o Fidel Castro se asemejan a héroes y guerreros épicos de singulares hazañas, lo que haría que este hecho histórico, según la teoría de White, adquiriera sentido cultural a través del tiempo.

White añade que el lenguaje común y la conciencia humana codifican categorías sobre los acontecimientos; por eso, la trama histórica tiene como objetivo el compartir con su público para responder generalmente a imperativos ideológicos, estéticos o míticos. Esto

---

<sup>42</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 114.

<sup>43</sup> *Ibid*, p. 115.

<sup>44</sup> *Cfr.*: Víctor Malagón (ed.), *Medio Siglo de Revolución*, Ed. Arte y Cultura, La Habana, 2008.

demonstraría una alteración de lo que normalmente pensamos sobre la Historia como una reproducción literal del pasado y cuya aspiración es la verdad y la evidencia:

La historia debe escribirse sin más fin que la verdad (...) La historia no tiene más fin que la verdad y la justicia, los más excelsos atributos de Dios.<sup>45</sup>

La historia y las ciencias de la naturaleza cumplen una función completamente análoga.<sup>46</sup>

(El historiador) ha de ser veraz, fiel y exacto en la relación de los hechos, y sumamente imparcial en sus aspiraciones; y como consecuencia de esto, o más bien dicho, como condición para mostrar estas cualidades, ha de tener un carácter independiente y enérgico y un grande amor a la justicia.<sup>47</sup>

En el siglo XX hubo una gran lista de célebres historiadores partidarios de enfocar su disciplina con rigores científicos. Evidentemente, las nuevas metodologías, avances investigativos, consensos y debates lograron que los datos puedan ser *verazmente* procesados e interpretados y, a la par, compartidos y comparados con otras ciencias auxiliares como la arqueología, la antropología, la economía, etc., hasta llegar a la conclusión de la Historia sometida al método científico, pues de lo contrario, carecería de valor.

Volviendo a White, esa aspiración no se invalida con la teoría sobre la figuración y narrativización del discurso histórico, al contrario, el relato histórico posee una estructura ficcional e imaginativa con fines explicativos; es decir, destinada al lector:

Inmerso en el proceso de seguir la narración del historiador sobre tales acontecimientos, gradualmente se da cuenta de que el relato que está leyendo corresponde a un tipo determinado de: novela, tragedia, comedia, sátira, épica o cualquier otro. Y cuando ha percibido la clase o el tipo al que pertenece el relato que está leyendo, experimenta el efecto de que los acontecimientos del relato le han sido

---

<sup>45</sup> Jacinto Jijón y Caamaño, *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, Tomo I N. 1 al N.3, Quito, Ed. BCE, 1986, p. 37.

<sup>46</sup> Carl Hempel, *La función de las leyes generales de la historia*, Barcelona, Ed. Paidós, 1988, p. 233.

<sup>47</sup> Fernando Sol de Villa, *Compendio de Literatura General*, París, Ed. Garnier, 1988, p. 71.

explicados. En este punto el lector no sólo ha seguido exitosamente el relato, sino que ha captado su esencia, lo ha comprendido.<sup>48</sup>

La narración histórica será entendida únicamente cuando la información y los datos se ajustan a un ícono, a una estructura de trama que nos familiariza con el pasado, forma parte de nuestro legado cultural y por ende posee un significado. Veamos tan sólo cómo se nos cuenta la Segunda Guerra Mundial para darnos cuenta de estos conceptos: Aliados vs. Fascistas, Hitler envilecido de poder se abalanza sobre sus vecinos, los EE.UU se involucran al verse amenazados, etc. Lo que se quiere decir es que en todo este recuento de hechos existen “efectos explicativos para la narrativa histórica”<sup>49</sup>.

En otras palabras, comprender la obra histórica como discurso nos permite reconocer en ella que la ordenación cronológica de los acontecimientos, la composición de un relato y explicación por la trama forman parte de la *superestructura* utilizada por el historiador para lograr que su narrativa sea explicativa.

Que este discurso sea una reproducción fidedigna de la realidad es otro asunto, aunque para White es también erróneo pensar que la historia es una réplica exacta del pasado, en ese sentido, habla *del aspecto mimético en las narrativas históricas* que nunca reproducen con éxito el original por ser el mismo lenguaje un efecto de *distorsionador*. De ahí que para él, la narrativa histórica es un enunciado metafórico que media entre los acontecimientos y los tipos de relatos.

## **1.2. La trama histórica y el relato en la *Historia Antigua del Reino de Quito*.**

La primera edición de la *Historia del Reino de Quito* escrita por el jesuita Juan de Velasco se publicó en 1841, casi medio siglo después de haberse escrito. La *Historia* se divide en tres partes: Historia Natural, Historia Antigua e Historia Moderna. De la segunda, sobre la cual versará este trabajo, hay diversos pareceres. Las opiniones de defensores e

---

<sup>48</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 116, 117.

<sup>49</sup> *Ibid*, p. 119.

impugnadores se resumen en el estudio de Ernesto Salazar<sup>50</sup> quien afirma que Velasco es el gran recolector de leyendas ecuatorianas.

Sin embargo, uno de los argumentos para juzgar a nuestro historiador es la visión que tiene éste sobre la Conquista:

Debe considerarse como una tragi-comedia, compuesta de pasos serios y ridículos, trágicos y alegres, representados por muchas personas en el teatro de Quito a un mismo tiempo. Los principales actores o personajes son seis. 1° Rumiñahui (...) 2° el Capitán Sebastián de Benalcázar (...) 3° el Capitán Pedro de Alvarado (...) 4° el Capitán Diego de Almagro (...) el General Quisquis (...) 6° el Capitán Hernando de Soto. El papel de bufón, lo hace el cacique de Otavalo, y el de demonio enredador, el intérprete Filipillo (...) <sup>51</sup>

En este fragmento, se evidencia una forma de construir el pasado con fines explicativos, una narrativización del pasado. White dice que la historia es accesible solamente por medio del lenguaje y del discurso presentado, que existe una mediación entre el pasado y sus intérpretes y que el discurso histórico posee significación y sentido cultural propios. Así que articular de esta manera a la época de la Conquista no es más que una estrategia explicativa y figuración de acontecimientos para su narración.

Tal caracterización del discurso histórico no implica que los acontecimientos pasados, las personas, procesos e instituciones nunca existieron realmente. Se trata más bien de subrayar que la información acerca del pasado es una *interpretación* hecha luego de una selección, por lo general intencionada, del material disponible. El padre Velasco adoptó una forma y un modo narrativo para representar y comprender los fenómenos históricos y, a su vez, explicar a sus lectores la Prehistoria del Ecuador.

Que el padre Velasco haya interpretado la Conquista como una *tragi-comedia* bien puede entenderse como una interpretación particular. Lévi-Strauss comenta que sobre la revolución francesa existen miles de historias escritas y los mismos incidentes son revelados bajo una luz diferente. Esto se da, según White, porque una narrativa histórica no es sólo una *reproducción* de los acontecimientos, sino también “enunciados metafóricos que sugieren una relación de similitud entre dichos acontecimientos y procesos y los tipos

---

<sup>50</sup> Cfr.: Ernesto Salazar, *Entre Fábulas y Mitos el Ecuador aborígen*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995.

<sup>51</sup> Juan de Velasco, *Historia Antigua del Reino de Quito*, Tomo II, Quito, Ed. Ariel, 1999, p. 10.

de relatos que convencionalmente usamos para dotar a los acontecimientos de nuestras vidas de significados culturalmente reconocidos”.<sup>52</sup>

Existen otros calificativos de la Conquista como *encuentro de dos mundos*, *descubrimiento de América* o *genocidio cultural* que según la ideología, el criterio y demás visiones particulares se adecuarán mejor a lo que en realidad sucedió en ese período, y eso surge por la capacidad del lenguaje, las funciones de éste<sup>53</sup> y las actitudes del emisor; al final son los lectores quienes deciden cuál es la calificación histórica apropiada.

Entonces, llamar *tragi-comedia* a un episodio de nuestra Historia tiene su explicación en el *ícono* de esta estructura (que acarrea una tradición literaria) para convertir en “familiar” o darle un significado cultural al discurso histórico, generando de ese modo las correspondientes pautas valorativas.

Por otro lado, es importante recordar que trama y relato son los componentes centrales de la narrativa histórica. White indica que a menudo se olvida que los acontecimientos atestiguados por el registro histórico comprenden un relato “manifiestamente terminado y completo.”<sup>54</sup> Al respecto debe añadirse que este relato guarda una responsabilidad por el pasado, ya que ese finalmente es el oficio del historiador.

Si eso no sucediera en los relatos históricos, el pasado se nos presentaría como caótico, desordenado y nada “familiar”. Lévi-Strauss escribe que la historia es un “producto de abstracción y un medio de escape frente a la amenaza de un regreso al infinito.”<sup>55</sup> Y sólo podemos construir un relato comprensible del pasado, insiste Lévi-Strauss, dejando afuera y excluyendo hechos, con el objeto de incluir otros que permitan una coherencia que se consigue sólo adaptando los hechos a los requerimientos del relato.

Es ahí donde el historiador demuestra su entendimiento y capacidad de discernimiento, y se explica por qué su función es mediatizadora. De ahí también se desprende que “todo conocimiento objetivo del pasado no se realiza más que a través de la experiencia subjetiva

---

<sup>52</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 120.

<sup>53</sup> *Cfr.*: Las funciones del lenguaje según Roman Jakobson son: Apelativa, Referencial, Expresiva, Poética y Metalingüística, que constan en *Ensayos de Lingüística General*, Barcelona, Seix Barral, 1975.

<sup>54</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 122.

<sup>55</sup> Tomado de White Hayden, *Op. Cit.*, p. 124.

del que lo estudia.”<sup>56</sup> Eso tal vez llegue a confundir la ciencia histórica y su intención de reflejar la realidad puesto que se discute la científicidad de la misma y, sin embargo, desde hace mucho tiempo fue una corriente defendida por historiadores como Dilthey, Rickert y Simmel, quienes entre 1870 y 1920 refutaron el positivismo histórico y la identificación entre objetividad e historia.<sup>57</sup>

En esa misma línea puede entenderse la postura de White, quien argumenta que la historia no *reproduce* los acontecimientos del pasado que describe, sino que los descubre y construye, por eso los acontecimientos deben ser tramados para que resulten familiares a nuestra cultura literaria. En este punto, sería necesario conceptualizar antes sobre la *trama* en la literatura como el “conjunto de acontecimientos de una historia según el orden causal y temporal en el que supuestamente ocurrieron”<sup>58</sup>:

De hecho, el escritor al construir la trama, organiza artísticamente el material de sucesos que constituyen la historia, ordenándolos libremente en el plano temporal, anticipando determinados acontecimientos o presentándolos en retrospectiva tomando diferentes puntos de vista.<sup>59</sup>

White dice que éste es uno de los efectos del discurso histórico al cargar los acontecimientos con una estructura de trama comprensible y significativa. ¿Es la misma trama que se aplica en la historia, la que aplican los novelistas? No estarían en todo caso tan alejados. Sin embargo, a los historiadores no les gustaría decir que sus trabajos están estructurados como ficciones literarias. Ahora, veamos cómo el padre Juan de Velasco tramó su historia para reconstruir el pasado prehistórico de Quito.

*La Historia Antigua del Reino de Quito* está dividida en cinco libros que según el padre José Jouanen S.J.<sup>60</sup> es la misma forma en que los historiadores griegos organizaron sus investigaciones. Cada libro posee información de cómo surgió la nación quiteña, la organización del Reino, las diferentes batallas entre pueblos cercanos y los jefes principales. Este Reino finalizaría con la llegada de los españoles en el año de 1532.

---

<sup>56</sup> André Burguière, *Diccionario de Ciencias Históricas*, Madrid, Ed. Akal, 1991, p. 342.

<sup>57</sup> *Cfr.*: Wilhem Dilthey escribió *Introducción a las Ciencias del Espíritu* (1883), en esta afirma que el estudio de las ciencias humanas supone la interacción de la experiencia personal, el entendimiento reflexivo de la experiencia y una expresión del espíritu en los gestos, palabras y arte.

<sup>58</sup> Demetrio Estébanez, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, 1998, p. 1052.

<sup>59</sup> *Ibid*, p. 1052.

<sup>60</sup> *Cfr.*: *El padre Juan de Velasco*, nota introductoria a la Historia Moderna del Reino de Quito, Quito, Biblioteca Amazonas, s/f.

Comienza con una serie de datos geográficos sobre la ubicación de los pueblos, latitudes y longitudes de ríos y elevaciones montañosas relevantes, Velasco también nos relata cómo se formó este *Reino* y quiénes fueron sus primeros pobladores y *reyes*, los conflictos que tuvieron entre ellos y su organización política-económica; para todo esto utiliza una forma narrativa que incluso sus detractores confesaron haber disfrutado:

La lectura de la obra de nuestro historiador me entretenía, me deleitaba, me encantaba desde niño. Yo creía todo cuanto el Padre Velasco decía; no dudaba de nada. Confieso que esta mi confianza en la autoridad del Padre Velasco, me atormentó después en mis primeros estudios arqueológicos, encontrando contradicción entre las narraciones históricas del Padre Velasco y la realidad de las cosas.<sup>61</sup>

Que luego las evidencias arqueológicas y otras investigaciones modernas hayan encontrado a la *Historia Antigua* “repleta de errores”<sup>62</sup> y otros calificativos que no se tratan aquí de dilucidar, no interfiere para que su narración se adecue a una estrategia para la dotación de sentido del pasado, como lo explica White, y por lo tanto, posee una trama que tiene como finalidad lograr la explicación y comprensión del lector, a través de la construcción de un discurso narrativo:

Por supuesto es una ficción del historiador considerar que las distintas situaciones que él constituye como principio, el nudo y el final de un curso de desarrollo son *reales*, y que él meramente ha registrado *lo que pasó* en la transición desde una fase inaugural a una terminal. Pero tanto la situación inicial como la final son inevitablemente construcciones poéticas y, como tales, dependientes de la modalidad del lenguaje figurativo usado para darles coherencia.<sup>63</sup>

Pensar de esta manera la *Historia Antigua* y otras historias nos permite afirmar que la función del historiador es dar sentido a un conjunto de acontecimientos, como dice White, ordenándolos en una serie estructurada cronológica y sintácticamente “del mismo modo en que está estructurado cualquier discurso, desde una oración hasta una novela.”<sup>64</sup>

Ahora, en el tramado de la historia se privilegia acontecimientos o conjunto de acontecimientos con un determinado orden, personajes, temas, lugar y tiempo; el escritor

---

<sup>61</sup> González Suárez, tomado del *Boletín de la Academia Nacional de Historia, Op. Cit.*, p. 36.

<sup>62</sup> *Ibid*, p. 61.

<sup>63</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 137.

<sup>64</sup> *Ibid*, p. 127.

organiza artísticamente todo este material para constituir la historia (real o ficticia). Es decir, se apoya en las características propias de un sistema de textos narrativos para dotar de fuerza explicativa y los símbolos que apelarían al lector expresarán el sentido de la obra.

Por otro lado, el carácter narrativo y afectivo del pasado y específicamente en la *Historia Antigua* encuentra una justificación cuando revisamos la formación jesuita del autor, cuyos miembros han dedicado a las humanidades (a los clásicos y tragedias griegas) una forma esencial para educar a sus discípulos; además, de la dura condición de exilio que el autor tuvo que soportar por más de 20 años; todos estos elementos pudieron haber aportado con cierta carga nostálgica y emotiva hacia su Patria y, quizás, haber trasladado a la obra estos sentimientos.

Que la historia puede leerse como relato es algo que no lograron admitir los historiadores positivistas. Curiosamente, otros pensadores modernos como Paul Ricoeur, han encontrado posible esta unión por simple deducción: “las frases narrativas las podemos encontrar en cualquier relato, incluido en el lenguaje ordinario.”<sup>65</sup>

Los acontecimientos entramados y ordenados por los historiadores desembocan en acciones que encadenadas de ese modo consiguen explicarse mejor y exhiben “un vínculo de continuidad lógica”<sup>66</sup>. Por ello, las historias sobre la unificación o la desintegración de un imperio, sobre la ascensión o declive de un presidente, de un movimiento social o guerrilla, etc. no son otra cosa que “las historias de los historiadores, que consisten en relatos de acciones humanas pasadas, pueden seguirse o comprenderse, en general, del mismo modo que las demás historias.”<sup>67</sup>

Al analizar un texto histórico, entonces, inevitablemente nos enfrentamos a las mismas categorías de cualquier relato y a figuras de la narración que pueden ser las mismas que poseen una novela, un cuento -los más evidentes- hasta una conversación diaria, un texto cinematográfico, una noticia, un chiste, etc. Aquí, sin embargo, cabe decir que la Historia efectivamente es un discurso que recrea la realidad, que ordena y organiza los

---

<sup>65</sup> Paul Ricoeur, *Historia y Narratividad*, Barcelona, Ed. Paidós, 1999, p. 90.

<sup>66</sup> *Ibid*, p. 93.

<sup>67</sup> *Ibid*, p. 94.

acontecimientos, pero en estos, según B. Tomachevski, existe “una construcción artística en el argumento histórico.”<sup>68</sup>

Esto también puede compararse con G. Genette quien difumina la división entre Historia y Literatura al clasificar a los discursos de acuerdo al nivel de *mímesis* y *poiesis*. La imitación -mímesis- de la realidad adviene en Literatura en forma de *poiesis*, creación y organización artística del discurso<sup>69</sup>. Por ello, hay un sinnúmero de formas de imitar la realidad, por ejemplo, la historia de un asesinato tiene un orden lógico, causal, temporal que podría indicarse así: móvil, preparación del asesinato, encuentro con la víctima, asesinato<sup>70</sup>.

En este ejemplo, la historia puede dar lugar a muchos discursos o argumentos, como ahondar en la psicología del personaje, descripción del lugar, etc., es decir, la *poiesis* es la que se encargará de organizar el discurso; y así, los historiadores, al igual que los novelistas, tienen la posibilidad de elegir cómo presentar u ordenar los hechos, y para ello pueden utilizar procedimientos comunes como una perspectiva, una voz, un tiempo, descripciones, organización del discurso narrativo, etc.

El padre Velasco como historiador, se ha señalado, tampoco puede estar ajeno a la búsqueda de un lenguaje estético para su obra, al contrario, demuestra un interés por la lengua literaria y una enorme ambición de construir relatos con algún sentido narrativo. Su objetivo, recordémoslo, fue patriótico “el deseo de hacer un corto servicio a la Nación” como lo señala en el prefacio de su *Historia*, que no lo aleja del ejercicio del historiador ni menos aún le resta verdad. De ahora en adelante, llamarlo “falsario”<sup>71</sup> carece de toda pertinencia.

Por todo esto, el *motivo* emerge para dar significado a cada acontecimiento narrado. De ahí que este trabajo intente la identificación de motivos en una obra histórica, porque, según White, “en el relato histórico dependemos (...) de las técnicas del lenguaje figurativo”<sup>72</sup> o lo que es lo mismo, con el estudio de los motivos daremos cuenta de cómo el padre

---

<sup>68</sup> Tomado de José María Pozuelo Yvancos, *Teoría del Lenguaje Literario*, Madrid, Ed. Cátedra, 2009, p. 228.

<sup>69</sup> *Ibid*, p 228.

<sup>70</sup> *Ibid*, p. 227.

<sup>71</sup> Jacinto Jijón y Caamaño, *Op. Cit.*, p. 40.

<sup>72</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 137.

Velasco organizó su obra y qué énfasis narrativos eligió utilizar para configurar la primera Historia del Ecuador.

### **1.3. El tema y los motivos literarios en la *Historia Antigua del Reino de Quito***

Partamos de que todo autor tiene una visión del mundo que nos transmite en su obra literaria, así que el tema es el que nos conducirá a la idea central y a la cosmovisión del texto y del autor. Según José María Diez Borque, el tema es “la idea central que sintetiza la intención del autor”<sup>73</sup>. Por tanto, los episodios, sucesos, situaciones, etc., que el autor nos presenta tienen siempre un sentido, una finalidad y una intencionalidad.

Lázaro Carreter menciona que el tema supone partir de los hechos y delimitar la idea central que los origina, para luego reducir el tema a un concepto general, al eje conceptual del argumento, la idea central e intención del autor. Se trata, como lo señala también Diez Borque, “de encontrar la unidad de significado a través de los distintos niveles de formalización.”<sup>74</sup>

Ahora bien, en el caso del padre Velasco y de la *Historia Antigua* ¿encontraríamos un tema que nos guíe sobre la intención del texto o a dilucidar el porqué dice lo que dice? Ante estas preguntas es necesario establecer una concreción en el texto que fije el tema y que guarde una relación con la sensibilidad y época del padre Velasco, su tendencia ideológica, sus posturas políticas y filosóficas, algo que de alguna manera ya ha sido realizado por otros investigadores de la obra de Velasco.<sup>75</sup>

Lo que perciben aquellos es que el padre Velasco optó por la figuración de héroes, grandilocuentes guerras, descripciones espaciales hiperbolizadas y los personajes y pueblos originarios de Quito estarían caracterizados por un espíritu de bondad. Este esbozo paisajístico manifestaría la presencia de una naciente consciencia nacional, que en el siglo

---

<sup>73</sup> José María Diez Borque, *Comentario de textos literarios*, Madrid, Ed. Playor, 1996, p.52.

<sup>74</sup> José María Diez Borque, *Op. Cit.*, p.52.

<sup>75</sup> *Cfr.*: Véase Leonidas Batallas, *Vida y escritos del R.P Juan de Velasco* (1927), Jorge Salvador Lara, *Semblanza del Padre Juan de Velasco, historiador del Reino de Quito*, (1977), Carlos Larrea, *Tres historiadores: Velasco, González Suárez, Jijón y Caamaño* (1988).

XVIII era muy importante para contrarrestar las ideas anti-americanistas de varios filósofos y naturalistas europeos.<sup>76</sup> El sentimiento patriótico de Velasco hacia el Reino de Quito, entonces, es el asunto que mueve la temática de su obra y su ejecución tanto histórica como literaria.

Así mismo, en su atormentado exilio, el padre Velasco configuró la existencia de una entidad política prehispánica, el *Reino de Quito*. Según Francisco Proaño Arandi, esta elaboración construye un sentimiento que respondía a la necesidad del pensamiento ilustrado de la época para “vertebrar con bases en el pasado, un Estado independiente y libre, un Estado que correspondiera con una idea de nacionalidad, de identidad.”<sup>77</sup>

Lo que constituye el tema central de la obra de Velasco, entonces, es “una literatura nacional encaminada a la formación del estado criollo”<sup>78</sup>, tema muy relacionado para ubicar, además, a la *Historia Antigua* como una obra épica, ya que en este género, según la definición de Hegel “se expone por primera vez de modo poético la consciencia ingenua de una nación”<sup>79</sup>, es decir, se pretende formular y consolidar la identidad de la cultura de un pueblo; y la *Historia Antigua* cumple con esos requisitos.

Para César Carrión, por ejemplo, la obra de Velasco “constituye el más fuerte testimonio del desarrollo de una consciencia colectiva.”<sup>80</sup> Para Arturo Andrés Roig, por su lado, Velasco “iniciaría un largo esfuerzo por acuñar una identidad social todavía imprecisa.”<sup>81</sup> Y así, La *Historia Antigua* se convertiría en una forma de identidad nacional, literatura patriótica o historiografía de función social, es decir, que los motivos principales de esta obra podrían abordarse desde esa perspectiva.

---

<sup>76</sup> **Filósofos antiamericanos:** Conde Buffón, Cornelius de Pauw, Guillaume T. Raynal, William Robertson, a quienes el padre Velasco refuta numerosas veces en la *Historia Antigua* por cuestionar la empresa colonizadora de España, la labor de los jesuitas y el pasado de las civilizaciones americanas basándose en la teoría sobre el clima que degradó las capacidades intelectuales de los indios y criollos. Tomado de Guillermo Bustos en *Ecuador-España Historia y perspectiva*, Quito, s/ed, 2001.

<sup>77</sup> Francisco Proaño Arandi, *Quito, literatura y bicentenario*, revista Casa de las Américas, No. 257, octubre-diciembre 2009, La Habana, p. 30.

<sup>78</sup> Silvia Navia, César Carrión y Arturo Andrés Roig coinciden en este tema.

<sup>79</sup> Tomado de Kurt Spang, *Géneros Literarios*, Madrid, Ed. Síntesis, 2000, p. 115.

<sup>80</sup> César Carrión, *La diáspora literaria ecuatoriana*, revista Anaconda, No. 17, Quito, 2008, p. 81

<sup>81</sup> Arturo Andrés Roig, *Juan de Velasco*, en *Historia de las Literaturas del Ecuador Vol. II*, Quito, Ed. UASB, 2002.

Pero antes, para llegar al tema suelen designarse los elementos fundamentales, recurrentes o situaciones típicas. En nuestro caso, existen en la *Historia Antigua* elementos que se repiten, alcanzando el nivel de *motivo*, como es el caso de la caracterización del héroe. Para Demetrio Estébanez el motivo es una unidad mínima en que pueden descomponerse los elementos que constituyen la fábula de una obra narrativa”. Según B. Tomachevski:

Los motivos, combinándose entre sí, forman la estructura temática de la obra; desde este punto de vista, la fábula la constituye el conjunto de motivos y de sus relaciones lógicas causales-temporales, mientras la intriga es el conjunto de los motivos mismos, en esa sucesión y en esas relaciones en que se dan en la obra.<sup>82</sup>

Estas definiciones permiten el acercamiento a la *Historia Antigua* a través de su descomposición y fraccionamiento en temáticas mínimas, lo que aseguraría, hipotéticamente, establecer el motivo del héroe, la guerra y la visión del otro, como elementos múltiples y constitutivos, vinculados y enlazados entre sí. Con el desarrollo de estas unidades aflorarían en la obra los sentimientos patrióticos y nacionalistas encaminados hacia una identidad colectiva.

Sin embargo, es conveniente distinguir *a priori* entre motivos básicos y secundarios, ya que no siempre poseen la misma importancia estructural en el corpus de la obra. Es decir, algunos motivos son básicos y otros son subordinados. Por ejemplo, el viaje como motivo tiende a ser estructurante, como sucede, según Juan Villegas<sup>83</sup>, con las novelas bizantinas, de caballería o con la picaresca. En nuestro análisis de la *Historia Antigua*, los tres motivos: el héroe, la guerra y la visión del otro, tienen una importancia en tanto se complementan y fusionan para explicarnos con modelos provenientes de la literatura clásica el pasado glorioso de Quito.

Como señala el mismo Villegas<sup>84</sup>, el motivo, por ser una situación que se repite, tiene la posibilidad de cargarse con gran contenido humano y, en consecuencia, es indicio de una visión de mundo, sensibilidad o sistema de valores. Y lo que fundamentalmente encontramos en la obra de Velasco es la reivindicación del hombre americano y la exaltación del espacio geográfico y cultural del pueblo de Quito, que más tarde serviría como proceso de concienciación política.

---

<sup>82</sup> Tomado de Demetrio Estébanez, *Op. Cit.*, p. 701.

<sup>83</sup> Juan Villegas, *La Estructura mítica del héroe*, Barcelona, Ed. Planeta, 1978, p. 51.

<sup>84</sup> *Ibid*, p. 51.

Por lo tanto y para cerrar este subcapítulo de temas y motivos, se utilizará la definición de Angelo Marchese y Joaquín Forradillas<sup>85</sup> en cuanto a la definición del *motivo* en la terminología literaria. La definición que ofrecen ellos es la siguiente:

“cada una de las unidades menores que configuran el tema o dan a éste la formulación precisa en un determinado momento del texto.”<sup>86</sup>

Esto implica que podemos encontrar, en cada texto, una gran cantidad de motivos, pero en el análisis literario, sin embargo, los motivos suelen interesarnos principalmente por dos razones:

1. El análisis de los motivos puede conducirnos al tema del texto.
2. El análisis de los motivos nos ayuda a descubrir las relaciones intertextuales que existen entre el texto analizado y otros textos (la tradición literaria).

Para nuestro propósito, los motivos analizados están de manera muy cercana con el tema del texto<sup>87</sup>. La diferencia más importante entre los dos es que se encuentran en niveles distintos: el motivo pertenece al nivel concreto del texto, mientras que el tema, por lo general, pertenece a un nivel más abstracto y general.

Se desprende de esto que los motivos son núcleos estructurales con funciones diferentes, pero relacionadas con la totalidad; según José Diez Bosque<sup>88</sup>, hay una jerarquización de elementos, pero la estructura es hermética y cerrada en sí misma.

Ahora bien, a partir del objetivo de este trabajo, identificar motivos en una obra histórica, sabemos que hay constantes en el sentir, desear e imaginar del historiador que encuentran su expresión en las obras una vez escritas. De modo que en su expresión literaria se hacen visibles esas *constantes*, como elementos constitutivos de la obra y, en el caso de Velasco, se manifiestan en una historiografía que muestra una nacionalidad en germen.

Por esto, la guerra y la visión del otro también constituyen partes que reflejan la existencia de un orden y de valores que aspiran a la creación de una conciencia nacional. Veremos en

---

<sup>85</sup> Angelo Marchese y Joaquín Forradillas, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Ariel, 1994.

<sup>86</sup> *Ibid*, p. 275.

<sup>87</sup> “Una literatura nacional encaminada a la formación del estado criollo.” Ver p. 25.

<sup>88</sup> José María Diez Borque, *Comentario de textos literarios*, Madrid, Ed. Playor, 1996.

los siguientes capítulos cómo en el texto histórico, que en el fondo es narrativo también, los tres motivos poseen la intención de solidificar, mantener, definir e incluso imaginar una identidad colectiva y regional, porque ese era en parte el sentir y actuar de los llamados *jesuitas del extrañamiento* del siglo XVIII.

#### **1.4. El narrador y la focalización de la *Historia Antigua del Reino de Quito***

Cuando se abre la posibilidad de encontrar en un texto histórico características propias de la literatura, sin duda una de las dificultades más complejas de relacionar se da en torno a la voz, esto es ¿quién cuenta el relato? El narrador es quien administra un tiempo, una óptica, una modalidad, construye *artísticamente* un argumento, un discurso; en definitiva, la figura central del relato y objeto principal del “pacto de comunicación narrativa.”<sup>89</sup>

Como primera respuesta con respecto a la *Historia Antigua del Reino de Quito* podríamos decir que quien asume completamente el papel del narrador de la historia es una voz en primera persona que enuncia y participa de los hechos que narra:

Mi intención por ahora no es sino dar (por pura complacencia a las instancias ya dichas) un bosquejo mal formado de la *Historia Natural del Reino*. Si este agrada y mis habituales impedimentos me dieran ulteriores treguas, proseguiré con la *Historia Antigua y Moderna*; y en ese caso mostraré las puras fuentes en que la he bebido; indicando al mismo tiempo las que son infectas, a quien quisiere escribir cumplidamente esta Historia.<sup>90</sup>

No hay autor, bueno ni malo, que refiera más batallas, ni más muertes de las que yo he referido.<sup>91</sup>

He tocado hasta aquí aquella parte de la Historia General del Perú, que siendo esencialmente conexas con la del Reino de Quito, o más bien una misma, me ha sido

---

<sup>89</sup> José María Pozuelo Yvancos, *Op. Cit.*, p. 240.

<sup>90</sup> Juan de Velasco, *Prefación a la Historia Natural*, Quito, Ed. CCE, 1977, p. 24

<sup>91</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 169.

indispensable. Los demás hechos de Pizarro y sucesos de aquella parte, no tienen conexión ninguna, los omitiré del todo, por no ser mi asunto, y sólo tocaré en adelante aquellos en que nuevamente se hallare envuelto el reparado Reino de Quito, pasando ahora a la compendiosa relación de su conquista.<sup>92</sup>

Según las clasificaciones del narrador<sup>93</sup>, cuando se cuenta una historia en primera persona éste pertenecería al *yo-testigo*, como si estuviera presente en los acontecimientos o como si fuera un cronista “que da fe de o que ha visto.”<sup>94</sup> Pero, el narrador de la *Historia Antigua del Reino de Quito*, que en ciertos momentos parece que ha asistido a los hechos por él contados, participa, además, con sus comentarios e interviene con un punto de vista:

Vi la mayor y la más excelente fábrica que en esta especie hicieron los europeos, sobre el mediano río Pisque, cercano a la capital de Quito. La obra digna a la verdad de ser vista, por su inmensa mole y su belleza, costó un caudal inmenso. Logré ser uno de los primeros por ella, en el año de 1762.<sup>95</sup>

Sin embargo, una de las características estética-narrativas propias de este texto, es la ubicuidad del narrador y su capacidad de exponer y comentar las acciones de los personajes y de los acontecimientos que va contando (narrador omnisciente), es decir, que domina lo que cuenta, lo sabe todo, juzga, se inserta en el pensamiento de los personajes y muchas veces cambia la voz pronominal a tercera:

Huaynacápac, que ciertamente fue uno de los grandes Incas del Perú, llamado con razón el Grande y Conquistador, comenzó a mover sus tropas hacia 1475 (...) En la provincia de Huancabamba fabricó un palacio real, una fortaleza, un templo al Sol y un monasterio de 200 vírgenes consagradas a su servicio.<sup>96</sup>

---

<sup>92</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 222.

<sup>93</sup> *Cfr.*: Según Manuel Corrales Pascual S.J. los tipos de narrador son: Omnisciente, Omnisciente Neutro, Omnisciente Editorial, Omnisciente Multiselectivo, Yo-Testigo, Yo-Protagonista, Dramático.

<sup>94</sup> Manuel Corrales Pascual S.J., *Iniciación a la Narratología: teoría, método, práctica*, Quito, Centro de publicaciones PUCE, 2001, p. 50.

<sup>95</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 134, 135.

<sup>96</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 47.

El año era de dos maneras: uno solar, *Intihuata* y otro lunar o común, llamado *Quillahuata*. El solar era gobernado por 12 pilastras en Quito, y en el Cuzco por 12 torres, cuyos gnómones señalaban el principio de cada mes, por su orden y se adornaba con flores la que al nacer el sol, señalaba el primer día.<sup>97</sup>

No había a la sazón en todo el Reino, ni en el Imperio todo, hombre tan grande ni de tanta autoridad como Quisquis. Había ido éste muy joven a la conquista de Quito, llevado de su padre, el cual no sólo era la principal cabeza de todos los Orejones, sino también el primer General de Armas.<sup>98</sup>

Por esto, utilizaremos las categorías de G. Genette<sup>99</sup> sobre relato Homodiegético (el narrador forma parte de la historia) y el relato Heterodiegético (el narrador no forma parte de la historia). En la *Historia Antigua* nos encontramos con una voz que actúa, juzga y tiene opiniones (homodiégesis) sobre los hechos y los personajes que aparecen, participa en el mundo narrado, observa, cuenta y aporta información basado en su propia visión de los eventos. Este narrador cumple así un papel de personaje, cuando se involucra, y el papel de narrador, cuando relata. La audiencia, por otro lado, puede ser influenciada por este narrador que hábilmente convence, identifica y siente lo que relata.

Siguiendo a Genette, son cuatro los tipos básicos de narración de acuerdo con la elección del tiempo verbal: *retrospectiva*, *prospectiva*, *simultánea e intercalada*.<sup>100</sup> En la narración *retrospectiva*, el narrador se sitúa en un tiempo posterior a los acontecimientos narrados y su elección gramatical se ubica en los tiempos perfectos (pasado, imperfecto y pluscuamperfecto). *La Historia Antigua* se ubica en este tipo de tiempo verbal, por ser, evidentemente, el tiempo *ad hoc* de los historiadores.

Sin embargo, en la teoría moderna, quien ve o asiste a los hechos no siempre coincide con la misma persona que habla o quien cuenta la historia<sup>101</sup>; lo que ocurre en este caso es que

---

<sup>97</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 94.

<sup>98</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 153.

<sup>99</sup> Gerald Genette, *Nuevo discurso del relato*, Madrid, 1998.

<sup>100</sup> Tomado de Adriana de Teresa Ochoa (coord.), *Conocimientos Fundamentales de Literatura*, [www.conocimientosfundamentales.unam.mx](http://www.conocimientosfundamentales.unam.mx), 13 de enero 2011.

<sup>101</sup> José María Pozuelo Yvancos, *Op. Cit.*, p. 241

“el narrador da su propia visión de un acontecimiento”<sup>102</sup>, concepto rebautizado también como “focalización.”

Para Pozuelo Yvancos, el problema mayor no es la voz narrativa sino más bien “la manera en que la historia es percibida por el narrador y el modo o tipo de discurso utilizado por el narrador para hacernos conocer la historia”<sup>103</sup>, esos serían el principal problema del relato que han sido reveladas por T. Todorov<sup>104</sup> y G. Genette<sup>105</sup> como la narración y el narrador. En estos encontramos que en el análisis de la voz narrativa existe un narrador que puede contar sus propios pensamientos y opiniones, pero no los de los demás personajes, a no ser que éstos se lo cuenten, y ése sería el caso de la *Historia Antigua* y su narrador.

Entonces, si el relato histórico y el relato literario comparten una estructura narrativa, el narrador es quien condiciona la organización del relato porque es quien ofrece la realidad desde una posición. Por eso, Pozuelo Yvancos argumenta que el narrador “es posiblemente el pilar fundamental de la estructura narrativa.”<sup>106</sup> Eso porque quien cuenta la historia es el responsable de lo que va relatando, la *focalización* encuentra el modo o punto de vista que asume la voz narrativa.

Para profundizar un poco más sobre la visión de los acontecimientos, ante una historia, sea real o imaginada, valen las siguientes preguntas: ¿quién ve los hechos? ¿desde qué perspectiva los enfoca? Son las interrogantes necesarias para entender el ángulo de visión que cada relato puede ofrecer, puesto que cada uno tiene una perspectiva diferente, es más, cada narrador puede ofrecer la realidad desde una posición. De ese modo, se han suscitado diferentes clasificaciones con respecto a la expresión narrativa:<sup>107</sup>

- a) Narrador > Personaje (Narrador omnisciente): el narrador dice más de lo que pueda saber ninguno de los personajes.
- b) Narrador = Personaje: el narrador no ve más que lo que sabe tal personaje.

---

<sup>102</sup> *Ibid*, p. 243.

<sup>103</sup> *Ibid*, p. 241.

<sup>104</sup> Tzvetan Todorov, *Literatura y significación*, Barcelona, 1974.

<sup>105</sup> Gerald Genette, *Nuevo discurso del relato*, Madrid, 1998.

<sup>106</sup> José María Pozuelo Yvancos, *Op. Cit.*, p. 242.

<sup>107</sup> Las tres fórmulas del narrador fueron simbolizadas por T. Todorov. Tomado de José María Pozuelo Yvancos, *Op. Cit.*, p. 243.

- c) Narrador < Personaje: el narrador ve menos que lo que sabe cualquiera de sus personajes, sólo asiste a sus actos, pero no tiene acceso a ninguna consciencia.

En este mismo sentido G. Genette habla del relato *no-focalizado* o *focalización-cero* para el primer tipo o narrador omnisciente. El segundo es denominado *focalización interna* según sea uno o varios personajes los que aporten la visualización de la historia. Por último, el tercer tipo se llama *focalización externa* “en que el focalizador ve a los personajes desde fuera, sin entrar en su consciencia.”<sup>108</sup>

Estas nuevas dimensiones del narrador, mejor conocidas como *focalización* o *perspectiva* implican el análisis de valores, juicios, perspectivas psicológicas, ideológicas, espacio-temporales<sup>109</sup>, etc. Todos estos elementos nos hacen entender que la narración no es un problema de desde dónde el narrador se sitúa respecto a los personajes, sino que también interviene el cómo se contemplan los hechos, a qué distancia - no sólo física – también moral.

La focalización, entonces, en la *Historia Antigua del Reino de Quito*, pertenecería, en palabras de Genette, al de focalizador externo: “su acto narrativo como algo posterior a la historia que cuenta”<sup>110</sup>, donde el narrador ve a los personajes desde fuera, sin entrar en su consciencia (porque es un historiador, no un escritor literario), pero sí *focaliza* desde un ángulo o lugar, desde sus impresiones, valoraciones y sentidos que tiene sobre los asuntos y fenómenos históricos, desde su perspectiva moral y práctica; es un narrador externo a la historia, pero sometido a la visión de los personajes y a lo que cuenta.

Ideas y conceptos fundamentales para comprender por qué el padre Velasco realizó un discurso acorde a un modelo basado en un territorio-reino de héroes, guerras y conquistas, que sirvieron como una estrategia para establecer vínculos entre una “antigüedad clásica americana y una élite de la cultura criolla.”<sup>111</sup> Es decir, Velasco al proporcionarnos toda la información del pasado histórico de Quito, desde esa perspectiva o focalización, se situó

---

<sup>108</sup> José María Pozuelo Yvancos, *Op. Cit.*, p. 244.

<sup>109</sup> *Ibid*, p. 244.

<sup>110</sup> Gérard Genette, *Nuevo Discurso del Relato*, Madrid, Ed. Cátedra, 1998, p. 56.

<sup>111</sup> Eillen Willingham, *Knowledge and Narration: Velasco's Historiographical Theory and Practice*, s/c, s/ed, s/f, p. 1.

como el historiador patriótico y educador que reconstruye *épicamente* el pasado lejano de su Patria; un historiador cuya perspectiva narrativa guarda una estrecha relación con el discurso moral, político e ideológico que, como se mencionó anteriormente, sirvió como defensa a los comentarios de los filósofos antiamericanistas:

Robertson, que no quiere concederles a los peruanos conocimiento ni uso de mezcla alguna, ni herramienta capaz de mediana operación, parece que pretende el que hayan taladrado y cortado las peñas vivas con los dedos y hayan unido tan firmemente las piedras por vía de encanto.<sup>112</sup>

Lo que nos lleva nuevamente a las teorías de White y Ricoeur que encuentran en los relatos históricos o de ficción, unidades estructurales (como el narrador/focalizador) que forman parte del discurso narrativo y, por lo tanto, hacen que la diferencia entre la historia y la ficción se reduzca a la “pretensión referencial del relato.”<sup>113</sup> En otras palabras, nociones de héroes, personajes, narrador, trama, intriga, etc., que pudieron ser vistas ajenas totalmente de las “narraciones empíricas” como la historia, ahora pueden reinterpretarse conforme a las teorías del relato de ficción.

Tal vez sea por todos estos aspectos que la *Historia Antigua del Reino de Quito* ha sido “mejor” considerada desde el punto de vista literario, de su modalidad narrativa y de su léxico, mientras que las controversias históricas contribuyeron a desplazar tanto al texto como al autor al suponer que son *fábulas*. Pero al parecer, la historiografía moderna posee una nueva actitud hacia este tipo de relatos, donde la Historia es un “artefacto literario” porque asume y nos otorga un sistema de símbolos y, al mismo tiempo, una representación de la realidad en la medida que describe los acontecimientos del mundo “real”:

Se ha dicho, por ejemplo, de la *Ilíada* que todo el que comienza leyéndola como Historia encuentra que está llena de ficción, pero que, igualmente, todo el que empieza leyéndola como ficción encuentra que está llena de Historia.<sup>114</sup>

---

<sup>112</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 130.

<sup>113</sup> Paul Ricoeur, *Op. Cit.*, p. 134.

<sup>114</sup> Arnold J. Toynbee, tomado de Gabriel García Cevallos, *Reflexiones sobre la Historia del Ecuador*, Quito, Ed. Corporación Editora Nacional, 1987, p. 103.

De esta manera, el discurso narrativo de Velasco puede apreciarse como la evocación de un mundo fascinante y remoto, el de los Scyris, Caras e Incas, y también desde la mitificación o la crítica histórica. En todo caso, es la primera representación verbal de una realidad ecuatoriana y testimonio estético-literario de una conciencia hispanoamericana.

## 1.5. Tropos y figuras retóricas en el discurso histórico

La palabra *tropos* se deriva del griego *tropikós* que significa “giro” o “manera”. En ese sentido y con los aportes de la retórica moderna, el *tropo* puede entenderse como “un cambio de dirección de una expresión que se desvía de su contenido original para adoptar otro contenido.”<sup>115</sup>

Nuestro lenguaje siempre tiende a escabullirse, según White, porque los *tropos* están presentes en todo discurso “ya sea realista o imaginativo.”<sup>116</sup> Aunque el concepto de tropos hasta la actualidad es amplio y no consigue todavía un consenso general; Gérard Genette<sup>117</sup> explica que los tropos son desvíos convencionales de la locución propios del lenguaje.

Según esta teoría, los tropos generan figuras de habla o pensamiento que permiten una conexión entre las cosas para que puedan ser expresadas en cualquier discurso. En el diccionario de la RAE encontramos la definición de *tropo* como:

Empleo de las palabras en sentido distinto del que propiamente les corresponde, pero que tiene con este alguna conexión, correspondencia o semejanza.<sup>118</sup>

Con todas estas ideas, White explica que los *tropos* al encontrarse en cualquier discurso (incluyendo el histórico) sirven también para entender a aquellos que aspiran a imitar

---

<sup>115</sup> Cfr.: Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, Madrid, Ed. Cátedra, p. 163.

<sup>116</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 64.

<sup>117</sup> Cfr.: Gérard Genette, *Lenguaje poético, Poética del lenguaje*, París, 1968.

<sup>118</sup> Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española RAE, <http://www.rae.es/rae.html>, 15 de agosto 2010.

fielmente la realidad. De tal manera, los tropos o “figuras del habla” “son el *alma del discurso* y, por lo tanto, el mecanismo sin el cual el discurso no puede hacer su trabajo o alcanzar su fin.”<sup>119</sup> El discurso vendría a ser la forma en que el lenguaje se expresa, de una u otra manera, nuestra forma de expresión.

Nos enfrentamos, entonces, con una relación casi ineluctable entre discurso y figuras, White afirma que aún en los textos que tratan de representar “las cosas tal como son” sin adorno retórico o imaginería poética, fracasan en sus intenciones; así, el discurso debe entenderse como una empresa mediadora, antimimética cuya forma de representación es la tropologización. Veamos un ejemplo:

Durante el período en que se consolidaba la dominación colonial europea se fue constituyendo el complejo cultural conocido como la racionalidad-modernidad europea, el cual fue establecido como un paradigma universal de conocimiento y de relación entre la humanidad y el resto del mundo.<sup>120</sup>

Vemos aquí el paso de la premisa mayor (la dominación colonial europea) a la elección del dato (paradigma universal de conocimiento) que sirve como premisa menor. Esto es en sí un paso tropológico, un desvío de lo universal a lo particular, una metonimia. A este proceso habrá que incorporarse las nociones de ideología, realidad y verdad como formas provenientes del narrador y su contexto para codificar el discurso.

Para White, el discurso se cristaliza según tres reglas que determinan su *forma*: la descripción (*mímesis*) es el conjunto de datos encontrados en el campo de investigación; el argumento o narrativa (*diégesis*) es la descripción y la forma como se los va a presentar; y la *diataxis* es la combinación que se efectúan y ordenan estos dos niveles. En este sentido, el escritor elabora un discurso a partir de datos inteligibles y configura un sistema de signos que aprendemos a leer a partir de las reglas convencionales.<sup>121</sup>

---

<sup>119</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 64.

<sup>120</sup> Anibal Quijano, *Colonialidad y Modernidad*, Quito, Ed. FLACSO, 1992, p. 441.

<sup>121</sup> *Cfr.*: Paul Ricoeur al hablar de la *mímesis* también afirma que es un “metáfora de la realidad.” Tomado de *Historia y Narratividad*, Barcelona, Ed. Paidós, 1999, p. 153.

Tenemos aquí que el discurso es fruto de una actividad selectiva e interpretativa y, por lo tanto, se puede defender que la Historia y la Literatura son *verdaderas* en tanto tienen como condición central la acción humana, aunque de modos diferentes según sus referencias. La Historia alcanza la verdad porque existe una evidencia empírica, como afirma Ricoeur “esta pretensión se encuentra limitada por la red restrictiva que regula las descripciones convencionales del mundo.”<sup>122</sup> La Literatura, en cambio, alcanza referentes universales, es decir, “a todo aquello que resulta probable en el lenguaje poético”<sup>123</sup>.

Ricoeur explica que necesitamos el relato empírico y el de ficción para poder llevar al lenguaje nuestra situación histórica. Al respecto, para tener acceso a la narración de la historia y de la ficción, como en cualquier otro relato, necesitamos de la combinación entre descripciones y argumentos (datos) para facilitar el proceso de comprensión. Para ello, White explica que el proceso de comprensión sólo puede ser tropológico:

Para hacer que lo no familiar, o lo extraño, aparezca como familiar (...) avanza mediante la explotación de las principales modalidades de figuración, identificadas en la retórica posrenacentista como tropos maestros: de la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía.<sup>124</sup>

Nietzsche<sup>125</sup> parece ir más allá con las figuras gramaticales o tropos al considerar a éstas como “el fundamento sobre el que se erige el conocimiento racional del mundo.” Su comprensión de las mismas era otorgarles un poder para comprender el mundo y, más aún, un sentido. En todo caso, coincide con White en la medida en que los tropos dotan de significado al discurso y son parte de un modo de cognición. Señalaremos ahora cuáles son estos cuatro tropos básicos<sup>126</sup> que, como vemos, son útiles para comprender áreas como lo humano y, para el caso de la *Historia Antigua del Reino de Quito*, recursos para ofrecer al lector una imagen coherente del pasado:

---

<sup>122</sup> Paul Ricoeur, *Historia y Narratividad*, Barcelona, Ed. Paidós, 1999, p. 144.

<sup>123</sup> *Cfr.*: Paul Ricoeur afirma que la literatura y la poesía puede referirse a lo que cierto tipo de personas diría o haría probable o necesariamente. Tomado de *Historia y Narratividad*, Barcelona, Ed. Paidós, 1999, p. 155.

<sup>124</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 71.

<sup>125</sup> Friedrich Nietzsche, *Genealogía de la moral*, Buenos Aires, Ed. Alianza, 1995.

<sup>126</sup> Conceptos tomados de: José María Pozuelo Yvancos, *Op. Cit.*, p. 187-194, DRAE, y el Manual de Retórica y Recursos Estilísticos (<http://retorica.librodenotas.com>, acceso: 10 de enero 2011).

**Metáfora:** Tropo en el que un término (B) sustituye a otro término (A) en virtud de la relación de semejanza existente entre ellos (tienen semas comunes). Esa sustitución implica un cambio de significado porque la relación entre el término sustituido (A) o evocado (tenor) y el término (B) metafórico (vehículo) implica un desplazamiento o traslación realizado por el lector desde una significación.

**Metonimia:** Un término se sustituye por otro porque guardan entre sí una relación de contigüidad. La traslación viene guiada no por la semejanza (como la metáfora), sino por la proximidad existente entre ellos en el campo de la experiencia.

**Sinécdoque:** Tropo que consiste en extender, restringir o alterar de algún modo la significación de las palabras, para designar un todo con el nombre de una de sus partes, o viceversa; un género con el de una especie, o al contrario; una cosa con el de la materia de que está formada.

**Ironía:** Designa de la forma intencionada ya expuesta personas o cosas con nombres que significan lo contrario de lo que son, o con expresión que significa lo contrario de lo que se quiere decir o pretender decir.

## 1.6. Figuras retóricas en la *Historia Antigua del Reino de Quito*

Para el crítico español Javier del Prado Biezma “el texto debe entenderse como una composición que tiende hacia la unidad.”<sup>127</sup> Este presupuesto da a entender que en la *Historia Antigua del Reino de Quito*, como en cualquier otra obra, se pueden encontrar unidades de significado que componen y dan resultado una totalidad.

En este punto, es preciso mencionar que la prosa del padre Juan de Velasco en la *Historia Antigua del Reino de Quito* se compone de unidades que son enumeradas, que consiguen

---

<sup>127</sup> Javier del Prado Biezma, *Análisis e interpretación de la novela*, Madrid, Ed. Síntesis, 2000, p. 20.

un ritmo narrativo, una estética propia y una estructura ordenada según el desarrollo y apareamiento de los acontecimientos. Por ejemplo:

### Libro 3°

#### Reinado de Atahualpa

##### § 1

#### Principios del pacífico reinado de Atahualpa, y motivo verdadero de las guerras civiles con su hermano

**1** Muerto Huaynacápac, se siguieron sus fúnebres exequias. Lo hizo su hijo Atahualpa con tan solemne pompa que no tuvo el Imperio Peruano memoria de otra semejantes. Es constante fama que, voluntariamente y con porfiado empeño, se sacrificaron más de mil víctimas a acompañarlo al sepulcro, y que, expuesto el embalsamado cadáver sobre su trono por veinte días, fue adorado de los pueblos como una de sus primeras deidades (...)

**2** Siguióse inmediatamente la solemne coronación de Atahualpa. Pretenden falsamente algunos que haya sido desde entonces con la imperial insignia del fleco carmesí a la corona, no habiendo sido sino con la esmeralda, distintivo propio de los antiguos Scyris de Quito (...)<sup>128</sup>

Ahora bien, esta estructura narrativa y este estilo, que White lo denominaría *acto de prefiguración o trama*, según Hernán Rodríguez Castelo, es *austero*, lo que quiere decir sin adornos estilísticos. Para el crítico ecuatoriano: “el adorno distrae, detiene (...) Y sabido es que quien adorna confiesa que lo que narra no se basta de por sí a gustar y arrastrar.”<sup>129</sup>

Esta idea de Rodríguez Castelo, como veremos a continuación, no es del todo cierta, ya que señalaremos algunos episodios donde el padre Juan de Velasco hace uso de varias figuras retóricas que quizás no alcanzan un nivel semántico poético, pero crean ciertos pasajes de alto valor literario. Estos habrán de entenderse no como una afectación a la objetividad de los hechos, sino, como lo señala White, a *estrategias explicativas o actos poéticos* propios del uso lingüístico.

---

<sup>128</sup> Juan de Velasco, *Historia Antigua del Reino de Quito*, Quito, Ed. Ariel, 1999, p. 147.

<sup>129</sup> Hernán Rodríguez Castelo, *La “Historia del Reino de Quito”, obra maestra de narrativa*, Quito, Ed. Ariel, 1999, p. 16.

A esto habrá que añadirse que se tratan de peculiaridades del autor, interpretaciones y apreciaciones personales, su época y contexto presentes en cualquier obra de creación. A continuación algunos párrafos de la *Historia Antigua de Quito* donde se evidencia el uso de figuras retóricas:

“Concurriendo, pues, todas estas circunstancias, se hizo forzoso que la pequeña piedra de las fuerzas de Pizarro bastase para derribar la grande estatua de oro y reducirla a polvos.”<sup>130</sup>

“Reducirla a polvos”, metáfora explicativa que significa el fin del imperio. Velasco se refiere a cuando el ejército de Pizarro con muy pocos recursos de armamento y de soldados, venció al poderoso imperio de los Incas. Se acompaña de una figura literaria (estatua de oro) para dar a conocer su poderío.

“En la Imbaya, hasta cuyo nombre quedó extinguido, se pusieron las semillas de nuevos pobladores, todos o casi todos de la raza extranjera de Carán.”<sup>131</sup>

Metonimia del tipo *signo por cosa significada*: “se pusieron las semillas” claramente quiere decir que se realizó un traslado importante de gente hacia esa provincia para que habiten allí luego de que los locales fueron sacados de su territorio.

Retirose Rumiñahui a las altísimas y escarpadas rocas de un monte nevado, pocas leguas distante de la capital, que por él se llamó después y se llama todavía el monte Rumiñahui. En sus altas oquedades y senos vivió algún tiempo, sin haberse sabido jamás si murió allí (...).<sup>132</sup>

*Oquedades* y *senos* es una forma de expresión metafórica que denota las cavernas de la montaña y su altura. Esta expresión le brinda a Rumiñahui un gran cierre de misticismo y soledad y a Velasco, por otro lado, nos hace pensar en el *aedo* y el *rapsoda* antiguo, como el mensajero y difusor de las grandes gestas, encargado de recolectar lo heroico y lo anecdótico de su cultura.

---

<sup>130</sup> Juan de Velasco, *Ibid*, p. 184.

<sup>131</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 39.

<sup>132</sup> *Ibid.*, Tomo II, p. 20.

“(Atahualpa) hizo arruinar todos aquellos soberbios edificios y toda aquella ciudad tan célebre, sin dejar piedra sobre piedra, ni más señal que la que bastase para decir: aquí fue Troya.”<sup>133</sup>

“Lo esperaban impacientes los españoles (a Atahualpa), como el cazador que, teniendo bien dispuesto el lazo, no ve que se acerca el ave.”<sup>134</sup>

En estos dos ejemplos es imposible no reconocer la relación entre la *Historia Antigua del Reino de Quito* con la *Ilíada*. Recordemos que en la obra de Homero hallamos símiles como “acometiéronse como carniceros, leones o puercos monteses”<sup>135</sup> o “anduvieron en la oscuridad, como dos leones, por el campo donde tanta carnicería se había hecho”<sup>136</sup>. Comparaciones y epítetos que recrean con cierta espectacularidad y solemnidad las descripciones concernientes a la guerra; estas figuras sirven para que el lector se deleite o se impresione sobre lo que se le está contando.

Los ejemplos hasta aquí mostrados evidencian que el padre Velasco no utilizó figuras que distan demasiado entre significante y significado, es decir que las figuras retóricas utilizadas por él no crean nuevos significados poéticos, sino que están utilizados para otorgar al lector un léxico sencillo y familiar. Esto, por un lado, demuestra que el autor conocía bien del oficio de historiador, quien intenta huir de las figuras literarias con grandes cargas poéticas y, por otro, nos habla de la época de Velasco, donde “desaparece la concepción de la historia predominantemente artística, mientras crece la importancia concebida a la investigación.”<sup>137</sup>

Cerraremos este tema con un concepto de Fernando Sol de Villa sobre Historia que encaja perfectamente con el estilo de la *Historia Antigua del Reino de Quito*:

“La obra histórica ha de estar escrita en estilo sencillo y elegante, huyendo de la afectación, pero sin desdeñar las figuras retóricas que pueden prestar encanto a los hechos que narre.”<sup>138</sup>

---

<sup>133</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>134</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>135</sup> Homero, *La Ilíada*, Quito, Ed. Libresa, 1990, p. 141.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 179.

<sup>137</sup> *Cfr.*: Rafael Lapesa afirma que en el siglo XVIII se concedió especial atención a la *historia erudita* como una reacción a la *historia humanística*. Tomado de *Introducción a los Estudios Literarios*, Madrid, Ed. Cátedra, 2008, p. 191.

<sup>138</sup> Fernando Sol de Villa, *Compendio de Literatura General*, París, Ed. Gadamer, 1988, p.71.

Con esto y al afirmar el carácter narrativo de la historia, no se pretende eliminar las diferencias evidentes que existen entre el relato histórico y el de ficción, sino reconocer que ambos poseen una *estructura narrativa*, que permite considerar a la *Historia Antigua del Reino de Quito* y otras más, como una contribución a describir o a redescubrir que en la tarea del historiador sí hay un proceso de creación artística.

El historiador, en su lucha contra el tiempo, trata de conservar aquellos rasgos del pasado que merecen no olvidarse, lo que es *memorable*. Y lo que es más digno de ser conservado en nuestra memoria son los valores, luchas, instituciones y acciones humanas que son y forman parte de la comunidad, de ahí nace nuestra condición como sujetos históricos poseedores de sentidos y de referencias. La similitud entre historiadores y novelistas radicaría justamente en este punto, ambos poseen preferencias emotivas que figuran el tipo de discurso.

Encontrar un significado global al modo en que se articulan los hechos contados en la *Historia Antigua* está sometido a la búsqueda velasquiana<sup>139</sup> de defender a América y a los grupos indígenas autóctonos, e integrarlos en el proyecto político del Estado-Nación que se formulaba ya en el siglo XVIII. Como historiador, el jesuita optó por categorías culturales significativas como son la formulación de héroes, batallas y espíritus nobles inherentes en ese grupo. De ahora en adelante, podemos, como dice el historiador Jorge Salvador Lara, “reconocer en Velasco un precursor del moderno indigenismo”<sup>140</sup>

A continuación, y dada la posibilidad de entrar en un texto histórico con consideraciones literarias, puesto que la expresión del pasado es narrativa, se identificará en la *Historia Antigua del Reino de Quito* a sus principales personajes configurados como *héroes* y los acontecimientos más relevantes: las guerras y la cosmovisión de los conquistados y conquistadores que denominaremos *visión de alteridad*. Todos estos elementos ofrecen un parámetro que proporciona al auditorio, un Estado (el ecuatoriano) cargado de un pasado majestuoso y heroico, estrategias legitimadoras que lograrían en nuestros pueblos la consecución de libertad, independencia económica y afirmación de sus valores culturales.

---

<sup>139</sup> Cfr.: Según Silvia Navia “el Reino de Quito busca legitimar su existencia autónoma e independiente sobretudo con respecto al Imperio Inca.”

<sup>140</sup> Jorge Salvador Lara, *Semblanza del padre Juan de Velasco, historiador del Reino de Quito*, Quito, CCE, 1977, p. 499.

## CAPÍTULO 2. EL HÉROE

### 2.1. Definiciones generales

La figura del héroe ha sido una preocupación desde los inicios mismos de los estudios literarios. ¿Quién es el héroe? Como criterio inicial para su definición se confió a la habilidad del lector para que sea él quien identifique su figura, pero como éste pudo haber diferido en muchos casos según el lector, resultó difícil determinar al héroe por este método.

Sin embargo, la historia de la literatura ofrece ejemplos que nos indican que el héroe es aquel que parece cumplir con cierto requisito moral y un logro personal y social, como el valiente Odiseo o el intrépido Heracles. El teórico Mieke Bal enumeró ciertas características para intentar descubrir si algún personaje sobresale o contiene la figura del héroe. Estas son:

- **Calificación:** Información externa sobre la apariencia, la psicología, la motivación y el pasado.
- **Distribución:** El héroe aparece con frecuencia en la historia, su presencia se siente en los momentos importantes de la fábula.
- **Independencia:** El héroe puede aparecer solo o tener monólogos.
- **Función:** Llega a acuerdos, vence oponentes, desenmascara traidores, etc.; acciones que sólo le competen al héroe.
- **Relaciones:** Es el que más relaciones mantiene con otros personajes.<sup>141</sup>

El cumplir todos o algunos de estos puntos y de acuerdo al énfasis con el que se acercan se calificará al personaje como héroe. Se debería, sin embargo, entablar distinciones entre héroes; Bal anota que existen héroes exitosos y héroes trágicos. De los primeros tenemos buenos ejemplos en los poemas greco-latinos: Aquiles y Eneas, considerados héroes épicos o exitosos por excelencia. Del segundo grupo diremos que son héroes que se enfrentarán a

---

<sup>141</sup> Mieke Bal, *Teoría de la Narrativa*, Ed. Cátedra, Madrid, 2006, p. 100.

sus oponentes, pero no los vencerán; el Atahualpa del padre Juan de Velasco es una muestra local del héroe trágico, en el cual se ahondará más adelante.

En este sentido y derivados del héroe trágico, en el siglo XVI en la narrativa nacieron personajes capaces de sobrevivir en un contexto duro y despiadado, o lo intentaban, pero normalmente culminaban en el fracaso, a ellos la teoría moderna los calificó como *antihéroes*. Héroes trágicos o degradados cuya existencia, aventuras y condiciones corresponden a una representación más cercana de lo que es el hombre; el Quijote es uno de ellos.

Pero volviendo al tema del héroe exitoso, hay otras definiciones que nos ayudan a entender a éste y su función. El libro de Joseph Campbell, *El Héroe de las mil caras*, hace un extenso recorrido por las principales características de estos héroes a los que llamaremos *épicos*. En Campbell se encontrará que una de las características fundamentales de ellos es que gozan de buena reputación o fama y poseen una fuente de poder:

El héroe es el hombre o mujer que ha sido capaz de combatir y triunfar sobre sus limitaciones personales y locales (...) Su tarea y hazaña es volver a nosotros transfigurado y enseñar las lecciones que ha aprendido sobre la renovación de la vida.<sup>142</sup>

También encontraremos que Hegel en su *Estética* tiene su propia definición sobre los héroes:

Dotados de una ascendencia superior, poderes y cualidades extraordinarias, conducta ejemplar de manera que los espectadores se sienten identificados con él y lucha contra un destino aciago ante el cual acaba sucumbiendo.<sup>143</sup>

Todos estos conceptos que se han visto hasta el momento, sirven plenamente para explicar a los personajes históricos que encontramos en la *Historia Antigua del Reino de Quito*, como son Carán Scyri, Huaynacápac y Atahualpa, quienes tienen relevancia en la obra de Velasco y que sirvieron después para reconocer en ellos a símbolos nacionales. Pero todavía es muy temprano para hablar de ellos, sin antes recorrer a fondo su historia, función y las pruebas por las que tienen que pasar para conseguir que sus rasgos sean valorados en nuestra cultura y, por lo tanto, se definan como héroes.

---

<sup>142</sup> Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 26.

<sup>143</sup> Tomado de Demetrio Estébanez, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, p. 701.

Resumiendo todos estos conceptos, tenemos entonces que el héroe posee valores y una fuerza especial, a esto se puede añadir que es aquel que da origen al conflicto y también a la solución y, por último, y como característica tomada de los poemas épicos, es un hombre o semidiós o de alguna forma partícipe de una divinidad. Pero todo lo antes dicho pertenece evidentemente a personajes que proceden de la literatura ¿sería correcto identificar así a los seres humanos del pasado?

Juan Villegas en su *Estructura mítica del héroe* afirma que la idea de héroe ha de ser necesariamente dinámica y adecuarse a la concepción del hombre y del mundo. Se reconoce entonces que los seres humanos del pasado también responden a ciertas hazañas y virtudes, llevan a cabo acciones heroicas que merecen este calificativo porque su espíritu es o fue ejemplar. De ahí que todos los días el ser humano exija la existencia del héroe ante las vicisitudes de la realidad.

En ese mismo sentido, Campbell habla de las transformaciones del héroe, la primera pertenece *al tiempo de las edades mitológicas*, la segunda a la *esfera de la historia humana*. La conjunción de ambas se da cuando hay una relación directa de padre-hijo, el primero (creador increado) transmite al otro (creador creado) una fuerza cósmica especial para gobernar sobre la tierra. Campbell sostiene que “tales figuras aparecen en el estado primario de todos los pasados legendarios. Son los héroes culturales, los fundadores de las ciudades”<sup>144</sup>.

En todo caso, en el héroe predomina una característica que lo eleva socialmente y su personaje muestra un tipo de humano destacado ante situaciones adversas. Recordemos en la literatura greco-latina a personajes como Heracles, Eneas o Teseo, siempre acompañados por una divinidad, se exponen a peligrosos caminos rodeados por fuerzas igualmente poderosas, malignas o que suelen impedir el cumplimiento de su destino.

El héroe moderno, en las historietas o el cine, por ejemplo, también se aproxima a esta idea de excelencia, pero con la diferencia que no proviene de una clase divina o semidivina, veamos a personajes como James Bond o Spiderman, cuyas características guardan una humanización más semejante a nosotros: se enamoran, cometen errores y pasan por un período de sufrimiento que por poco les impide llevar a cabo su labor.

---

<sup>144</sup> Joseph Campbell, *Op. Cit.*, p. 282.

Sin embargo, este modelo también surge en el héroe épico, personajes como Odiseo, Aquiles o Eneas son una combinación de un ideal de virtud y un aprendizaje a través de los errores hasta alcanzar cierta perfección. Para los antiguos griegos, el héroe es un conjunto de cualidades cívicas y morales, que se expresaban a través de su pensamiento, palabras y acciones; características que encarnaron sus grandes figuras literarias y se manifestaban en sus decisiones personales y en la guerra.

Se insiste, en cualquiera de los casos, en el carácter especial y representativo de las virtudes del héroe. Todas, según Juan Villegas, se desplazan: “la heroicidad puede ser vista desde un plano externo, social e histórico.”<sup>145</sup> Entender estas características propias de la literatura nos conduce también a denominar así al héroe de la Historia, ya que existieron en el pasado y existirán seres que representan el bien, trascienden y conforman un ideario simbólico y mítico, importante como ejemplo que puede seguirse para el ser humano ideal e influyente que incide en el curso y destino de los pueblos.

Esto permite observar al héroe literario e histórico como personajes que encarnan lo que en los preceptos de educación griega se conoce como *nobleza y areté* (crecimiento espiritual, virtud, moral, heroísmo guerrero, ideal caballeresco, trascendencia después de la muerte, fama). Características que según Jaeger<sup>146</sup> proponen valores y actitudes para educar al hombre moderno, preparándolo para enfrentarse con éxito a los problemas del mundo en que vive.

Todas esas descripciones nos llevan a concluir que tanto el término como el concepto de héroe son dinámicos y varían según el relato, el marco histórico o el sistema correspondiente. Sin embargo, es preferible asumir que el héroe generalmente representa un sistema de valores, por lo que son tan héroes Odiseo como el Cid, también José Martí, Simón Bolívar y cómo no, Atahualpa y los demás personajes descritos en la *Historia Antigua* cuyas acciones son dignas de elogio.

---

<sup>145</sup> Juan Villegas, *La estructura mítica del héroe*, Barcelona, Ed. Planeta, 1978, p. 65.

<sup>146</sup> Werner Jaeger, *Paideia: Los ideales de la cultura griega*, Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1990.

## 2.2. Héroes en la *Historia Antigua del Reino de Quito*: Cacha Scyri, Huaynacápac y Atahualpa.

La *Historia Antigua del Reino de Quito* relata una época de la antigüedad muy remota y lejana, comienza “*algunos siglos después del general diluvio*” y está dividida en Libros y párrafos numerados similares a los relatos bíblicos y a los libros de Hesíodo y Heródoto. A partir del libro 3ero, la narración está determinada por protagonistas cuyo origen se remonta al de las divinidades, Velasco señala que los Incas tenían como supremo dios al Sol y de éste provenían sus gobernantes:

Mancocápac, primer Inca y fundador de la monarquía (...) era también hijo del mismo Sol y enviado por él a la tierra para la instrucción y enseñanza de los hombres (...) fue reconocido y adorado no como hombre de la común especie, sino como hijo del Sol y la Luna; sus instrucciones y sus leyes fueron recibidas como emanadas de la misma deidad (...) <sup>147</sup>

El padre Velasco recogió información sobre los Incas gracias a las descripciones de Garcilaso de la Vega y el Padre Joseph Acosta <sup>148</sup>; según éstas, el Inca Mancocápac mostró durante su vida fuerzas extraordinarias y fue el predestinado a unificar y formar un imperio de inmensas magnitudes. Mancocápac se ajustaría adecuadamente a otra calificación de Campbell: “como el héroe cultural primitivo, más bien un símbolo para contemplarse que un ejemplo a seguirse literalmente.” <sup>149</sup>

La voz narrativa del padre Velasco, sin embargo, no evidencia conmiseración hacia Mancocápac, es crítica con él, reconoce que su inteligencia y talento sirvieron para apoyar sus pretensiones, como la ampliación de sus dominios y la subyugación de otros pueblos, nos cuenta que el emperador “formó un nuevo sistema de religión, que al mismo tiempo fuese el sistema de la superioridad y grandeza que pretendía” <sup>150</sup>.

La época de Mancocápac está descrita en la *Historia Antigua* con una similitud muy estrecha con el absolutismo europeo. En el libro la *Historia del Antiguo Continente* se

---

<sup>147</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 75-76.

<sup>148</sup> Cfr.: *Historia Natural y moral de las Indias*, 1590

<sup>149</sup> Joseph Campbell, *Op. Cit.*, p. 285.

<sup>150</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 75.

describe a esta época como poseedora de una forma de gobierno despótica, donde se practicaba la teoría del *derecho divino de los reyes* y en la que el monarca recibía el poder de Dios y los súbditos tenían que someterse a su voluntad.

En tal sentido, el Inca está esbozado con un lenguaje similar, se percibe el punto de vista del historiador que da a conocer una relación entre jerarca y pueblo basado en el acatamiento. Velasco anota sobre los gobernantes Incas: “Con hacer al Sol primario objeto de adoraciones y cultos, y fingirse ellos naturales hijos del Sol, quisieron ser adorados y obedecidos como la misma deidad.”<sup>151</sup>

Estas reflexiones de Velasco manifiestan un agudo sentido analítico y gran conocimiento de los asuntos de gobierno y la organización de los pueblos aborígenes e Incas; curiosamente Arturo Andrés Roig<sup>152</sup> reconoce en Velasco el comienzo de un discurso de *quiteñidad* o principio de nacionalismo porque observa en el historiador de la *Historia Antigua* “ideales de su época (la Ilustración)”<sup>153</sup> corriente plenamente asumida por Eugenio Espejo, otro *héroe* histórico y patriótico contemporáneo del jesuita.

Tal vez sea por este tipo de descripciones que Silvia Navia descubre en Velasco al primer reivindicador del Reino de Quito, contrastando su descripción del Reino con la del imperio Inca, en la medida que al segundo se le muestra como ya se lo describió, como el absolutismo, y se legitima al primero por ilustrar en esta tierra la configuración de un estado-nación cuyos gobernantes fueron menos ambiciosos.

Veamos a continuación algunos episodios del último Scyri, Cacha, cuando se enfrentaba al ejército Inca para entender aquel contraste:

Enviaron sus embajadores (el Inca a Cacha) ofreciéndole amistad, si voluntariamente se rendía. Respondióle el Scyri que ignoraba el motivo porque los Incas del Perú le llevaban la guerra a sus dominios sin haberle dado motivo alguno; que él había nacido libre y señor del Reino y que quería morir como señor y como libre, con las armas en

---

<sup>151</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 101.

<sup>152</sup> Cfr.: Arturo Andrés Roig, *Juan de Velasco*, en *Historia de las Literaturas del Ecuador Vol. II*, Quito, Ed. UASB, 2002.

<sup>153</sup> *Ibid*, p. 192.

sus manos antes que sujetarse indecorosamente a su yugo. Su categórica respuesta irritó de modo al Inca (...) <sup>154</sup>

No hubo quien pudiese persuadir a Cacha el que subiese a la plaza de Armas, porque sacando extraordinarias fuerzas de su debilidad, quiso estar llevado en una silla a la frente del mayor peligro, no como soberano, sino como capitán de su ejército, dando personalmente las órdenes para todo (...) <sup>155</sup>

(...) Dada finalmente la última general y obstinadísima batalla, en que parecía inclinarse a favor del Scyri, cayó mortalmente herido de su silla, con una lanza atravesada de parte a parte, y cayó juntamente con él todo el ánimo y valor de los suyos (...) <sup>156</sup>

Cacha sin duda demuestra una valentía sin igual, supera una prueba donde se abre la posibilidad de morir o seguir con vida si escuchaba los consejos de otros Caciques que cedieron ante los Incas. El padre Velasco retrata a un indígena sabio y lleno de fuerza, dispuesto a defender la tierra de sus ancestros sin claudicar, a imagen y semejanza de Héctor en *La Ilíada*:

Los argivos, vencidos por el azote de Júpiter, encerrábanse en el cerco de las cóncavas naves por miedo a Héctor, cuya valentía les causaba la derrota, y éste seguía peleando y parecía un torbellino. <sup>157</sup>

Por otro lado, Velasco también recurre a representar al tirano orgulloso cuya fuerza es indomable, al Inca, para luego ensalzar al quiteño que de alguna manera resplandece enfrentándose al *monstruo*. Campbell menciona que esta fórmula del héroe contra el dragón ha sido el gran recurso de sinnúmero de losas conmemorativas. Cacha, a pesar de no salir victorioso, inspira de alguna manera el sentimiento patriótico y el fortalecimiento de una identidad, de su figura deriva nuestra civilización.

Si de verdad fueron el sentimiento o la nostalgia los que llevaron al padre Velasco a escribir su historia de esta manera es una posibilidad en la que otros historiadores se han ensañado para refutar al jesuita. Fue tanta la persecución a la *Historia Antigua* que, curiosamente, en 1918 el *Consejo Superior de Instrucción Pública* ecuatoriano pretendió

---

<sup>154</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 52.

<sup>155</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>156</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 54.

<sup>157</sup> Homero, *Op. Cit.*, p. 205.

borrar de los libros de Historia ecuatoriana el capítulo correspondiente a la Prehistoria (es decir, el que habla de los Schirys, Caras y Quitus recogidos en la *Historia Antigua*, puesto que no hay hasta la fecha ninguna evidencia arqueológica), fundamentándose en que:

Refieren como verdaderos los sucesos que, a la hora de hoy, están reputados como falsos, por lo menos como dudosos, por los más autorizados tratadistas de la Historia Nacional.<sup>158</sup>

Pío Jaramillo Alvarado, sin embargo, habla de la *Historia Antigua* como “centenaria, llena de heroicidades, sacrificios y bellas enseñanzas de buen gobierno.”<sup>159</sup> El período de Cacha pertenece a esta descripción que reconoceremos como mitificada, la del *héroe-guerrero*, cuya acción y gran figura, su hazaña de pelear valientemente y frente al campo de batalla, enfermo y en una silla<sup>160</sup>, debió haber trascendido en las épocas posteriores.

Muchos años después de Mancocápac, asume el poder un descendiente suyo, el rey Huaynacápac quien, según las descripciones de Velasco, llegó a encariñarse con las regiones de Quito y sus habitantes:

El reinado de este Inca comprende el período de 38 años, parte la más luminosa de la antigüedad de Quito. Nunca se vio tan floreciente, ni llegó a tan alto grado de cultura, sino entonces. Las sabias leyes y el prudente gobierno, que suavemente introdujo Huaynacápac, sin duda el mayor ante todos los Incas del Perú, fueron el alma con que vivificó y tomó distinta forma en todo. La circunstancia de haber fijado allí su corte y de haber vivido en ella hasta su muerte, por el espacio de cerca de 40 años, facilitó sus designios e hizo que fuese tanto más feliz cuanto más inmediato su gobierno.<sup>161</sup>

El Inca Huaynacápac fue uno de los Incas que gozaron de la mayor simpatía de Velasco. Cuenta en su *Historia* que éste tomó por esposa a la hija de Cacha, la Reina Paccha, y así se consolidaron los Incas por medio de la alianza matrimonial con el Reino de Quito; de esta manera terminaron los ánimos hostiles entre ambos reinos.

El recuento sobre su período de gobierno y la vida del Inca Huaynacápac demuestra que tuvo una gran sensibilidad para los asuntos internos y apoyó considerablemente al pueblo

---

<sup>158</sup> Homero, *La Ilíada*, Quito, Ed. Libresa, 1990, p. 141. tomado de Pío Jaramillo Alvarado, *La Nación Quiteña*, Quito, Ed. CCE, 1958, p. 179.

<sup>159</sup> *Ibid*, p. 180.

<sup>160</sup> Ver cita No.107

<sup>161</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 71.

de Quito; por ejemplo, entre los grandes gestos del Inca, Velasco cuenta que el remanente de productos agrícolas era repartido entre viudas, huérfanos, enfermos, viejos y soldados.<sup>162</sup> Cuenta que cuando Huaynacápac llegó a Quito, el Inca confesó que ambas monarquías habían tenido un mismo origen y emprendió la construcción de templos, vías y tambos por todo el Reino.<sup>163</sup>

En términos generales, la imagen de este personaje representa al *héroe supremo*, según Campbell “el que reabre los ojos, de manera que a pesar de todas las idas y venidas, los deleites y las agonías, requiere una sabiduría más profunda, y resulta no en un modelo de acción, sino de representación significativa.”<sup>164</sup>

Por momentos la descripción de Huaynacápac se convierte semejante a la de Zeus, todopoderoso y magnánimo en todos los sentidos, su presencia es la del padre cuya palabra es ley. En la *Historia Antigua*, hay un recuento de cómo distribuyó terrenos equitativamente, unificó el idioma y las costumbres en todas las provincias, construyó plazas y edificios públicos, etc., como si su condición heroica se hubiese originado porque él fue un gran emperador: “de su presencia nacen los dones, su palabra es el viento de la vida.”<sup>165</sup>

Huaynacápac tiene fama de tener, además, muchísimos hijos, según Velasco para “dilatar la espléndida raza del Sol”<sup>166</sup>. El primogénito que tuvo en el Cuzco se llamó Huáscar, pero su hijo preferido y al que amó más, en la *Historia Antigua*, fue Atahualpa. Más adelante se analizará el papel y caracterizaciones que se dan en la obra de los dos mencionados sucesores.

Huaynacápac, entonces, tiene el carácter representativo del padre, hombre integral, hombre de conocimiento y su palabra es un aliciente para todos. Aunque proveniente de otras regiones externas a Quito, encuentra en esta ciudad un lugar donde reproduce sus mayores obras y donde su *fama* alcanzó mayores espacios. Su imagen recrea, también, el arquetipo de héroe épico subyacente en la mitología clásica, cuya figura es digna de culto, no solamente por su desenvolvimiento en la guerra, sino a causa de sus virtudes.

---

<sup>162</sup> Cfr.: Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 102.

<sup>163</sup> Cfr.: Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 72.

<sup>164</sup> Joseph Campbell, *Op. Cit.*, p. 307.

<sup>165</sup> *Ibid*, p. 309.

<sup>166</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 71.

Al final de su vida, el rey sabe que han llegado los galeones españoles en búsqueda de oro. Huaynacápac, melancólico y taciturno, cuenta Velasco, se persuadió de que había llegado el tiempo de perder su monarquía. Además, conocía la predicción de Viracocha de que hombres barbados y blancos acabarían con su pueblo. Estas reflexiones le ocasionaron un gran mal, cayó enfermo e hizo el testamento en el cual declaraba al Inca Huáscar como heredero del antiguo Imperio del Perú y, a Atahualpa, heredero del Reino de Quito.

Desde ahí la narración de Velasco forma un punto de quiebre, se anuncia con la predicción de Viracocha la caída de los Incas por la venida de los Conquistadores, el emperador rompe la visión estereotípica que está en su papel de sostener y proteger al pueblo, su fuerza que sostiene a la comunidad, como señala Campbell, se ha perdido; ya no es el mediador entre los mundos cosmogónico y terrenal.

A la muerte del Inca que mandó a depositar su corazón en el Reino de Quito (señal de amor por este territorio y su pueblo) y que su cuerpo fuera llevado al Perú, empieza entonces otro ciclo heroico en el que se traspa el poder del padre al hijo, éste se vuelve emisario del conocimiento y su labor es la de redención, tal sería el papel de Atahualpa. Las exequias fúnebres de Huaynacápac fueron muy solemnes y pomposas: fue adorado como deidad por su pueblo (alcanzando así el *kalós thánatos*<sup>167</sup> o “bella muerte”) y, según Velasco, fue enterrado con más de mil víctimas humanas.

Hasta aquí se han visto dos grandes figuras humanas, llenas de genio y vinculadas con cierto tipo de divinidad. El quiteño Cacha posee una dimensión de personaje de épica guerrera y es el último en la dinastía de los Scyris. Mancocápac y Huaynacápac, por su lado, son dirigentes de una clase aristócrata cuya existencia está marcada por la lucha y las acciones bélicas.

Ahora, llama la atención la figura y personalidad de Atahualpa que se vincula entre la epopeya y la tragedia, en fin, portador y representante de la nación quiteña y su cosmovisión, cuya nobleza es comparable también con las características provenientes de

---

<sup>167</sup> Cfr.: Según Pierre Vermont en *El individuo, el amor y la muerte en Grecia, el Kalós Thánatos* o “bella muerte” se opone al ultraje del cadáver. Los honores fúnebres son fundamentales para la conservación de la gloria propia de los héroes, la memoria, que ha de preservarse en posición elevada, apoyada en las exequias gloriosas dedicadas al cadáver. Tomado de [www.elcultural.es](http://www.elcultural.es), 24 de enero 2011.

la *areté* griega: honrar a los padres, respetar a los extranjeros, pensar, decir y actuar con virtud y coherencia.

En la *Historia Antigua del Reino de Quito* Atahualpa, a raíz de la muerte de su padre, asume el Reino con una ceremonia apoyada en la costumbre de los Scyris. El símbolo de aquella jerarquía era la entrega de una esmeralda que causó “gozo y alegría de sus vasallos.”<sup>168</sup> Éste sería lo que Campbell denomina el *rito de iniciación*, el camino que todo héroe atraviesa, el umbral donde inicia la aventura mítica:

El héroe mitológico abandona su choza o su castillo, es traído, llevado, o avanza voluntariamente hacia el umbral de la aventura. Allí encuentra la presencia de una sombra que le cuida el paso. El héroe puede derrotar o conciliar esta fuerza y entrar vivo al reino de la oscuridad (batalla con el hermano, batalla con el dragón, ofertorio, encantamiento), o puede ser muerto por el oponente y descender a la muerte (desmembramiento, crucifixión).<sup>169</sup>

Efectivamente, el gobierno de Atahualpa fue un corto período exitoso (corta vida, pero con fama como la elección de Aquiles), recorrió el Reino y mandó a construir un templo en Tomebamba (provincia de Cañar) en donde pensaba hacer su residencia y obtuvo el beneplácito de su pueblo. Pero en ese momento aparece su hermano paterno, Huáscar, quien persuadido por un ser algo maligno<sup>170</sup>, su madre Rava-oclo, inició una disputa con él para exigirle Tomebamba como territorio perteneciente al Cuzco.

La disputa entre los hermanos está documentada también por Cieza de León<sup>171</sup> lo que confirma que ambos hermanos son personajes históricos que con el pasar del tiempo, la leyenda y el mito formaron diferentes amalgamas que han engrandecido sus figuras y sus hazañas, ambos constituyen una fuente que permite descubrir su sistema de valores que trascendieron del momento histórico al que pertenecen. En el Ecuador, por ejemplo, Atahualpa representa nuestra descendencia indígena y su figura idealizada está retratada en monumentos, escuelas, calles y avenidas.

---

<sup>168</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 146.

<sup>169</sup> Joseph Campbell, *Op. Cit.*, p. 223.

<sup>170</sup> Velasco se refiere a la madre de Huáscar como “ambiciosa”.

<sup>171</sup> *Cfr.: Pedro Cieza de León, Descubrimiento y Conquista del Perú y Guerras civiles del Perú*, Madrid, 1877.

Para Hernán Rodríguez Castelo, Atahualpa es el héroe con quien la *Historia del Reino de Quito* llega a la cumbre de su gloria y a su hundimiento. Atahualpa tiene genio, don de gobierno, gran espíritu, pero lo envuelve un destino trágico que delinea su figura como el personaje que experimenta el castigo y la muerte cruel luego de haber adquirido esplendor en su gobierno y sabiduría en su persona. Velasco nos dice sobre Atahualpa:

(...) sí me parece, sin hacer injusticia a ninguno, que es muy difícil hallar entre los Príncipes gentiles de los Reinos americanos, otro que le igualase en el conjunto de calidades y prendas, que ni sus mayores émulos le pudieron negar jamás. Él fue realmente de talentos grandes y de una extraordinaria penetración y viveza. Él fue el más célebre en la astrología y en las demás ciencias que conocieron los indios. Él tuvo espíritu marcial muy fogoso, pero acompañado del arte militar y la prudencia (...)

Él fue de un ánimo impertérrito en los lances más arduos, sin que lo abatiesen jamás los reveses de la fortuna; fue sumamente generoso y liberal, sin que nunca el interés le mereciese atención alguna; fue riguroso y cruel; pero piadoso y compasivo al mismo tiempo; llegando a unir los dos extremos de modo que, si fue temido por el primero, fue amado y seguido por el segundo. Él finalmente, sin envilecer la majestad y real decoro, fue humanísimo con sus vasallos, llegando a ser el ídolo de ellos; prendas todas, cuyo conjunto no es fácil descubrir en ninguno de los Incas más célebres del Perú.<sup>172</sup>

El indígena Atahualpa, entonces, aparece bajo una descripción física que introduce la mayoría de los elementos fundamentales de la caracterización del héroe americano: “el orgullo y la belicosidad, la gallardía y una inquebrantable voluntad de independencia.”<sup>173</sup> Estas cualidades espirituales, acompañadas con frecuencia por la fuerza y violencia física son, por otra parte, características que los definen como hombres excepcionales en relación con la guerra, que es el marco del siguiente capítulo, donde se expresan todas sus características.

En el enfrentamiento por Tomebamba, Atahualpa resulta prisionero, pero logra huir gracias a una *barreta de plata* con la que pudo salir al sacar las piedras. Velasco nos cuenta que llegó a Quito y éstas fueron sus palabras:

---

<sup>172</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 172.

<sup>173</sup> Beatriz Pastor, *Discurso Narrativo de la Conquista*, La Habana, Ed. Casa de las Américas, 1983, p. 477.

Les dijo que su padre Sol lo había convertido aquella noche en serpiente, para que pudiese salir, como lo hizo, por un pequeño agujero de la cámara de su prisión; que el mismo Sol le había prometido que, si le hacía la guerra a su hermano Huáscar, le daría la victoria y lo aseguraría, no solamente en su Reino, sino también en el imperio todo.<sup>174</sup>

Esta audacia heroica bien puede caracterizar a Atahualpa como *héroe cultural*, que según la denominación de Vladimir Toporov se define como:

Aparece también a veces como un combatiente contra las fuerzas caóticas espontáneas de la naturaleza, las cuales (en forma de diversos monstruos, demonios ctónicos, etc.) tratan de destruir el orden establecido. Los HC recurren con frecuencia a astucias para alcanzar el éxito en las acciones más serias.<sup>175</sup>

Más adelante, Toporov añade que la variante negativa -o torpe- del *héroe cultural* suele representarse en el hermano, “el hermano negativo está dotado de rasgos demoníacos y cómicos al mismo tiempo”<sup>176</sup>; en nuestro caso, esta figura claramente recae en Huáscar, que cegado por la ambición de poder y manipulado por su maliciosa madre, emprende una guerra con catastróficas consecuencias para ambos.

Sobre el enfrentamiento civil, Silvia Navia<sup>177</sup> dice que Atahualpa reúne todas las cualidades propias de un auténtico Inca, heredadas de su padre y mejoradas: cruel, violento y riguroso con los traidores y obstinados; muy humano, generoso y liberal con sus vasallos y con los que se le rendían en la guerra. Atahualpa, en la narración de Velasco, lleva consigo cualidades humanas esenciales que encarnan los personajes épicos. Esta caracterización se encuentra más, ciertamente, en una epopeya clásica que en un relato histórico; sus rasgos son los del héroe que demuestra su valía luchando, y armoniza su imagen con una gran sabiduría humana:

(...) Atahualpa con la humanidad y el amor con que trataba aun a los ínfimos vasallos, cautivó los corazones de todos, de modo que lo amaban tiernamente y sacrificaban por él de corazón sus vidas. Fue extremadamente generoso y liberal, concediendo, aun en

---

<sup>174</sup> Juan de Velasco, Op. Cit., p. 152.

<sup>175</sup> Vladimir Toporov, *El árbol del mundo: Diccionario de imágenes, símbolos y términos mitológicos*, La Habana, Ed. Casa de las Américas, 2002, p. 201.

<sup>176</sup> *Ibid*, p. 201.

<sup>177</sup> Silvia Navia Méndez-Bonito, *La Reivindicación del Reino de Quito en la Historia del Reino de Quito en la América Meridional del Jesuita Juan de Velasco*, Quito, Ed. FLACSO, 2006.

lo más ardiente y vivo de la guerra, a cuantos se le rendían, los francos pasaportes, los premios y los honores, y todos los despojos de los vencidos, sin jamás interesarse en cosa alguna (...)<sup>178</sup>

En el enfrentamiento entre el Reino de Quito y el Reino del Cuzco, Atahualpa manifiesta su camino de pruebas, donde enfrenta los peligros y se encuentra con sus oponentes que le otorgan mayor prestancia al héroe. Velasco describe a Atahualpa con cierta grandeza, contraponiéndolo a la de su hermano, además, según Hernán Rodríguez Castelo, para defenderlo de una cruel tradición que haría de Atahualpa un conquistador ambicioso y cruel. Para este momento crucial de prueba, Campbell habla de la tercera etapa heroica:

El último estadio del círculo mitológico se convierte en una persecución agitada y a menudo cómica. Esta fuga puede complicarse con milagrosos obstáculos y evasiones mágicas.<sup>179</sup>

Es decir que el héroe es seguido por enemigos o por fuerzas extrañas que transforman la vida de éste en un sinfín de dificultades y obstáculos. La *Historia Antigua* nos cuenta cómo Atahualpa organizó a sus generales, entre ellos Quisquis, Calicuchima, Rumiñahui y Duchicela, quienes resolvieron que la guerra contra Huáscar era justa, legítima y necesaria, y emprendieron el enfrentamiento que contribuye, por otro lado, a construir un símbolo en estos protagonistas como los defensores de Quito:

(...) dio el Rey orden a sus Generales para que prontamente se avanzasen con la marcha haciendo nuevas conquistas, mientras detenido él en Cajamarca, iba mandando nuevas reclutas de gente, de vituallas y demás militares providencias. Quisquis y Clalicuchima desempeñaron con honor y sabia conducta sus comisiones (...)<sup>180</sup>

Es curioso cómo con el pasar de los años la imagen de Atahualpa también sufrió transformaciones con “fines didácticos” y cierta imaginación. Así un *clásico* de nuestra educación es el libro *Historia, Geografía y Cívica* para primer curso (hoy 8vo. de básica) del profesor Mario Navas Jiménez. En éste se exalta (hiperbólicamente) la gesta del heredero Scyri, por ejemplo, en su guerra contra los incas cuzqueños:

Sabedor Atahualpa de que los hijos del Sol se encontraban a menos de 100 km de Quito (Llatacunga) convocó a levas al valiente pueblo quiteño y otra vez nuestros

---

<sup>178</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 161.

<sup>179</sup> Joseph Cambell, *Op. Cit.*, p. 124.

<sup>180</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 160.

indios, dejaron hogares, tierras, hijos, para acudir a defender la Patria y bajo órdenes de Atahualpa como principal caudillo, Rumiñahui, Quisquis, Calicuchima y Zopopanqui, marcharon entonando cantos de combate a tierras de Cotopaxi. El pueblo ofreció las andas de oro que el Inca Atahualpa las rechazó con sobrado orgullo para marchar a pies conduciendo a su pueblo.

En Mocha se encontraron por fin quiteños y cuzqueños, los incas fueron barridos, Atoco y el traidor Chaperá, apresados, amarrados y muertos a flechazos; tan espectacular fue el triunfo alcanzado por Atahualpa que años más tarde cuando cruzaban por esos lugares los soldados de Castilla, encontraron un cuadro dantesco: miles de osamentas peruanas insepultas brillaban en los campos de Mocha.<sup>181</sup>

Desde esta otra perspectiva, también Atahualpa y su Reino sirvieron para responder a una necesidad nacionalista que por la década de los años 90 nuestro principal rival, el Perú, nos obligó a desempolvar, pero esta vez algo manipulado para reclamar una cuestión territorial que estaba en pugna. Navas Jiménez es enfático en indicar que:

Los territorios del reino de Quito constituyen la base inicial para reclamar ante la conciencia de América y el mundo entero los territorios que descaradamente nos han robado (...) en consecuencia, el Ecuador debe mantener vigentes todavía los territorios que le correspondieron a su Estado prehistórico del Reino de Quito (...) <sup>182</sup>

Con esto, se observa que el héroe se amplía como un símbolo patrio que se distingue en ciertos momentos históricos. Villegas denomina a esta presencia como un “retorno a la vida con fuerza liberadora.”<sup>183</sup> Atahualpa y varios otros héroes históricos, durante aquella época de finales del siglo XX, constituyeron una imagen de triunfo colectivo, fuerza guerrera y vínculos de unidad nacional.

Pero volviendo al Atahualpa de la *Historia Antigua*, ya como personaje épico, el destino de Atahualpa es el que por nacimiento les corresponde a los héroes, por lo tanto, entra en colisión con el orden existencial y él debe aceptar lo que la vida le depara. Eso por lo menos aprendió Odiseo a su regreso a Ítaca, sujetarse a su destino y designio de los dioses; del mismo modo, Atahualpa, luego del triunfo en Tomebamba y habiendo tomado preso a

---

<sup>181</sup> Mario Navas Jiménez, *Historia, Geografía y Cívica*, Quito, s/ed, 1989, p. 133.

<sup>182</sup> *Ibid*, p. 90.

<sup>183</sup> Juan Villegas, *Op. Cit.*, p. 70.

su hermano, aunque luche y supere dificultades, no puede esquivar lo inexorable, su muerte y el fin de su Imperio ya estaba profetizado por una divinidad.

Atahualpa, por su figura y personalidad, por un momento es la encarnación de la esperanza y futuro esplendor del Reino de Quito, pero esa idea culmina con la llegada de los españoles quienes por una serie de circunstancias lograron someter a los Incas y demás pueblos aborígenes. Algo que se debe enfatizar aquí es que Velasco, en general, se erige en defensa de la acción española en América, en sus obras “aflora más una conciencia prenacionalista que una intencionalidad independentista.”<sup>184</sup>

Cuando los españoles llegan al Reino algunos caciques, entre ellos Huáscar, los recibieron sin sospecha, se fiaron de ellos, les dieron buena acogida. Atahualpa, por su parte, demostró su buen sentido al no aceptar su amistad. El padre Velasco cuenta que los españoles “habían violado en otras partes las leyes de hospitalidad, con muertes violencias y robos” por lo que Atahualpa se mantuvo indiferente al recibir las noticias de su llegada.

Luego la narración presenta un conjunto de acontecimientos encaminados a explicar el proceso de conquista, muy triste en algunos casos y todavía inexplicable dada la superioridad numérica de los indígenas. Un factor clave, sin embargo, fue el intérprete Felipillo, a quien califica como el villano de la historia, portador de los antivalores; en términos narratológicos: la fuerza actancial oponente, necesario finalmente para ensalzar la morfología del héroe Atahualpa y su símbolo de figura épica que, de alguna manera, también se alimenta con la oposición de otros personajes, como los conquistadores: crueles y ambiciosos.

Atahualpa deja su confortable palacio en Quito para *viajar* a Cajamarca donde se encontrará con los españoles. ¿Qué héroe no emprende un viaje de aventuras? Ese sería su partida hacia la muerte, donde se le revela un mundo insospechado (el encuentro con los occidentales), en el cual queda expuesto a peligros y donde debe demostrar su sabiduría.<sup>185</sup> El desenlace de esta aventura se hace evidente cuando luego de su captura se encuentra aislado, en soledad y sin esperanza de salvación.

---

<sup>184</sup> Silvia Navia Méndez, *Op. Cit.*, p. 178.

<sup>185</sup> Atahualpa con los españoles demostró varias veces su ingenio. Como ejemplos tenemos las respuestas al padre Valverde, el pago por su rescate y el haber hecho “quedar mal” a Francisco Pizarro al comprobarle que no sabía leer.

De alguna manera Atahualpa ya sabía del peligro y lo poco fiables que eran los españoles, mas por no haber tomado consciencia de lo que ya se escuchaba en el Reino y por no haber sabido enfrentar sus limitaciones como ser humano, Atahualpa ingenuamente acude a esta cita y cae en el proceso de error que todo gran héroe comete por un exceso de confianza en sí mismo y en los demás o por no saber escuchar los consejos y premoniciones:

Llegó a este tiempo Fernando Pizarro, quien haciendo profunda reverencia, lo saludó con atención decorosa. Recibiolo revestido de más agradable majestad, y haciendo además de levantarse de su trono les dijo: Príncipes Viracochas, seáis bien venidos a mis Estados (...)<sup>186</sup>

Este proceso de error se presenta en tres niveles: *ate*, *hybris* y *némesis* que en la Grecia antigua tenía que ver con el ensimismamiento personal, las pasiones exageradas y el orgullo; como ejemplo tenemos al Patroclo de la *Ilíada* quien no escucha las advertencias de Aquiles, de no luchar contra Héctor, y sufre las consecuencias de su desobediencia.

El encuentro en Cajamarca se dio por pedido de Francisco Pizarro y de su intérprete quienes sabían que Atahualpa poseía una inmensa riqueza. Para confirmar este hecho, Velasco se apoya en una descripción del historiador Francisco de Jerez (*Conquista del Perú*, 1534) quien escribió sobre el palacio de Atahualpa lo siguiente:

En el frontis de la plaza está el palacio del Señor Atahualpa, mucho mayor que todos los otros, con jardines y magníficos portales, donde él estaba todo el día. Sus habitaciones son todas pintadas de diversos colores, y entre otras la una de color rojo como el bermellón. En uno de sus pórticos hay dos grandes fuentes, adornadas con planchas de oro; y en una de ellas, entra por un cañón el agua hirviendo y por otro la fría, conducidas ambas de la vecina montaña. Los habitantes son muy aseados, y las mujeres muy honestas, etc.<sup>187</sup>

Cuenta el padre Velasco que el Inca Atahualpa se encontraba en su trono junto a su corte cuando se entrevistó con Fray Vicente Valverde. Éste le presentó la Biblia y le habló de la religión cristiana. Le informó que el Papa Alejandro VI había donado las tierras de América a su Monarca, el rey Carlos V, y que el Inca debía aceptar la religión y someterse a la obediencia del Rey de Castilla; caso contrario habría guerra.

---

<sup>186</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 189.

<sup>187</sup> Tomado de Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 187.

Por su parte, el Inca Atahualpa recibió a la comitiva española con mucho respeto porque según la creencia *estas gentes son mensajeras de los dioses* y ésta fue la respuesta, según Velasco, que el Inca le dio a Valverde:

Dijo que él deseaba conocer al Emperador Carlos V y ser su amigo, sabiendo que era tan poderoso monarca que podía enviar ejércitos y embajadores por todo el mundo; que no estaba de parecer de rendirle vasallaje, ni cederle sus dominios, siendo señor de ellos por herencia de sus mayores; y que se maravillaba mucho de que el Papa diese a otros lo que no era suyo.<sup>188</sup>

Se cuenta también que Atahualpa arrojó la Biblia por no sentir ni escuchar nada, mientras que el Sol, el dios de sus padres, calentaba e iluminaba (“¡maravillosa respuesta!”<sup>189</sup>). En ese momento, Valverde ordenó su captura y según Rodríguez Castelo, una *parodia de juicio* armada por Pizarro para descargarse de la responsabilidad del asesinato de su prisionero. Atahualpa, por una señal en el cielo, supo que era próximo su fatal destino, en el proceso trágico del héroe, se puede decir que se cumpliría la *némesis* por la muerte de su hermano.

Durante la prisión, es para muchos sabido que Atahualpa pidió a todo su imperio que ofrecieran un cuarto lleno de oro y metales preciosos, aprendió a leer y escribir, incluso, cuenta Velasco, demostró mayor capacidad de razonamiento que Pizarro y sus capturadores. La vida de Atahualpa, pese a haber cumplido su promesa, no fue respetada y murió *con un lazo en el pescuezo* a los 45 años de edad. Velasco añade que fue bautizado con el nombre de Juan un 29 de agosto y que su cuerpo fue luego llevado a Quito:

Pizarro vestido de luto asistió al entierro, que mandó hacer con magnífica pompa, y los Indianos, en cumplimiento del orden recibido, se unieron aquella noche en número de 2 mil, y sacando el cadáver de su Soberano, lo embalsamaron y condujeron con lúgubres cantos y tristísimos lamentos el espacio de 250 leguas, hasta la ciudad de Quito.<sup>190</sup>

Y así termina el suceso de Atahualpa, Velasco crea una narración emotiva y varios momentos climáticos, un ritmo que logra atrapar a la audiencia y las condiciones para que

---

<sup>188</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 193.

<sup>189</sup> Hernán Rodríguez Castelo, *Op. Cit.*, p. 17.

<sup>190</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 215.

un lector pueda conmoverse, este ritmo se mantiene en toda la *Historia Antigua*, lo que para Rodríguez Castelo es una certeza del escritor, dada la extensión de la obra.

Volviendo a la figura del héroe, se ha dicho que Atahualpa representa la grandeza humana con dimensiones características de la epopeya o la tragedia griega. No se puede hablar de ninguna cultura o civilización que carezca de seres originarios, su figura redime de las miserias e injusticias que sufre su pueblo, demuestra un grado más alto de humanidad que los seres comunes, éste es nuestro héroe Atahualpa, ejemplar y poderoso, pero falible.

Para los ecuatorianos, entonces, Atahualpa es un *héroe épico* inserto real e imaginariamente en nuestra Historia colectiva. Como tal, su destino es la muerte, como Aquiles, Héctor o Heracles, que a pesar de que luchan y superan dificultades son víctimas de su condicionamiento, predestinados a morir luego de grandes gestas, cumpliendo su *fatum*, su *eimarmene*.

Con estas comparaciones, Atahualpa en la *Historia Antigua del Reino de Quito* se presenta también como sacralizado y relacionado con ciertas categorías de espíritus y personalidades relevantes del pasado-mítico universal donde “se subraya su significación y fuerza mágica, sin la cual serían impensables sus actos.”<sup>191</sup>

Prototipo entonces de los héroes de Homero y de la tragedia griega como Edipo; esta configuración del héroe demuestra la erudición de Velasco como conocedor de estos relatos y cómo, al igual que los “clásicos”, destinó su obra para la transmisión y educación de su pueblo y para que éste sienta orgullo de su pasado, de sus gestas y héroes; otro motivo más para celebrar la decisión del jesuita al escribir su obra.

Los tres personajes que se han analizado hasta el momento permanecen entre lo divino y lo humano, demuestran habilidad y sabiduría en las acciones bélicas y proyectan el pasado como una fuente inspiradora, para conseguir, como se ha mencionado anteriormente, un reconocimiento de nuestra descendencia étnica e integración nacional. Sobre esto Benjamín Carrión señala:

---

<sup>191</sup> Vladimir Toporov, *El árbol del mundo: Diccionario de imágenes, símbolos y términos mitológicos*, La Habana, Ed. Casa de las Américas, 2002, p. 201

El padre Velasco enlaza la estirpe de la Patria con las más ilustres leyendas de la humanidad, y consigue así que nuestras gentes -los ecuatorianos de ayer y de hoy- seamos parientes de todas las estirpes de la historia.<sup>192</sup>

En otras palabras, los ecuatorianos, anteriormente descendientes del *Reino de Quito*, somos hijos de una cultura combativa, valiente, organizada y trabajadora, aquella que rendía culto al Sol y a la Naturaleza y cuyos jefes fueron Caran Scyri, Huaynacápac y Atahualpa. El propósito de Velasco es entonces generar un vínculo con nuestro pasado y hacernos sentir orgullosos de nuestros antepasados.

En el estudio de Eillen Willingham<sup>193</sup>, no solamente los personajes en la *Historia Antigua del Reino de Quito* se presentan como componentes de la Historia patriótica, sino también la geografía, el paisaje, los templos, la naturaleza; como estrategias para crear un discurso nacional cuyos propósitos serían políticos y morales, destinados a decirnos quiénes somos, de dónde venimos y por qué somos únicos. Como una especie de descripción de “la edad de oro quiteña” que con los Scyris, Caras, Incas y, también, los primeros exploradores españoles, quienes en conjunto serían motivo de inspiración y consciencia local; reconociendo, en aquella época, el principio de plurinacionalidad que se ha debatido en las últimas décadas.

Volviendo al tema del héroe, Velasco otorga a sus compatriotas un abanico de personajes, héroes y antihéroes para emular y rechazar. Atahualpa se muestra como *gran hombre* (sincero, valeroso y sabio) y sus antecesores, Carán Scyri y Huaynacápac representan la fuerza inmortal, un carácter omnipotente que concentra el pasado. Todos ellos de una u otra manera son símbolos de reverencia porque constituyen una guía espiritual de su pueblo, el aborígen.

La idea fundamental y resumida del héroe, según Campbell, es la proyección moral generada desde su nacimiento y demostrada en sus aventuras, donde debe enfrentar al dragón, enfrentar una prueba y cuya figura es susceptible a la muerte. Las descripciones corresponden por supuesto al ideal clásico y tradicional del héroe épico, cuya condición es

---

<sup>192</sup> Benjamín Carrión, *El cuento de la Patria*, Quito, Ed. CCE, 2002, p.11.

<sup>193</sup> Eillen Willingham, *Quito's Patriotic Genealogy: Scyri, Inca, and Spanish Heroes in the Homeland*, s/c, s/ed, s/f, p. 4.

poderosa, semidivina y grandiosa. Decir que Carán Scyri, Huaynacápac y Atahualpa pertenecen a este grupo simbólico sirve en la narración de Velasco para crear un sentido de patria y “espacios poéticos”<sup>194</sup>.

Pero una vez que ha sido vencido el héroe como consecuencia de su aventura, Campbell señala que el siguiente suceso es el *regreso a la vida*, esto implica que retorna a la vida con mayor experiencia y fuerza, o recibe como recompensa su divinización. Más nuestros héroes luego de su suceso permanecen en la misma dimensión, esperando el momento oportuno para regresar<sup>195</sup>, mientras tanto, al igual que Velasco los recogió de la tradición oral para que la memoria no los olvide, los pueblos no deben dejarlos morir porque sabemos quiénes fueron y qué hicieron por nosotros.

Lamentablemente, nuestros héroes históricos a raíz de la Conquista, han tenido dificultades para que sus figuras se mantengan vivas y trasciendan en el tiempo, efecto producido en un principio por la aculturación y el mestizaje que fijó su atención en Occidente, por ejemplo, habría que revisar cuántos centros educativos tienen el nombre de nuestros héroes indígenas y cuántos son bautizados con nombres ajenos a nuestra realidad. El resultado a simple vista sería aplastador para los segundos.

Además, la postmodernidad actual y el aceleramiento tecnológico e informativo exigen menos miradas al pasado y un desplazamiento de nuestros símbolos culturales. Una muestra de ello tenemos en el poco interés de los ecuatorianos por el idioma quichua, así que el destino de nuestros héroes y su cosmovisión ha sido el olvido, aunque en ciertos momentos han sido promovidos por la demagogia política o en nuestra educación primaria y secundaria sin, creo personalmente, ningún efecto receptivo permanente.

Por otro lado, en la actualidad la relevancia del relato de Velasco en la formación de la conciencia nacional de los ecuatorianos puede ser discutible, puesto que el Reino de Quito era netamente serrano, sin injerencia ni presencia de los pueblos de la Costa o del Oriente. Para el historiador Ernesto Salazar, incluso el Reino de Quito aparece como un concepto más bien regionalista, que no aporta el elemento unificador que requiere la diversidad

---

<sup>194</sup> Eillen Willingham, *Op. Cit.*, p. 4.

<sup>195</sup> Manuel Scorza en la novela *La Tumba del Relámpago* (Ed. Siglo XXI, 1987) recoge esta tradición andina del *retorno de los dioses*. En uno de sus párrafos dice: ¡Inkari volvía! ¡Inkari cumplía su promesa! (p.10).

étnica del país; pero ese es un tema en el que no cabe ahondar en esta revisión de la *Historia Antigua del Reino de Quito*.

Salazar completa esta reflexión con una seria crítica: “el país no ha erigido monumento alguno a los Caras, ni conmemora ningún fasto Scyri. Su nombre apenas pervive en una avenida quiteña y en algún hotel.”<sup>196</sup> Lo que ciertamente hace triste la condición de nuestros héroes y símbolos, demostrando una visión de nuestros valores nacionales algo desmotivados, que en vez de despertar, niega a los personajes fundadores de nuestra nacionalidad e identidad. Debe ser un deber de todos hacer que resistan el paso del tiempo y venzan no sólo la muerte física sino también la simbólica, para que logren, como todos los héroes históricos, liberarnos de nuestros infortunios y desgracias a través de sus hazañas y ejemplos.

---

<sup>196</sup> Ernesto Salazar, *Op. Cit.*, p. 68.

## CAPÍTULO 3. LA GUERRA

No hagamos de la historia de la Patria  
algo ensangrentado de batallas,  
sino algo que despierte y avive el amor.

Benjamín Carrión.

Si la guerra es la partera de la historia,  
son las batallas por la propiedad  
de los medios de producción  
las que la generan.

Karl Marx.

### 3.1. Generalidades

La historia de la humanidad ha estado marcada por un conjunto de guerras con diferentes causas y similares consecuencias. Normalmente están implicadas naciones y gobernantes cuyas ansias de poder y extensión de territorio no respetan los límites humanos ni la vida de los demás. Y desde los inicios hasta la actualidad podemos atestiguar esa tendencia belicista y violenta en los seres humanos, pese a que reconozcamos la paz y la armonía las máximas aspiraciones de orden para nuestras sociedades.

¿Acaso no continuamos siendo irracionales? Estados Unidos, por ejemplo, gasta \$533,8 mil millones de dólares anualmente en su ejército, China le sigue con \$67,49 mil millones y Japón con \$45,84 mil millones<sup>197</sup>. La cantidad de heridos, desplazados, mutilados, huérfanos, refugiados y víctimas de los conflictos de guerra llega a millones, sin hablar de los destrozos ocasionados a las ciudades, campos agrícolas y al medio ambiente; todo ello demuestra que al parecer todavía no aprendemos nada del pasado, porque continuamente la humanidad genera conflictos, como si matar a alguien, agredir a un país, defenderse de otro, fuera necesario para sentirnos completos.

Todo conflicto bélico siempre tiene considerables saldos negativos y en la actualidad existe una teoría para explicar desde la Biología que la generalización de guerras por todo el mundo y en todos los tiempos se debe a “impulsos innatos de violencia en los

---

<sup>197</sup> Rafael Muñoz, *La fuerza de los ejércitos*, revista Muy Interesante, No. 294, Bogotá p. 27.

individuos”<sup>198</sup>. Tal característica no la tienen solamente los países occidentales que sufrieron dos guerras mundiales o los musulmanes a quienes vemos diariamente en las noticias que combaten agresivamente por la difusión de sus ideales religiosos, también los pueblos originarios de América tuvieron una lógica militarista de expansión y propagación de su cultura y religión.

En todo caso, las guerras también han marcado hitos en los cuales la humanidad cambió abismalmente de orden, recordemos las guerras Médicas, las batallas de Napoleón, las guerras de independencia en América, todas con diferentes motivaciones que generaron en sus países cambios en la política, la economía y la cultura; de esta manera, se atribuye también que la naturaleza humana y su impulso guerrero tienen como objetivo pretensiones económicas y el dominio de recursos ajenos.

Ahora, a pesar de todas las diferencias y rezagos, la guerra también ha sido utilizada en varios discursos narrativos para recrear los eventos y explicar el tumulto, el caos de esa experiencia y para encontrar una resolución del conflicto por medio del arte o como una medida catártica. Tenemos el caso de Homero quien relata las guerras entre aqueos y troyanos, León Tolstoi en la *Guerra y la Paz* cuenta el avance de Napoleón sobre Rusia y, en nuestras latitudes, podría citarse a Mario Vargas Llosa quien en la *Guerra del fin del mundo* se adentra en Brasil y narra la Guerra de Canudos, sólo para citar algunos ejemplos.

Para este capítulo que ahondará en el discurso narrativo épico-militar de la *Historia Antigua del Reino de Quito*, se ha de partir de una premisa del mismo Hayden White que explica al referirse sobre este tema:

Los grandes historiadores se han ocupado siempre de aquellos acontecimientos de las historias de sus culturas por naturaleza más *traumáticos*; el significado de tales acontecimientos es problemático y está sobredeterminado en la significatividad que todavía tienen para la vida cotidiana, acontecimientos tales como revoluciones, guerras civiles, procesos de gran escala como la industrialización y la urbanización.<sup>199</sup>

Este concepto nos ayuda a entender mejor por qué el padre Velasco optó en su *Historia Antigua* por relatar una serie ininterrumpida de conquistas y expediciones militares, donde se evidencian la lucha desigual, la necesidad de dominio, el enfrentamiento por intereses

---

<sup>198</sup> Cfr.: Rafael Muñoz, *Op. Cit.*, p. 21.

<sup>199</sup> Hayden White, *Op. Cit.*, p. 119.

personales entre diversos monarcas, personajes históricos con inclinaciones bélicas, para darnos con todo detalle el origen del Reino de Quito y su legitimidad territorial. Como si el Ecuador, *isla de paz* como lo llaman algunos políticos, fuese en su historia primigenia sede de una importante dinastía militarista.

En nuestro pasado histórico, y mítico también, se presentan algunas guerras que ayudaron en tiempos posteriores a la configuración de un patriotismo nacional. Hablemos por ejemplo del 24 de Mayo, la Batalla de Tarqui o Tiwinza, que en el año de 1995, recuerdo, significó para nosotros el desarrollo de un civismo esencialmente unido a la exaltación de nuestros jóvenes soldados; como si dijéramos que la guerra genera héroes y sin héroes no hay guerras.

El cubano José Martí al respecto dijo: “el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra”.<sup>200</sup> Por todo esto, este capítulo hablará de la *Historia Antigua del Reino de Quito* y de cómo se relata en ella las diferentes batallas entre aborígenes y conquistadores, siendo éste un espacio donde los héroes muestran sus atributos.

Para empezar este análisis se recurrirá a un pasaje algo peculiar que encontramos en la *Historia Antigua del Reino de Quito* cuya relación con este capítulo, aunque se aleje por un momento, merece nuestra atención por recrear una escena amorosa en medio de la guerra que merece su atención por lo *anecdótico* y por ser similar a las grandes historias de amor en tiempos de conflicto, como Héctor y Andrómaca o Pierre Bezukhov y Natasha Rostova.

Cuenta Velasco que los Caras emprendieron una larga campaña de batallas para expandir su territorio. Durante 320 años este pueblo y sus diferentes reyes combatieron por esto hasta que, Carán 11 Scyri, muy viejo, expandió el Reino por la vía de la alianza (este es un único ejemplo curioso que demuestra cómo la *diplomacia* funcionaba antiguamente sin la necesidad ya de batallar entre ellos). Así, Carán 11 Scyri ofreció a Condorazo, cacique de Puruhá, a su hija Toa para que se casara con un hijo de éste, Duchicela.

Esta alianza ha sido mitificada en cierta medida y ha encontrado en nuestra educación secundaria un espacio de consolidación de nuestros orígenes. Veamos cómo se habla de este episodio transformado de la versión de Velasco con ciertos retoques de romanticismo:

---

<sup>200</sup> Tomado de *Nuestra América*, Ed. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2006, p. 42

El Scyri Onceano, se encontraba al borde de la muerte y en sus manos tenía un delicado problema. A su muerte ¿quién heredaría el cintillo de oro con la gran esmeralda? Pues las leyes del Reino de Quito estipulaban que la esmeralda heredaría el primogénito; mas sucede que el anciano Carán no tenía herederos varones sino únicamente una hermosísima hija, la princesa Toa. Sucede que todos los Curacas y Señores de Quito se reunieron para modificar la ley, naturalmente acariciando la idea de que uno de ellos, al desposar a Toa se convertiría en Scyri de las tribus quiteñas. Y en honor a la verdad que la modificaron, más todas las ilusiones se derrumbaron como castillos de arena en la playa, pues la hermosa Toa, desde hace muchas lunas amaba a escondidas al apuesto príncipe Duchicela, hijo de Condorazo, jefe máximo de los odiados Puruhaes. De esta manera, Carán Onceano, valiéndose de los amores de Toa con Duchicela unió a los dos pueblos sin la necesidad de derramar una gota de sangre.<sup>201</sup>



Mario Navas Jiménez, *Historia, Geografía y Cívica*, Quito, s/ed, 1989.

No será una guerra pero este ejemplar episodio se aproxima a los entornos de una épica clásica, cuando el amor puede amoldarse o convertirse en arma para evitar acciones bélicas, así que los ecuatorianos también tenemos grandes historias de amor, similares a las de Isis y Osiris o Psique y Eros que se generan en tiempos de guerra y que los grandes narradores han incorporado a sus relatos.

---

<sup>201</sup> Mario Navas Jiménez, *Op. Cit.*, p. 88.

### 3.2. Las guerras prehispánicas y su característica épica

Una de las características de la narración del padre Velasco es la continua descripción de batallas entre los indígenas, como se ha señalado anteriormente, ocasionadas principalmente por la expansión de territorio y ansias de dominación de los imperios y sus gobernantes.

Cuenta que antes de la llegada de los Incas al Reino de Quito, los Caras-Scyris dominaban la región y a ellos se les debe la anexión de los pueblos del norte como son los Cayambis y Otavalo. Una vez sometidos, construían en cada pueblo una Plaza de Armas en la que se reunía a la población y se practicaba el *arte militar* que en aquel entonces sería una necesidad vital.

Los jefes de Quito y los Incas también, no solamente tenían que cumplir con la organización económica y social, sobre todo eran hábiles con las armas y luchaban con su ejército en la contienda. Ya hemos señalado el caso de Cacha Scyri quien murió en su silla peleando contra las tropas Incas.

El oficio narrativo de Velasco para contar los preparativos, quiénes estaban implicados y la batalla misma, poseen una construcción que privilegia la intriga en estos episodios bastante apasionados en muchos casos. Las descripciones son como expresiones perfectas de una estética que compone el retrato del guerrero ideal. El lector recibe una experiencia emocional a través de las imágenes contadas con minucioso detalle en algunas situaciones. Veamos un ejemplo:

Marchó ese mismo día el Inca (Huaynacápac) con todo su ejército a aquella infeliz provincia cercana y confinante (Caranqui), donde pasó a degüello a todos los hombres capaces de coger armas, sin que pudiese escapar ninguno (...) Aseguran los más que fueron 40 mil, otros que fueron 30 mil; y los que menos (...) sólo se extienden a más de 20 mil. Los cadáveres arrojados al inmediato lago a la capital de Caranqui, tiñeron de tal modo sus aguas, que desde entonces quedaron con el nombre Yaguar-cocha o mar de sangre (...) mandó (el Inca) a que se mudase también el nombre de Caranquis

en el de Huambraconas, que quiere decir la nación de los muchachos, porque no quedaron en todo ella sino los niños y las mujeres.<sup>202</sup>

Sabemos que el lago de Yahuarcocha, en la provincia de Imbabura, aún perdura como lugar histórico-natural con su legendario nombre. Vemos cómo al mismo tiempo hay una posibilidad de intersección entre narrativa e historia (la conexión entre literatura y realidad está hondamente arraigada en individuos, sociedades y culturas desde mucho tiempo atrás) y las figuras retóricas como la hipérbole añaden cierto encanto en la lectura sin que se afecte al relato histórico como tal.

En estos episodios de guerra es donde más notorio se percibe el *estilo sustantivo*, como lo ha denominado Hernán Rodríguez Castelo, cuyo ritmo eficaz arrastra al lector, sin cansancio, a vivir con emoción y sentir con fuerza los hechos narrados. Las guerras en la *Historia Antigua* generan una intriga en función del conflicto que consigue ser un informe que deleita y conmueve. Se completa con la reiteración de desafíos y la recurrencia de acciones y verbos tales como: *degüella, rompe, cercena, desmiembra al enemigo*:

Comenzaron las batallas desde los confines de la Provincia del Cañar, origen y causa de las discordias con su perfidia (...) Fue dejando en todas partes (...) montes de cadáveres, cuyos huesos insepultos permanecieron por mucho años. Pasó a cuchillo 60 mil de solos los Cañares, cuyas infames traiciones hechas con su abuelo el Rey Cacha y con él mismo tantas veces, lo tenían sumamente enfurecido.<sup>203</sup>

No podemos olvidar en este aspecto cómo Homero en la *Ilíada* relata cuando troyanos y aqueos se disputaban Troya. La cantidad de desgarradoras secuencias que impregna sensaciones de realidad parece indudablemente la mejor y única opción de los escritores para contar las guerras de sus pueblos:

(...) y despidiendo con ligereza el dardo, hirió el caudillo Deicoonte Pergásida, compañero del magnánimo Eneas, a quien veneraban los troyanos como a la prole de Príamo, por su arrojo en pelear en las primeras filas. El rey Agamenón acertó a darle un bote en el escudo, que no logró detener el dardo; éste lo atravesó, y rasgando el

---

<sup>202</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 56.

<sup>203</sup> *Ibid*, p. 141.

cinturón, clavose en el empuje del guerrero. Deicoonte cayó con estrépito y sus armas resonaron.<sup>204</sup>

Se puede apreciar, entonces, que el oficio del narrador histórico-épico es emplear un discurso caracterizado por la representación de los sucesos del pasado a través de un lenguaje estético-narrativo. El caso de Homero, por ejemplo, fue otorgar a su audiencia una guerra con atractivos y emocionantes hechos, guerra que efectivamente sucedió en el año de 1700 a.C cuando la ciudad de Micenas se enfrentó con Troya por rivalidades mercantiles<sup>205</sup>, de ahí nació la *Ilíada*.

De igual manera, nosotros tuvimos una guerra, en el año de 1530, de acuerdo a Velasco, con miles de muertos e impresionantes representaciones, lo que se quiere decir, es que la transmisión de la historia épica-militar exige la existencia de lucha y acciones bélicas maravillosamente descritas, para, como lo mencionaba White, familiarizar a los lectores con los personajes y sucesos del pasado.

Ahora veamos cómo se expresa en la *Historia Antigua del Reino de Quito* todo lo correspondiente al mundo militar, esto es: divinidades, armas y jerarquías de tropa, tal vez estos elementos nos ayuden a comprender que la guerra es una esfera que abarca varios elementos y un discurso específico; en este relato, posee una vinculación funcional dentro del relato histórico y precede a las figuras y sus episodios.

En los confines del Reino de Quito, en la isla Puná, existía una divinidad de la guerra, al igual que el dios Ares de los griegos, llamado Tumbal:

El ídolo tenía una figura formidable y estaban a sus pies diversas especies de armas bañadas con la sangre de los sacrificios. Estos eran siempre de los prisioneros de guerra, los cuales se abrían vivos sobre la gran ara colocada a la mitad del templo. Todo él era oscuro, sin ventana alguna, y las paredes estaban cubiertas de pinturas y esculturas horribles.<sup>206</sup>

Por otro lado, no hay ejército que pueda prescindir de su armamento, así que el pueblo de Quito y los Incas desarrollaron sofisticadas armas como instrumentos necesarios para la lucha. El padre Velasco realiza una lista de los principales artificios de guerra que ayudan,

---

<sup>204</sup> Homero, *Op. Cit.*, p. 117.

<sup>205</sup> Augusto Montenegro, *Op. Cit.*, p. 40.

<sup>206</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 89.

además, a imaginarse la fuerza de los ejércitos y su parecido con los más famosos combatientes universales:

<i>Chuqui</i> : lanza muy grande y pesada de madera fortísima.	<i>Huachina</i> : arco.
<i>Tuccina</i> : espada peruana de cobre templado, larga de dos a tres palmos, gruesa y ancha más de un dedo, con empuñadura atravesada.	<i>Huachi</i> : la flecha.
<i>Macana</i> : sable muy grande de madera capaz de partir a un hombre.	<i>Viruti</i> : la saetilla envenenada.
<i>Tumi</i> : cuchillo o machete de piedra o cobre.	<i>Viruti-churana</i> : el carcaj.
<i>Huaraca</i> : Honda de arrojar piedras.	<i>Churu</i> : Trompa de aviso, de caracol marino.
<i>Unancha</i> : bandera.	<i>Hatun-Taqui</i> : tambor de guerra.

En los ejércitos de nuestra prehistoria existía una compleja jerarquía militar dividida en oficiales, técnicos, suboficiales y tropa. Se debe insistir en el hecho de que estos ejércitos llegaron a ser una organización profesional que, según Velasco, no necesitaron de muchas tropas, sino “pocas bien disciplinadas”<sup>207</sup>, las cuales bastaron a Huaynacápac para realizar campañas y conseguir la expansión territorial más allá del río Paita:

<i>Apusquipay</i> : general supremo de la armada	<i>Huáncar-camáyuc</i> : tambonero
<i>Apusqui-randín</i> : teniente general	<i>Quipa-camáyuc</i> : trompetero
<i>Hatun Apu</i> : comandante de cuatro o cinco mil hombres	<i>Aucac-runá</i> : soldado

Por otro lado, es curioso, además, cómo en los textos escolares ecuatorianos se observa la graficación que profundiza el discurso y el énfasis en el Reino de Quito *militar*, a imagen y semejanza de otros poderosos ejércitos antiguos. Por ejemplo, las imágenes que

<sup>207</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 113.

acompañan al texto del profesor Navas Jiménez donde se nos presentan corpulentos seres con el torso desnudo, “desafiando con estoicismo el frío de la montaña andina.”<sup>208</sup>

Su vestimenta es apenas una falda corta que curiosamente nuestros indígenas de la sierra no utilizan. Sin embargo, es indudable que también existe en ese texto una intención de transmisión de la Historia, en este caso, visualizada imaginativamente para conferir a los estudiantes ecuatorianos una impresión de fortaleza en nuestros héroes:



Mario Navas Jiménez, *Historia Geografía y Cívica*, Quito, s/ed, 1989.

Vemos que la apariencia física de los indígenas es una encarnación de su medio y su ambiente, hecho que también fue imaginado por los primeros cronistas de Indias en cuyos textos suele representarse a los aborígenes con cualidades como la fiera y la violencia, resultado del imaginario de la época; según Todorov, por ejemplo, Colón: “no sólo cree en el dogma cristiano, también cree (y no es el único de su época) en los cíclopes, en las sirenas y en las Amazonas.”<sup>209</sup>

Por esto, en la *Historia Antigua*, se percibe un retrato de los protagonistas algo idealizados, acompañados de acciones y descripciones que de alguna manera sirven para retratar al modelo de guerrero completo, basado en el valor y disposición de lucha. Aparecen, además, como glorificados y ensalzados por el narrador en relatos donde también los vencidos encuentran respeto, demostrando que el ser guerrero, en la antigüedad quiteña, implica, al mismo tiempo, fuerza y sensibilidad:

<sup>208</sup> Ernesto Salazar, *Op. Cit.*, p. 67.

<sup>209</sup> Todorov Tzvetan, *La Conquista de América el problema del otro*, Ed. Siglo XXI, México, p.26.

(Huaynacápac) mostrando en lo exterior un corazón todo de padre, mandó suspender las armas y promulgó el perdón general a todos los que hasta entonces se habían mostrado rebeldes. Dio orden para que con el esplendor y magnificencia posible se dispusiese la sepultura del Rey (Cacha) y los demás grandes y señores que habían muerto, y que entre tanto se sepultasen los cadáveres de los demás.<sup>210</sup>

Todas estas breves descripciones recrean en la *Historia* de Velasco una interpretación distinta de la guerra como tal. Se ha mencionado anteriormente cómo los pueblos acudían a esta por una ambición de dominio, sin embargo, veamos que el motivo de lucha entre los pueblos prehispánicos, según la *Historia Antigua*, no fue aquella, sino la formación y la propagación de la cultura:

Hicieron sus guerras no por destruir ni exterminar, como otras naciones bárbaras del continente; ni por hartar, como los Mexicanos, a sus dioses sedientos de sangre humana. Conquistaron por instruir y civilizar a los vencidos, y por dilatar el conocimiento de sus estatutos y artes.<sup>211</sup>

Esta característica esencial y diferenciadora de la guerra no quiere decir una muestra de parcialidad hacia los quiteños y pueblos aborígenes, sino más bien trata de destacar una particularidad de *guerra noble* subyacente en aquellos. A esto hay que añadir que los vencidos no sufrieron abusos, cuando sabemos de antemano que cualquier guerra en cualquier tiempo deja saldos negativos en víctimas humanas, pero sin embargo, para las culturas descritas por el padre Velasco, la de Quito y del Cuzco, se rescata algo que nos parece un poco insólito en los actuales momentos:

Verdad es que los Incas no eran por lo común sangrientos; que muchas veces influyó en sus guerras un espíritu noble de religión y del mayor bien de los vencidos; que no abusaron, como otras naciones, de sus victorias; que trataron con humanidad a sus prisioneros y que hicieron partícipes a la Provincias nuevamente conquistadas de todas las ventajas, fueros, privilegios y honores que gozaban las antiguas, porque esta

---

<sup>210</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 54.

<sup>211</sup> *Ibid*, p. 109.

máxima que miraba a los intereses ajenos, miraba igualmente al aumento de los propios.<sup>212</sup>

En la *Iliada* de Homero también encontramos que incluso en los peores momentos del *horrisono combate* la benevolencia y el trato honroso al oponente es una práctica que nunca deja de hacerse. Como ejemplo tenemos al canto correspondiente a *La Batalla interrumpida* cuando aqueos y teucros por consenso decidieron tomar del suelo a los cadáveres yacientes y rendir, por otro lado, tributo a sus dioses con un magnífico festín. Demostrando así que las fuerzas oponentes pueden llegar a momentos de tregua.

Es decir que el sistema militar actual podría aprender algo de nuestro pasado (y de la mitología clásica también). Sabemos que en la actualidad hay gobiernos autocráticos con pretenciosas estrategias imperialistas que buscan dominar a otras naciones. Ese objetivo expansionista, finalmente, también se dio por parte de los Incas, aunque con otras condiciones y motivos; según el padre Velasco “para penetrar en naciones incultas”, que de hecho se puede calificar como agresión, pero lo importante es señalar que, en la versión del padre Velasco, detrás de la guerra entre los pueblos prehispánicos hay un ideal de nobleza y un tratamiento que demuestra un espíritu no anhelante de hegemonía, sino la guerra por motivos estratégicos, defensivos y religiosos.

Para profundizar este tema, el padre Velasco reiteradamente habla de los *Orejones*, grupo perteneciente a una distinguida nobleza, de espíritus animados, estudiados en artes y ciencias militares, quienes eran los jefes y oficiales de las tropas milicianas y reservados para hacer la guardia al soberano. Ser guerrero u Orejón en la antigüedad fue visto como una profesión de honor, lo que en cierta manera se semeja a los ejércitos espartanos entre los siglos VI y IV a.C, una de las fuerzas militares más notables de Grecia a los cuales integrarse significaba una dignidad para los mejores ciudadanos, porque demostraba la acumulación de acciones y conocimientos. En este sentido, los *Orejones* vienen a componer un retrato del modelo guerrero y constituyen la suma de todas las cualidades óptimas como guerrero ideal.

Sabemos, además, que con la embestida de Huaynacápac contra el Reino de Quito, una de las acciones para mantener su poder y para que el pueblo no se subleve fue una repartición equitativa de tierras cultivables: para el Sol, para el Inca y para el pueblo. Se había dicho

---

<sup>212</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 112.

ya que se daba a las viudas, huérfanos, enfermos, viejos y soldados una buena cantidad de alimentos y que jamás se vio en el Reino de Quito “ni un pobre ni un mendicante.”<sup>213</sup> Por lo que así se aseguraba el nuevo mandatario el respeto y el amor del pueblo recientemente conquistado. Es decir, la guerra, en los tiempos antiguos, significaba, en principio, un nuevo bienestar para la gente que aceptaba al nuevo soberano.

Así, llegamos a un punto donde la guerra entre los pueblos aborígenes, a pesar de ser sangrienta en algunos casos y con consecuencias similares a la de cualquier otra, puede ser vista con cierta mirada de aceptación; las descripciones de Velasco sobre ellas hacen notar que existió una *guerra noble* no repudiada ni impopular para esas naciones, que estaba encaminada a mantener y conseguir la integridad territorial.

Por ejemplo, el idioma Quichua o lengua del Inca se estableció para todas las naciones conquistadas que, según Velasco, “las otras no eran otra cosa que un dialecto del mismo idioma”, de igual manera la religión, los trajes y el mismo conocimiento de artes y ciencias, tanto en Quito como en el Cuzco, se parecían mucho, por lo que Huaynacápac confesó que ambas monarquías tenían el mismo origen divino y que todas estas circunstancias le hicieron ver “la nueva conquista con particularísimo amor.”<sup>214</sup>

Esto confiere al lector que las descripciones de guerra de la *Historia Antigua* sean vistas con cierta idealización: la guerra que tiene por fin la destrucción y desmoralización, se constituye en un restablecimiento de paz, de justicia, de armonía, de esperanza, tanto en los planos político y social. Para Jean Chevalier, esto ocurría especialmente en la China ancestral “donde se manifiesta el combate por la virtud elevada, por el alto esfuerzo, por la sublime sabiduría; recuerdan la bravura del samurái japonés o el guerrero sioux.”<sup>215</sup>

Hasta aquí en términos generales se ha tratado de acumular referentes con respecto al tema de la guerra entre nativos, de la cual hemos visto, puede rescatarse un espíritu de lucha noble y una concepción de defensa por la vida. No podemos, sin embargo, olvidar que la guerra posee un poder omnipotente que desconoce lazos familiares o pasados comunes entre los pueblos en conflicto. Así, la humanidad ha tenido que soportar guerras en nombre de Dios, por disputas amorosas, intereses económicos, diferencias personales o litigios territoriales.

---

<sup>213</sup> *Ibid*, p. 120.

<sup>214</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p, 121.

<sup>215</sup> Jean Chevalier, *Diccionario de los símbolos*, Ed. Harder, Barcelona, 1993, p.546.

En las regiones del Reino de Quito, cuenta el padre Velasco, se dio una guerra civil entre hermanos, los herederos de Huaynacápac: Huáscar y Atahualpa, causadas aparentemente por la “ambiciosísima” Rava-oclo, madre de Huáscar, que miró con celos la división de su Imperio.

La cifra de guerreros movilizados para esta batalla que se dio en Túmbez no es nada despreciable, 150 mil personas, que luego hayan sido olvidadas por nuestros historiadores es algo crítico; ahora, se puede decir que fue el inicio de los prolongados conflictos que sostuvimos con el Perú. En esta primera batalla, salieron a la luz ingeniosos generales en defensa del Reino de Quito: Quisquis, Calicuchima y Rumiñahui, que movilizaron a las tropas tanto en la tierra como en el mar.

Un episodio poco conocido en nuestra historia es que en la batalla final Atahualpa venció a las tropas de su hermano y lo tomó prisionero, el padre Velasco dice que “le cortó la cabeza inmediatamente.”<sup>216</sup> Más adelante, toma un fragmento de Francisco de Jerez quien añade sobre el suceso que:

La hizo secar (la cabeza de Huáscar), hueca por dentro y exteriormente cubierta con toda la piel y cabellos; y que disponiendo una copa de oro con una caña, que comunicaba con lo interior del cráneo, bebía Atahualpa en ella.<sup>217</sup>

Con esta imagen algo grotesca, se puede decir que también hay cierta malignidad en nuestro héroe (cayendo en el error de la *ate* o “confusión” del héroe clásico) y el duelo entre Huáscar y Atahualpa es quizás el ejemplo más hiperbólico de esa representación trágica de fuerza física y agresividad entre los Incas y entre los hermanos. Igual potencia, igual objetivo, igual ardor que se reduce al duelo donde existen dos salidas: la lucha y la victoria, y los personajes obedecen a estas variantes para poder definirlos, como héroes o villanos, dentro de la historia.

La figura de Atahualpa como merecedor del trono por herencia y luego por la victoria conseguida ante su hermano, va adquiriendo grandeza y heroica presencia según avanza la narración. En la *Historia Antigua*, el padre Velasco se encarga de revalorar su imagen y articular una representación mítico-literaria, la del héroe americano como hombre superior y libre. Todo esto, como una contraposición a otros historiadores como Robertson y

---

<sup>216</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 158.

<sup>217</sup> *Ibid*, p. 159.

Garcilazo, quienes tratan a Atahualpa de “usurpador”, “bastardo” o “cruel conquistador.”<sup>218</sup>

Atahualpa tenía el derecho legítimo del poder, su hermano obedecía a una ambición sediciosa. Ambos estaban condenados al duelo y a la hostilidad, y esta lucha los destruye a los dos. Por no buscar la coexistencia, terminaron trágicamente como los hermanos Eteocles y Polinices.<sup>219</sup>

Pero Velasco, se ha mencionado anteriormente, define al rey Atahualpa como hombre de grandes talentos y de una extraordinaria viveza, espíritu fogoso: “acompañado del arte militar y la prudencia, bien que tal vez se olvidaba de ésta, por marchar a la frente de sus tropas y pelear personalmente, como el más ínfimo de sus vasallos”.<sup>220</sup>

Así, vemos también que existe una mutua dependencia entre los héroes y las guerras y que no hay lo primero sin lo segundo, estableciendo un paradigma que se repite tanto en la historia como en la literatura. La caracterización del Inca como guerrero excepcional se centra en estas cualidades: violencia y valor, conocedor del arte de la guerra y de las bellas artes, fuerza física, agresividad, conmiseración y trato honroso al vencido.

En términos generales, hemos visto ya que entre los pueblos autóctonos se mantenían ciertas prácticas de guerra cercanas a un ideal de humanismo y respeto hacia los demás, la movilización militar aparece integrada como un contexto de civilización que en estos momentos debería rescatarse no como un chauvinismo por lo indígena, sino más bien como una verdadera práctica de las actuales convenciones internacionales. En todo caso, Velasco tiende a idealizar el pasado y se revela partidario de lo indígena, sin que esto signifique una crítica a la labor de los conquistadores.

La sentencia de muerte de Atahualpa llevada a cabo luego de un juicio organizado por Francisco Pizarro, marca el fin del Reino de Quito y de la dinastía Cara-Scyri-Inca. Paul Ricoeur escribió sobre la historia remota: “cuando muere una cultura o una religión, sus contenidos se convierten en una leyenda.”<sup>221</sup> Por eso, el padre Velasco, como encargado de

---

<sup>218</sup> Cfr.: Según el padre Velasco, William Robertson y Garcilazo de la Vega son “escritores parciales al Cuzco.” *Historia Antigua*, p. 155.

<sup>219</sup> Cfr.: Eteocles y Polinices fueron los hijos/hermanos de Edipo que se disputaron el reino de Tebas. Ambos murieron en el duelo final.

<sup>220</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 171.

<sup>221</sup> Paul Ricoeur, *Op. Cit.*, p. 116.

escribir la *Historia Antigua del Reino de Quito*, fue recogiendo durante sus viajes tradiciones, costumbres y leyendas históricas, que de no haber sido así, hubieran perecido con el tiempo y las noticias de nuestros héroes no se conocerían.

La narración de Velasco sobre la Conquista (que se da como hecho eminente cuando muere Atahualpa) posee momentos sumamente tristes por las desgarradoras muertes que causaron los españoles en su ambición de oro, también hay episodios anecdóticos y en muchos también se exalta al Conquistador. De esto se tratará a continuación, como una introducción también al siguiente capítulo *La visión del Otro*. Ambos, desde ya, pueden ser leídos como un reclamo a la historia oficial que ha silenciado por muchos años la voz del conquistado, y nos han persuadido que nuestro pasado indígena, sentimientos y creencias, naturalizados como *barbarie*, debían ser *civilizados*.

### **3.3. Las guerras con los conquistadores en la *Historia Antigua del Reino de Quito*.**

Habían sido conquistados México, Panamá y Cartagena cuando llegaron noticias de un reino al sur donde abundaban las riquezas. Se reunieron tres personalidades: Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luca. Al hablar de los orígenes de ellos, el padre Velasco lo hace con cierta paradoja, por un lado resalta que “sin haber aprendido a leer ni escribir, poseían espíritus y pensamientos nobles.”<sup>222</sup> (Esa aparente contradicción puede interpretarse como un reconocimiento del *héroe* conquistador.)

Ese mismo espíritu fue el que les llevó a Pizarro y a Almagro a echarse al mar en el año de 1525, cuando llegaron a los territorios del Reino de Quito en la bahía de San Mateo. Durante este viaje, Velasco reconoce que estos primeros españoles realizaron una acción verdaderamente heroica al viajar por un camino tortuoso y trabajoso en el que, aunque muchos de sus soldados querían abandonar la campaña, “demostraron valor y coraje”.<sup>223</sup>

---

<sup>222</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 173.

<sup>223</sup> *Ibid*, p. 174.

Lamentablemente, de estas expediciones quedan pocos testimonios, de los que se hará mención enseguida, pero seguramente pasaron las mismas vicisitudes que Alvar Núñez Cabeza de Vaca o Lope de Aguirre, contemporáneos de los citados españoles que sí dejaron fantásticos diarios y a los que la literatura se ha encargado de reencontrarlos en su sufrimiento. Así lo hicieron los narradores Abel Posse y el venezolano Miguel Otero Silva<sup>224</sup>, en una combinación de realidad histórica y fantástica que elimina las fronteras existentes entre ellas.

Siguiendo con los viajes de Pizarro y Almagro, ellos se encontraron con gente que poseían abundantes piedras preciosas y usaban oro y adornos de plata, pero al mismo tiempo, por la falta de víveres y la dificultad del clima, entran a escena otros seres también característicos en las guerras: los cobardes, aquellos que prefieren volver al punto de partida. Así, en una imagen digna del cine, Pizarro, al llegar a la bahía, trazó con la espada una línea sobre la tierra y enfurecido dijo a sus 70 soldados que aquellos que quieran volverse crucen la línea... y solamente se quedaron trece.

Resumiendo un poco los acontecimientos de la *Historia Antigua* y las penalidades de estos soldados, Pizarro tuvo que regresar a finales en 1528 a Panamá para conseguir más apoyo, llevó regalos y dos jóvenes intérpretes que facilitaron en gran medida la conquista del Reino de Quito. Cuando decidió por fin volver al sur, estuvo en la isla Puná donde supieron de la guerra civil entre los hermanos, lo cual significó una gran ventaja para los españoles. En Puná, cuenta Velasco, los españoles “comenzaron a hacer pillajes”: tomar el oro y abusar de las mujeres, dándose una espectacular batalla que terminó con la victoria de las tropas de Pizarro, que consiguieron un gran botín.

A los pocos días llega Pizarro a Túmbez y ataca por sorpresa a los indígenas: “Pasó el río con balsas y metiendo asedio a la ciudad y fortaleza, los cogió desprevenidos e hizo una gran carnicería.”<sup>225</sup> Y fue ahí donde el intérprete Filipillo avisó de la gran riqueza del Perú, por lo cual Pizarro emprendió su ruta hacia Cajamarca. Aquí resulta extraño para Velasco que para tal empresa el español llevó consigo tan sólo 62 caballos, 164 hombres y sólo 20

---

<sup>224</sup> Cfr.: Miguel Otero Silva, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, Caracas, Ed. Ayacucho, 1975

<sup>225</sup> Juan de Velasco, Op. Cit., p. 180.

de todos ellos estaban proveídos de fusiles, “éste fue todo el armamento para la conquista de uno de los mayores Imperios.”<sup>226</sup>

Llama la atención, entonces, cómo a pesar de la inferioridad numérica y el poco armamento, los Conquistadores lograron en poco tiempo someter a los pueblos americanos; el padre Velasco habla sobre esto de una “feliz combinación de circunstancias,”<sup>227</sup> como los hechos de la división del incario, los intérpretes Francisco y Felipillo, que los ejércitos de Orejones quiteños estaban en campaña por tomar el Cuzco y que la impresión de Atahualpa y de Huáscar sobre los españoles no fue la de enemigos, sino como gente enviada por Viracocha; su divinidad principal y a lo que se hará mención en el capítulo siguiente.

En Cajamarca se da el fatídico suceso de Atahualpa, Pizarro previamente dividió su caballería y escondió a las tropas de infantería en los Tambos cercanos al templo con la orden de que ninguno se moviese hasta su señal; a pesar de que antes Pizarro había enviado a un embajador donde Atahualpa que le prometió haber venido en paz y amistad. Queda demostrado que en tiempos de guerra la palabra pierde valor y el engaño es una estrategia para conseguir la victoria.

Según otros cronistas, cuando capturaron a Atahualpa no murió ningún español, en cambio murieron, cuenta Velasco, entre seis y siete mil indios, porque ninguno peleó ni se defendió, anteriormente los españoles habían hecho un trato de amistad y los indígenas no tuvieron una orden de su soberano de atacarlos y, además, porque no llevaron armas sino tan sólo instrumentos de oro y plata. Lo que confirma, según Velasco, un sincero proceder y una rectitud en sus proceder por parte de los Incas y sus jefes, “sin doblez alguna,”<sup>228</sup> aunque quizás los indígenas estaban confundidos y sin ninguna dirección.

Se cuenta, también en esta parte, que Fray Vicente Valverde exhortó a los conquistadores a herir de punta “para que no se quebrasen las espadas,”<sup>229</sup> convirtiéndose en este punto la

---

<sup>226</sup> *Ibid*, p. 182.

<sup>227</sup> *Ibid*, p. 182.

<sup>228</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 196.

<sup>229</sup> *Ibid*, p. 196.

Conquista y sus descripciones en una demostración de la más cruenta maldad que es capaz el género humano.<sup>230</sup>

Se ha recurrido a todas estas narraciones para entender la otra forma de guerra, la beligerante, la aterradora y muchas veces repugnante. Aquella que desprestigia y se olvida de la dignidad de los combatientes y que se mueve por los afanes de riqueza. Esta está presente en demasía en muchos de los capítulos de historia por los que ha pasado la humanidad y en cuanto a la época que nos corresponde, el padre Bartolomé de las Casas fue uno de los más enérgicos en la denuncia de la Conquista y a la que esperamos algún día la literatura se encargue de contar lo que se ha silenciado por mucho tiempo.

Con la muerte de Atahualpa, también la narración de la *Historia Antigua del Reino de Quito* abandona el tono épico y estético para sujetarse más a las exigencias de la historia, como son la cita de fuentes y un lenguaje crítico a otros historiadores a los que Velasco orientó sus comentarios, como por ejemplo a Guillermo Robertson de quien dijo: “se empleó en caracterizar a la nación española con los colores de bárbara, fanática e ignorante, y a la nación indiana con los de pocos menos que irracional”, con lo cual se pone de manifiesto su “americanismo”.

Entonces, la narración también se vuelve cronológica e interpretativa y es una sucesión de episodios que describen las conquistas españolas realizadas en todo el Reino, batallas entre españoles por la repartición de los botines y algunas pocas sublevaciones sin éxito de los indígenas que están bien documentadas y reposan en otras historias. Sin embargo, merece mencionar algunos hechos notables a esta segunda parte de la *Historia Antigua del Reino de Quito*.

Primero: el padre Velasco llama *tragicomedia* a los episodios de la Conquista porque encuentra en las mismas escenas serias, trágicas y alegres. El trágico será representado por Rumiñahui, quien tuvo la audacia de causar muchos destrozos en Quito en vista de que los españoles sólo hacían daño a su paso y estaban próximos a su arribo; así, se enfrentó con las tropas de Benalcázar, tomó los tesoros destinados al rescate de Atahualpa, los escondió

---

<sup>230</sup> Cfr.: Según Josep Fontana en el texto *El legado histórico para España* (Quito, Ed. FLACSO, 1992) la Conquista de América como empresa económica debió recurrir al esclavismo, la dominación y el control para legitimarse. El sometimiento a los indígenas, el despojo de sus tierras y el trabajo forzado se convirtieron en crueles prácticas necesarias para desarrollar el mercado mundial de Europa y su posterior crecimiento económico.

y murió en la montaña que hoy lleva su nombre, convirtiéndose hasta la actualidad en leyenda y símbolo de la resistencia indígena; todo un héroe que en cierta medida los ecuatorianos hemos sabido conservar con justicia. Los tesoros escondidos todavía siguen siendo un misterio a los que connotados exploradores han llegado a buscar, pero sin éxito, entre ellos el sueco Rolf Blomberg y el español Marcos Jiménez de la Espada<sup>231</sup>.

Segundo, hay un cuadro anecdótico en la *Historia Antigua* que no debería pasar desapercibido, el del cacique de Otavalo quien llegó con un pequeño ejército montado sobre llamas y remedando en lo posible los vestuarios y armas de los extranjeros para asaltar el templo de Caranqui (hoy Ibarra) que, según Velasco, guardaba un inmenso tesoro. Al ver la población que se acercaban aquellas tropas, salieron huyendo pensando que eran los *cristianos* y se refugiaron en la cordillera. Así, el cacique con tremenda farsa pudo tomar todos los tesoros fácilmente, pero una vez que se dieron cuenta de que habían sido burlados, empezó un sentimiento de enemistad entre otavaleños e ibarreños que se conservaría hasta el presente.

Estas pequeñas historias sirven, sin embargo, como pequeñas digresiones en la narración de Velasco para luego pasar a las campañas de Benalcázar, Almagro, Alvarado y Ampudia. De éstos el jesuita toma fragmentos del historiador Palomino que, entre otras cosas, dice:

Si los recibían en paz (los indígenas a los españoles), sin huir de sus casas, eran puestos en cuestión del tormento para que declarasen dónde estaban los tesoros. Si ellos por lo sucedido con otros huían desamparando sus casas, las incendiaban, consumiendo en todas partes las provisiones de víveres que estaban en los depósitos; perseguían a los huidos, como a fieras, con perros de cacería, a los cuales alimentaban con carne de los indianos, manteniéndolos en cadenas, para irlos matando poco a poco; mataron en pocos meses más de cien mil cabezas de pacos y llamas, sólo para comer los corazones de que gustaban; imposibilitaron el cultivo de los campos y obligaron todas aquellas provincias a padecer tanta hambre con sus destrozos, que a los indianos que no morían a manos de ellos, los hallaron muertos de hambre en los caminos.<sup>232</sup>

---

<sup>231</sup> *Cfr.*: Entre 1862 y 1865 Jiménez de la Espada auspiciado por la Comisión del Pacífico emprendió un viaje por la cordillera andina hasta el Amazonas.

<sup>232</sup> Tomado de Juan de Velasco, *Historia Antigua del Reino de Quito*, tomo II, Op. Cit., p. 48

Veamos ahora lo que manifiesta Marcos de Niza, recopilado por Velasco:

Cogieron allí (en Machachi) mucho número de indianos y, encerrándolos en tres casas grandes, cuantos cupieron en ellas, les pegaron fuego y los quemaron a todos sin hacer la mínima cosa contra los españoles, ni dar la menor causa. Y acaeció allí, que un clérigo que se llamaba Ocaña, sacó un muchacho del fuego; y viniendo otro español, se lo quitó y volvió a echarlo a las llamas.<sup>233</sup>

Y así, la conquista se convierte en una guerra desigual y tormentosa para los pueblos que alguna vez alcanzaron cierta plenitud y un alto grado de organización, distribución, artes y ciencias en su territorio, para después pasar por años lamentables de esclavitud y torturas del que poco nos gusta hablar cuando celebramos nuestras fundaciones. La guerra y los crímenes de lesa humanidad desmoralizaron y destruyeron agresivamente a los indianos; comienza la Colonia, se desarrolla la República y siglos de historia en los que sólo han cambiado los actores, mas en el mundo se siguen cometiendo los mismos abusos con fines lucrativos y se arroja a la inanición a la gente y a los pueblos.

Sobre la Conquista de España hay que aclarar que, en términos generales, Velasco no se declara censor, más bien trata de premiar la gloria española: “introdujeron la vida racional, política y civil, compensándoles con la luz del Evangelio.”<sup>234</sup> Así mismo, reconoce con alabanzas los trabajos de Pizarro y las horribles calamidades de su viaje para acometer al más poderoso Imperio, “lleno de bárbaras naciones.”<sup>235</sup>

Esto implica que Velasco configuró a través de su narración un Estado Criollo cuyo proyecto establecía el rescate del pasado heroico quiteño, sin dejar a un lado el valor y la tradición española. Recordemos que Velasco debía pasar la censura española para poder publicar su *Historia*, por lo que no se puede esperar la condena y el reclamo hacia lo que fue la Conquista por parte de él, al contrario, realizó un diálogo y una conciliación entre ambos, un sincretismo que trazaría para el presente y futuro de la Patria lo más valioso del pasado.

---

<sup>233</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 47.

<sup>234</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, Tomo II, p. 179.

<sup>235</sup> *Ibid.* p. 178.

Además, para no convertir este trabajo en un documento crítico de la Conquista, pues no es ese su propósito, basta terminar con una reflexión de Josep Fontana que en el artículo *El legado Histórico para España* sostiene entre otras cosas que:

La colonización española de América no fue ni mejor ni peor que la británica en la India o en América (completada por Estados Unidos con el casi total exterminio de la población autóctona), que la holandesa en Indonesia, la belga en el Congo o la francesa en las Antillas o en Indochina. Son páginas de una misma historia, merecedoras de una similar condena -o por lo menos, de un juicio similar, si no queremos anticipar el fallo-, y convendría que evitásemos los dos extremos en que se suelen caer de “criminalizarlos” como si fuesen algo único, o de empeñarse en blanquearlos.<sup>236</sup>

---

<sup>236</sup> Tomado de Heraclio Bonilla (comp.), *Los Conquistados*, Quito, Ed. FLACSO, 1992, p. 215.

## CAPÍTULO 4. LA VISIÓN DEL OTRO

### 4.1. La visión de los personajes aborígenes a sus semejantes

En el capítulo correspondiente a *la tipología de las relaciones con el otro*<sup>237</sup>, señala Tzvetan Todorov que la relación con el otro no se constituye en una sola dimensión y que hay que distinguir por lo menos tres ejes en los que se suele situar la problemática de la alteridad:

**Primero** (un plano axiológico): el otro es bueno o malo, lo quiero o no lo quiero, o entendiéndolo de otra manera, es mi igual o es inferior a mí, partiendo de que yo soy bueno y me estimo.

**Segundo** (plano praxeológico): está la acción de acercamiento o de alejamiento en relación con el otro, es decir, adopto los valores del otro, me identifico con él; o asimilo al otro a mí, le impongo mi propia imagen.

**Tercero** (plano epistémico): conozco o ignoro la identidad del otro, no hay aquí ningún absoluto, sino una gradación infinita entre los estados de conocimiento menos o más elevados.

Otro concepto más elemental de la alteridad la tenemos en J. Buganza, quien afirma que la otredad:

Es el conjunto de seres humanos o elementos culturales que no son yo o que no pertenecen a lo mío. El otro puede ser entendido como algo diferente a mí, inferior a mí, superior a mí, o igual a mí.<sup>238</sup>

Ahora bien, hablar de este motivo en la época del Descubrimiento y Conquista de América representaría reflexionar sobre este *encuentro de distintos*, de cómo las poblaciones

---

<sup>237</sup>Cfr.: Tomado de Tzvetan Todorov, *La Conquista de América, el problema del otro*, México, Ed. Siglo XXI, 1989.

<sup>238</sup>Jacob Buganza, *La Otredad o Alteridad en el Descubrimiento de América y la Vigencia de la Utopía Lascasiana*, <http://www.razonypalabra.org.mx>, 7 de mayo 2010.

autóctonas se miraban entre ellos, de cómo miraron a las culturas extranjeras y cómo éstos vieron a los indios. Lo que nos acercaría a conocer el imaginario de cada grupo y cómo fue el proceso de mestizaje o asimilación de la otra cultura en aquellos tiempos.

Para el primer grupo (la visión del otro en los pueblos aborígenes) hemos de volver a las páginas de la *Historia Antigua*, donde el padre Velasco nos da información sobre cómo los pueblos de Quito y los Incas se trataban entre ellos, digamos que llegaron al plano axiológico (el otro es mi igual), que se comprueba con el sistema de gobierno implantado en el Reino de Quito por los Incas, que para el mismo historiador “merece la admiración, los elogios y los aplausos de los mayores hombres”<sup>239</sup>:

Ellos miraron a satisfacer los derechos de la Religión, del soberano, del público y de los particulares, con proporcionada equidad; se ordenaron a formar vasallos conforme al espíritu de las mismas leyes, con la buena educación desde sus tiernos años, hasta la edad de 25; previnieron los delitos con la misma educación y la hicieron permanente, premiando la virtud y castigando severamente el vicio; proveyeron a todas las necesidades del común y de los particulares, para que de la felicidad privada de cada individuo resultase la común de toda la sociedad.<sup>240</sup>

Digamos, en términos actuales, que fue un *comunismo primitivo* que en tiempos de paz y de guerra la gente tenía derechos como la vivienda y la alimentación aseguradas, en la que “jamás se vio un mendigo, un ocioso, ni un embustero,”<sup>241</sup> lo que demuestra fácilmente una armonía igualitarista, una coexistencia de ideales y valores de los que podríamos estimar y encomiar, como lo hizo Velasco, y una condición en la que todos eran semejantes (idealización de un imperio).

Claro, la jerarquía y los grados sociales fueron algo que en el Reino de Quito y posteriormente en el incario siempre se practicó, el Inca, al ser descendiente del mismo Sol, era quien gobernaba sobre el pueblo y ocupaba el primer grado de poder, luego se dividía en nobles u Orejones, quienes se distinguían por su experiencia militar; concubinas y princesas, gobernadores de aguas, tierras y sembríos, astrólogos, médicos, cirujanos, el *chasqui* quien hacía de correo, artistas que se ejercitaban como tejedores, plateros,

---

<sup>239</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 102.

<sup>240</sup> *Ibid*, p.102.

<sup>241</sup> *Ibid*, p.102.

artesanos, constructores, etc. y, como es obvio en toda sociedad jerárquica, los sirvientes o *yanaconas*.

En la guerra, como ha sido explicado ya, es tan caótico el efecto que los combatientes desconocen y poco les interesa *el otro*; porque el fin sería la destrucción e imponer sobre los demás lo que la cultura dominante ofrece. Efectivamente, la relación de alteridad consiste en negar la identidad del otro por la valoración excesiva de la propia, como en el caso de una guerra. Sin embargo, veamos qué sucede en la transición del Reino de Quito al período de los Incas entre aquella gente:

(Las acciones de Huaynacápac) con que ató las manos y los corazones de sus nuevos vasallos, lo pusieron en grado de darle al Reino una nueva forma, no sólo sin dificultad, sino también con gusto y con aplauso de todos. La nueva forma quería decir nada menos que una perfecta igualdad y conformidad del Reino con el Imperio Peruano, en materia de religión, en el gobierno político y civil, en las leyes de la monarquía, en el sistema militar.<sup>242</sup>

Se sostiene que en la conquista de los Incas, Huaynacápac le dio a Quito un grado honorífico y también a sus ex gobernantes e hijos de ellos, quienes pasaron a ser gobernadores y generales, y sus hijas pasaron en calidad de concubinas en la corte del Inca. Para este caso, y por la gran aceptación que concedió el pueblo a los nuevos soberanos, hay una relación de alteridad que vendría a ser la óptima, donde incluso la guerra y la conquista están contextualizadas bajo un reconocimiento pleno del otro; según Todorov, “donde al sujeto se reconoce comparable con el sujeto que soy.”<sup>243</sup>

Esto reforzaría, además, el ideal de la *guerra buena* entre los pueblos aborígenes, que significa, en otros términos, que los pueblos conquistados son para Huaynacápac y luego Atahualpa, sujetos comparables con el yo, cuyas hazañas también se admiran y, por ello, en vez de imponer una cultura, debieron acortar las distancias que los diferencia, asimilando y manteniendo lo que es propio de aquellos, recordemos que Huaynacápac confesó que ambas monarquías habían tenido un mismo origen<sup>244</sup> y, por la tanto, la *visión*

---

<sup>242</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 72.

<sup>243</sup> Tzvetan Todorov, *La Conquista de América, el problema del otro*, México, Ed. Siglo XXI, 1989, p. 143.

<sup>244</sup> *Cfr.*: Ver p. 23 del presente este trabajo.

*del otro* está marcada por el reconocimiento, no es visto con fines etnocéntricos como en cualquier otro encuentro que implique *cruzamiento entre culturas*.

Evidentemente esto pudo darse porque siendo pueblos tan parecidos y cercanos eran muchas las costumbres que compartían, lo que permitió que en términos generales la entrada de los Incas al Reino de Quito fuera sencilla y no requiriera de prolongadas guerras ni grandes derramamientos de sangre de la población. Los extranjeros, como también define Velasco a los Incas, fueron bien recibidos en el Reino porque demostraron que no buscaban la sumisión del pueblo, sino la prolongación de su territorio y la devoción al Sol; características que ayudan también a exaltar a los personajes y sus cualidades humanas.

Todorov, en el libro *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, escribe que la posibilidad general de comprender a quien es distinto a mí se muestra en el encuentro, la interacción y la combinación entre dos sociedades distintas, por eso la relación entre quiteños e incas se trata, digámoslo así, de un verdadero diálogo y entendimiento entre pueblos iguales, pese a que entre ellos existió una guerra de por medio y una invasión de una sociedad sobre otra, pero finalmente, como lo cuenta Velasco, donde existió “conformidad”.

¿Podemos adivinar a través de la *Historia Antigua del Reino de Quito* cómo perciben los indígenas, por su parte, a los españoles? ¿Qué pensaron los hombres del Reino de Quito al ver llegar a sus costas y pueblos a los “descubridores y conquistadores”? ¿Cuáles fueron sus primeras actitudes? ¿Qué sentido dieron a su lucha?

#### **4.2. La visión de los aborígenes sobre los extranjeros o la visión de los vencidos<sup>245</sup>**

“Asombrados los nacionales los tuvieron por entes divinos y les dieron buena acogida, venerándolos como a tales.”<sup>246</sup>

Ya desde la llegada de Colón a América se tenía información de que los europeos fueron tratados hospitalariamente a su llegada, en el diario del Almirante encontramos:

---

<sup>245</sup> El subtítulo fue tomado del libro *La Visión de los vencidos* de Miguel León Portilla, México, Ed. UNAM, 2003.

<sup>246</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 176.

“Son la mejor gente del mundo y más mansa.” (16.12.1492)

“En el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra.” (25.12.1492)<sup>247</sup>

A primera vista nos damos cuenta de que esas observaciones proporcionan datos sobre los indígenas que, como ya es conocido, no dejaron testimonios escritos para darnos su versión de los hechos, pero sí hay escritos de la época donde no se deja de alabar la generosidad de aquellos, con lo cual se hace una contribución al mito del *buen salvaje*, que será explicado más adelante.

Todorov escribe sobre los pueblos aborígenes que su encuentro con los españoles debió ser *admirativo*. Y en la *Historia Antigua del Reino de Quito* se puede percibir esta actitud en la que se distinguen dos componentes:

O bien piensan los indios (sobre los españoles) que son seres del cielo enviados por una divinidad o bien creen que los extranjeros son seres humanos confiables que tienen los mismos derechos de ellos, los ven como iguales.

Por ejemplo, cuando Pizarro llega a la isla Puná, el padre Velasco escribe “fue recibido por él (por el cacique Tumbalá) con sinceras demostraciones de benevolencias y tratado con toda su gente magníficamente por algún tiempo.”<sup>248</sup>

Esto se entiende más cuando sabemos la predicción de Viracocha de que en algún tiempo llegarían hombres de color blanco, vestidos y llenos de barbas que parecen *lanudos*. Cuenta Velasco que el Inca Yahuarhuácac, antecesor de Huaynacápac, mandó a esculpir en piedra esas figuras y Huaynacápac al tener noticia de su llegada se “mostró sumamente melancólico y taciturno,”<sup>249</sup> puesto que ese era el anuncio de su consumación.

Velasco también se vale del historiador López de Gómara quien afirma que Viracocha significa “manteca del mar”<sup>250</sup> o se interpreta como “blanco como la manteca que vienen nadando sobre las aguas del mar”<sup>251</sup> del cual no deben temer y es mejor “procurarse sujetar.”<sup>252</sup>

---

<sup>247</sup> Tomado de Tzvetan Todorov, *Op. Cit.*, p. 46.

<sup>248</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 178.

<sup>249</sup> *Ibid*, p. 140.

<sup>250</sup> *Ibid*, p. 197.

<sup>251</sup> *Ibid*, p. 197.

<sup>252</sup> *Ibid*, p. 197.

La predicción, entonces, consistía en reconocer forzosamente a aquellos como deidades o entes de superior naturaleza porque provenían de una nación extranjera, los cuales destruirían el Imperio Inca y tomarían posesión de sus dominios; es decir la derrota ya estaba anunciada como pasa comúnmente en la tragedia clásica. Esta circunstancia, abrió el camino para que los españoles, con menos número de hombres y armas oxidadas, como sostiene Velasco, hayan doblegado a los Incas en menos de diez años y que éstos no demostraran una mínima fuerza para hacerles frente.

A los españoles, en muchas partes del incario, dice Velasco, los llamaron Viracochas. Se dejaron llevar los indígenas de aquella predicción por lo que los españoles fueron recibidos amistosamente y de buen agrado, o quizás hubo cierta resignación fatal. De esto también se puede comparar con las tragedias griegas y la *eimarmene* que se define como el destino inexorable de los pueblos y su gente, una fuerza sobrenatural que muestra a la muerte y el fin de un imperio o personaje no por error, sino porque que está ya escrito.

Claro, en los textos clásicos vemos que muchos de los personajes hacen sus propias decisiones y reflexiones, y al mismo tiempo estas acciones son las que determinan las consecuencias del relato. Por ejemplo, Teseo cuando abandona a Ariadna lo hace por su propia voluntad pase a su promesa de casarse con ella, o la insensatez de Patroclo al enfrentarse con Héctor, aunque fue previamente advertido por su mejor amigo; son ejemplos donde no existió ningún tipo de intervención divina, por lo que son sus acciones las que definirían su destino o muerte.

Así mismo, la pasividad de los indígenas quiteños e incas puede ser interpretada como una confusión personal, pensando que los españoles los liberarían de sus respectivos invasores o que en realidad estos serían divinidades; por lo que incluso hasta hoy aún es difícil de responderse a la pregunta ¿por qué no resistieron más los indígenas?

Sobre este último punto, también Velasco, como recopilador de ese universo fantástico, nos cuenta que previo a cumplirse la predicción de Viracocha “había de hacer su primera erupción el monte Cotopaxi”<sup>253</sup> y más adelante dice que la erupción tuvo lugar efectivamente la víspera de la prisión del Inca. Estas señales y predicciones se verifican completamente en el documental *Cotopaxi: una belleza fatal*, de los directores Eric Samson y Arturo Yépez, en él se afirma que en el año de 1534 hubo una erupción del

---

<sup>253</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 198.

volcán que causó una gran devastación tanto a los pueblos indígenas como a los españoles; la predicción se había cumplido y los conquistadores aprovecharon con astucia aquella circunstancia.

Esto también se observa en la anécdota de Colón quien aprovechó su conocimiento de un inminente eclipse lunar cuando se encontraba varado desde hacía ocho meses en la costa de Jamaica. Al no lograr convencer a los aborígenes para que les traigan comida; los amenazó con robarles la luna y la noche, y así “el 29 de febrero de 1504, empieza a poner en ejecución su amenaza, ante los ojos aterrados de los caciques... El éxito es inmediato.”<sup>254</sup>

Ya con esa atmósfera de superioridad y proyectando además viejos mitos y símbolos, existió un alto porcentaje de victoria (la moral) para el proceso de conquista. Puede llamarse complejo de inferioridad con respecto a los extranjeros, más apropiado es el término *xenofilia*, pero de cualquier forma la resistencia a los españoles, como relata Velasco, fue infructuosa por el ambiente de confusión que además evitó que los indígenas o indios tuviesen una reacción combativa.

Todorov lo llama “la formación de un cliché del imaginario étnico”<sup>255</sup> donde cualquier representante de las culturas extranjeras, personas u objetos, disfrutaban de un prejuicio a su favor. De ahí que en un principio los conquistadores pudieron haber aparecido como con una aureola que los hizo ver con fuerza, firmeza e inteligencia ante los estupefactos indígenas. Colón se preguntaba “¿por qué aprecian por igual un pedazo de vidrio que una moneda, y dan el mismo valor a las monedas insignificantes que a las de oro?”<sup>256</sup> Y claro, ninguno de los dos bandos supo lo que ahora sabemos: los valores son convencionales.

En todo caso, existió un sentimiento de admiración, *el extranjero era bueno*, no como ahora que decir que es extranjero es muy poco, pero en ese tiempo el imaginario del blanco debió pasar por un proceso de extrema benevolencia y hospitalidad a servilismo obligado que fue lo que acabó toda empresa de rebelión e intenciones por restablecer el orden anterior.

---

<sup>254</sup> Tomado de Tzvetan Todorov, *La Conquista de América: el problema del otro*, Op. Cit., p.26.

<sup>255</sup> Tzvetan Todorov, *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, Ed. Júcar, Barcelona, 1988, p. 13.

<sup>256</sup> Tomado de Tzvetan Todorov, *La Conquista de América: el problema del otro*, Op. Cit., p.46.

La xenofilia, explica Todorov, “presenta al extranjero como una cultura globalmente percibida como superior a la propia”<sup>257</sup>, eso puede de alguna manera explicar también que en el relato de Velasco se encuentren además algunos *malinchismos* de los mismos indígenas contra sí mismos, quienes como Felipillo, el intérprete, adulaban los valores de los conquistadores por pura ambición de poder y riquezas.

Todas estas ideas contribuyen a la variante del *buen salvaje*, esto es que las culturas extranjeras se admiran de la sinrazón, el primitivismo de los pueblos originarios, de su retraso, de su inferioridad tecnológica; máscaras que justificaron remontarse sobre ellos, elevar el etnocentrismo y hacerles convencer de que son sus esclavos.

En consecuencia, la imagen del guerrero indígena que se había prefigurado entre valiente y combativo, se transforma, o se derrumba porque es derrotada por una fuerza superior vestida de divinidad que se alimentaba tan solo de oro. La narración, por otro lado, que maravillaba y encantaba con el estilo épico y heroico, desafortunadamente, se aleja para representarnos datos y hechos sobre la conquista española en un tono más cronológico y menos descriptivo.

### 4.3. La visión de los conquistadores sobre los aborígenes.

A pesar de la ira  
no sólo llegó sangre sino trigo.  
La luz vino a pesar de los puñales.

Pablo Neruda, *Canto general*.

La búsqueda de El Dorado representa para los pueblos de América, seamos claros, la masacre de entre cinco y diez millones de aborígenes<sup>258</sup>. Ese mito exótico-legendario que ha sido acuñado en la expresión “encuentro de dos mundos”, tiene todavía sus secuelas hasta nuestros días: la servidumbre y el sometimiento de nuestros pueblos y, los mestizos mientras tanto, buscamos y continuamente formulamos nuestra compleja identidad.

---

<sup>257</sup> Tzvetan Todorov, *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, Ed. Júcar, Barcelona, 1988, p. 14.

<sup>258</sup> Agustín Cueva, *Falacias y coartadas del V Centenario*, revista Casa de las Américas, No. 257, octubre-diciembre 2009, La Habana, p. 142.

Esta es una de las consecuencias que trajo la Conquista española en América, la cual, como toda campaña para aumentar riquezas y ampliar territorios, tuvo que ser violenta y perversa ¿acaso los Estados Unidos han cambiado esa forma de ocupación a la hora de invadir Irak? Y como se nos ha hecho ver, ellos se proponen terminar con el “eje del mal”, igualmente en América, los conquistadores llegaron con el discurso de “la civilización contra la barbarie”, lo que justificó, entre otras cosas, la esclavitud de mucha gente y la destrucción de los pueblos autóctonos.

Irving Leonard en *Los Libros del Conquistador* menciona que en el siglo XV y XVI prevalecieron las fantásticas leyendas sobre ciudades encantadas, fuentes de juventud, amazonas y todas aquellas maravillas que se ansiaban ver de un momento a otro. “El sur esperaba a los ansiosos aventureros con sus desmesuradas promesas”<sup>259</sup> que, evidentemente, luego se desvanecieron cuando los españoles pasaban dramáticas aventuras y la inmensa tierra de Suramérica implicaba enfermedades tropicales y duras caminatas por territorios inhóspitos.

Sin embargo, esto es otra manera de presentar los hechos, digamos que la Conquista de América tiene ese elemento tanto épico como trágico que se iría reafirmando en el desarrollo posterior de la colonización y adecuándose a la ideología dominante ¿y las denuncias sobre la crueldad de la conquista? Se ha dicho ya que Velasco no tuvo intenciones de censura, por ejemplo, a Fray Bartolomé de Las Casas quien fue uno de los que reclamaron las explotaciones y abusos, Velasco califica su *Carta* como “hipérboles y excesivas ponderaciones (...) sólo por obscurecer la gloria de la nación española”.<sup>260</sup> Esto puede ser interpretado como el punto medio que la *Historia Antigua* intenta rescatar: la heroicidad tanto quiteña como de España.

No obstante, por el relato de él mismo tenemos episodios como:

Fue siempre pasando Ampudia sin hacer amistad ni alianza con ninguna de las naciones, y fue causando siempre en sus Provincias y poblaciones abandonadas los mismos efectos que el rayo y el azogue. Como éste fue recogiendo todos los metales

---

<sup>259</sup> Tomado de Beatriz Pastor, *Op. Cit.*, p. 68.

<sup>260</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, Tomo II, p. 177.

preciosos que halló en las casas y, como aquél fue quemando y reduciendo a cenizas todas las habitaciones y los sembrados.<sup>261</sup>

Antes de salir Sánchez de los confines de Quito, mostró su bárbaro genio en la provincia de Huaca. Mandó allá anticipado aviso, para que le esperasen con víveres y con recluta de algunos indianos de armas. Éstos no los había, porque marchado todos con Ampudia. Saliéronle al camino solamente mujeres y los hijos pequeños, cargados éstos y aquellas de cuantos víveres pudieron recoger. Al ver este espectáculo Sánchez, juzgándose desobedecido en la falta de hombres, mandó pasar cuchillo a las mujeres y niños.<sup>262</sup>

En aquella época, las utopías más añoradas por el conquistador son las de la riqueza, la preeminencia social y la evangelización cristiana. Mentalidad que en el siglo XVI produjo y avivó las campañas de exploración y conquista en los territorios en América, de ahí que hablar de la visión de los conquistadores sobre los conquistados se resume a:

La caracterización del indígena desde el punto de vista de su posible utilización dentro del proyecto comercial de España se concentrará en la formación progresiva del hombre en salvaje, del salvaje en siervo, del siervo en bestia y de bestia en mercancía.<sup>263</sup>

Todorov complementa este comentario al señalar que desde los tiempos de Colón la actitud de los colonizadores sobre los indios no se traduce como seres humanos completos que tienen los mismos derechos, idénticos o iguales a ellos; sino parte de la diferencia egocéntrica que “se traduce en términos de superioridad e inferioridad (evidentemente, los inferiores son los indios).”<sup>264</sup>

El padre Velasco, por su parte, confirma esta caracterización:

Hizo (Benalcázar) la repartición de las provincias del Reino, dándoles con título de encomiendas a las personas que habían señalado en su servicio y se presumían acreedoras a grandes recompensas. El fin de la institución de estas encomiendas (...)

---

<sup>261</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, Tomo II, p. 60.

<sup>262</sup> *Ibid*, p. 61.

<sup>263</sup> Beatriz Pastor, *Op. Cit.*, p. 452.

<sup>264</sup> Tzvetan Todorov, *La Conquista de América el problema del otro*, *Op. Cit.*, p. 50.

se reducía a que cada encomendero arreglase su provincia, sujetando por bien o por fuerza los respectivos indianos de cada una a la obediencia y al servicio...<sup>265</sup>

El mensaje es claro: para ese tiempo, el lugar que ocupaban los indios en la escala social era todavía inferior al de los esclavos negros que comenzarían a importarse algunos años después; debido, entre otras cosas, al contexto ideológico y económico del siglo XV y XVI que tomó de la filosofía aristotélica la necesidad de siervos y esclavos como medios imprescindibles para el desarrollo de la sociedad<sup>266</sup>.

Como lo señala Beatriz Pastor, en este contexto el indígena perdió identidad cultural y naturaleza humana para reducirse a aquello que “en el contexto ideológico y económico del proyecto del descubrimiento y explotación de América se define como utilizable: la mercancía.”<sup>267</sup>

Estas acciones de los conquistadores prefiguraron, por otra parte, un proceso de despojo cultural amplio: la pérdida de símbolos, violaciones y muertes por los trabajos, el yugo, el clima y las enfermedades, serían características de toda la Conquista y Colonización de América y “cuya consecuencia directa será la perpetuación del estereotipo del hombre americano, concebido como una categoría intermedia entre bestia y objeto.”<sup>268</sup>

Hay también la muy noble excepción de Las Casas y Montesinos y otros pocos disidentes más, quienes denunciaron el significado e implicaciones sobre las explotaciones y abusos de lo que vino a llamarse en la versión oficial de la Historia: *el proceso de civilización de América*, donde sea como sea, este proceso implicaba el esclavismo y, por lo tanto, la afirmación de la inferioridad de los indios.

Sobre este tema y la violencia integrada al proceso de civilización de América es algo que Velasco, a pesar de no ser esa su intención, no logra ocultar cuando narra, por ejemplo:

Acometieron a huir los infelices Indianos por un pedazo que había de pared baja, como la estatura de un hombre (...) y cargaron tanto sobre ella que la vencieron y derribaron

---

<sup>265</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, Tomo II, p. 50.

*Cfr.*: Las encomiendas fueron una forma de explotación en la que el indígena trabajaba despiadadamente para pagar, a cambio, el impuesto al derecho de vivir en las tierras del encomendero y recibir la doctrina cristiana.

<sup>266</sup> *Cfr.*: Patricio de Azcárate, *Política de Aristóteles*, <http://www.filosofia.org/cla/ari/azc03.htm>, 13 de noviembre 2010.

<sup>267</sup> Beatriz Pastor, *Op. Cit.*, p. 454.

<sup>268</sup> *Ibid*, p. 455.

enteramente. Salieron por aquella parte muchos; más, siendo perseguidos por la misma abertura con los caballos, fueron destrozados enteramente, con parte de la confusa multitud de pueblo, que iba huyendo y fue seguida hasta la noche.<sup>269</sup>

Volvemos a encontrar aquí la caracterización de la Conquista basada en la búsqueda inmediata de tesoros y riquezas, por tanto, los escrúpulos y las intenciones no se alcanzaban a reconocer en el otro “individualidades humanas que pueden colocarse en el mismo plano que ellos.”<sup>270</sup> A simple vista, puede comprobarse en este proceso la imposición de valores, figuras de explotación, donde no se emprendieron diálogos ni muestras de interés por las civilizaciones autóctonas.

En este proceso y cuando la *Historia Antigua del Reino de Quito* nos conduce a la Conquista, vemos que constituye una versión de luchas entre cristianos y no cristianos, en cuyo balance final los vencedores “no otorgan la humanidad en un grado de igualdad con respecto a los europeos”.<sup>271</sup> Y, sin embargo, los puntos de vista sobre “la inferioridad del indígena” y otros discursos *apologéticos* de la Conquista se han ido reafirmando hasta nuestros días y no han desaparecido completamente, cuando “ninguna de las grandes matanzas del siglo XX puede compararse con esta hecatombe.”<sup>272</sup>

Pero no es necesario empezar aquí a reprochar al pasado y avivar viejas heridas; Velasco ha logrado con su *Historia* convertir los rasgos personales y culturales de los personajes del Reino de Quito en una equivalencia que rompe con el discurso dominante al presentarnos hombres engrandecidos y culturas gloriosas que nos aportan al conocimiento del indígena, sujetos que todavía hoy no consiguen ser considerados como semejantes o pares, enseñándonos que el estereotipo instalado por la Conquista sobre los indígenas aún está por purgarse.

Velasco, también nos presenta caracterizaciones del habitante del Reino de Quito desde una perspectiva europea y una imagen visual cuyos elementos se organizan en torno a impresiones épicas griegas, expresadas en la descripción detallada de sus héroes y sus guerras. Pero ya dentro de esta misma visión comienza un proceso de interpretación,

---

<sup>269</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, p. 195.

<sup>270</sup> Tzvetan Todorov, *La Conquista de América, Op. Cit.*, p. 139.

<sup>271</sup> Beatriz Pastor, *Op. Cit.*, p. 457.

<sup>272</sup> *Ibid*, p. 144.

evaluación y diálogo que promueve el reconocimiento de identidad de los primeros habitantes de Quito.

El pacifismo, la ingenuidad y la hospitalidad serán otras características que apoyan a la valoración de nuestros personajes y tratan de completar, exaltar y hacer un semejanza entre la figura del indígena del discurso de Velasco, con el ser humano ideal. Éstas, paradójicamente, no se orientarían jamás hacia una denuncia o clamor de emancipación que hubiera implicado el reconocimiento pleno de su identidad humana y cultural, sino que marca el punto de partida hacia una mejor reglamentación más digna de sus condiciones en los siglos posteriores al XVIII.

Por otro lado, Velasco al reconocer el período de Conquista como “gloria de la nación española”<sup>273</sup> nos hace creer que los ecuatorianos también descendemos de una tierra de aventureros cuyas acciones y actos son tan o igualmente heroicos que las gestas Scyris, Caras e Incas, contribuyendo así a un proceso de mestizaje basado en asimilar, reconocer y rescatar los mejores símbolos tanto indígenas como ibéricos, lo que significa valorar aquello que podía ser incorporado al proyecto nacional de su época y deplorar todo lo que no era de utilidad para el mismo.<sup>274</sup> Todo esto implicaba un ambicioso proyecto de sincretismo basado en la revitalización y consolidación de nuestra riqueza y mezcla étnica.

Por último, la *mirada* de Velasco sigue siendo sin lugar a dudas la de un criollo/jesuita, que para aquella época debió pertenecer a un grupo privilegiado, sin embargo, nunca escatimó su interés por el pasado de Quito al apropiarse e interesarse por aquellos grupos marginales y desplazados, por lo que su *Historia* tiende todavía más a valorizarse, aunque aún se espera la Historia escrita y dicha desde la visión indígena.

---

<sup>273</sup> Juan de Velasco, *Op. Cit.*, Tomo II, p. 177.

<sup>274</sup> *Cfr.*: Para Silvia Navia Méndez, *Op. Cit.*, p. 180, en la obra de Velasco, tanto el elemento inca como el español forman parte de la identidad quiteña. El mismo Velasco había afirmado: “ni soy europeo, por haber nacido en América, ni soy americano, siendo por todos lados originario de Europa.” (Prefacio de la *Historia Natural*), lo que le llevaría a una encrucijada de sentimiento y amor a su patria.

## CONCLUSIONES

- La obra del padre Juan de Velasco en este trabajo tiene un énfasis literario por su prestancia para transmitir el pasado del mundo indígena ecuatoriano, aunque, en primer lugar, fue respuesta y defensa frente a las ideas anti-americanistas de varios filósofos y naturalistas europeos quienes afirmaban que la naturaleza y el clima de América habían degradado el desarrollo de estas naciones. El encargo de escribir la *Historia Antigua del Reino de Quito* aspiraba, de esta forma, a orientar el conocimiento de estas tierras y también a que se le reconociera un lugar a nuestra cultura en el resto del mundo.
  
- La *Historia Antigua del Reino de Quito* es una de las historias escritas por jesuitas expulsos hispanoamericanos, en la que se manifiesta la presencia de una naciente consciencia nacional, propia del siglo XVIII, que trataron de apreciar en mayor medida la significación de lo autóctono, de lo indígena y de lo criollo para la formación de una cultura latinoamericana que aportara o fuera reconocida en la cultura occidental.
  
- La formación humanística-jesuita del padre Velasco y su calidad de historiador, biólogo y naturalista, dio origen a una obra en la que se evidencian criterios científicos serios, donde se reconoce una metodología de investigación basada en la recolección de datos, citas de otros historiadores y la recopilación oral de leyendas y tradiciones. Así, la *Historia Antigua del Reino de Quito* proporciona meticulosamente información de la prehistoria ecuatoriana que plasma, a la vez, a una estética historiográfica *moderna* basada en la relación discurso narrativo y discurso científico.
  
- Esta última relación podría denominarse para el presente estudio como *la narratividad de la Historia*, teoría expuesta por Hayden White y Paul Ricoeur, quienes admiten mecanismos *poéticos* en la producción de relatos históricos; los mismos que determinan los relatos de ficción. Estos son la trama, focalización o dimensión ideológica, tropos y recursos literarios como modos explicativos de cualquier discurso, real o imaginario.

- El hecho de que el relato de ficción y el histórico posean ciertos paralelismos estructurales parte, en principio, de la utilización del lenguaje para representar y recrear el pasado, luego por estrategias del discurso histórico-narrativo encaminadas a la figuración de acontecimientos. Estas características no ponen en juego el concepto de “verdad” de la Historia, sino que nos muestra cómo los seres humanos basamos nuestra condición histórica a través de los actos de escribir y contar en formas simbólicas y verbales.

- La *Historia Antigua del Reino de Quito* en el siglo XIX y XX provocó tanta controversia entre los historiadores de esa época por encontrarse con un tipo de narración sin argumentos arqueológicos o documentados y porque su autor estaba en condición de exiliado. Estos comentarios se orientaron al ideal positivista de la Historia de pertenecer a las “ciencias empíricas”, donde los hechos contados no admiten ningún tipo de operación *emotiva*; pero se distingue también un debate ideológico encaminado a no reconocer un pasado de esplendor con elementos indígenas.

- Velasco reconoce en el pasado remoto de Quito una cultura con dimensiones idealizadas, según las coordenadas imaginarias propias de una concepción del mundo europeo: personajes característicos de los poemas épico-clásicos, batallas llenas de grandes gestas, un pensamiento humanista, ciencia, cultura, religión y un sistema económico altamente desarrollado. Todo esto en un discurso narrativo que constituye la primera representación de una identidad ecuatoriana donde las dinastías y estirpes Inca y criolla aparecen enraizadas.

- Los personajes indígenas de la *Historia Antigua del Reino de Quito* permanecen entre lo divino y lo humano, demuestran sabiduría en sus acciones y palabras, y gran habilidad en las acciones bélicas. Ellos son los jefes Caran Scyri, Huaynacápac y Atahualpa, cuyas figuras de héroes se proyectan en la obra como fuentes de inspiración por su valor ético y estético. El propósito de Velasco es entonces generar un vínculo con nuestro pasado y hacernos sentir orgullosos de nuestros antepasados para lograr la consolidación de nuestra identidad.

- Como una historia llena de eventos bélicos, los personajes-héroes se encuentran con un espacio propicio para desenvolverse como aguerridos, valientes y también sensatos ante las adversidades. Pueden distinguirse, además, momentos climáticos y un suspenso

comprometidos al desenvolvimiento eficaz de la lectura, lo que promueve una identificación del lector con los personajes aborígenes de la *Historia Antigua del Reino de Quito*.

- Aunque Velasco sea un artífice de nuestra identidad al rescatar el protagonismo de lo indígena, por otro lado, también reconoce el elemento español como parte de esa identidad al exaltar la Conquista de América como una empresa llena de adversidades y dramáticas aventuras, logrando así una ecuanimidad en sus descripciones y una integración de los dos componentes étnicos de la identidad quiteña.

- Como una historia que trata el proceso de Conquista es evidente, por un lado, que la *visión de alteridad* en primera instancia fue un pleno reconocimiento y diálogo entre las culturas quiteñas e incas. Pero en una segunda instancia, los españoles, *cristianos* o *extranjeros*, como los llama el padre Velasco en su *Historia*, son un ejemplo claro del poco acercamiento y entendimiento que hubo hacia los indígenas, lo que ocasionó que la cultura europea se haya impuesto sobre la americana, sin tratar de entender sus creencias o forma de vida diferentes, como cualquier proceso que comprende enriquecimiento y dominación territorial.

- Los motivos del héroe, la guerra y la visión del otro son procesos de ficcionalización de la realidad y modelos literarios que intentan una descripción narrativa del pasado como formas que pretenden explicar los acontecimientos pretéritos, sin que esto quiera decir una falsificación u ocultamiento de la verdad. Estos motivos inspiran la legitimización de la Patria y, sobre todo, trataron de concienciar a la comunidad criolla y mestiza sobre su identidad.

- La articulación y presentación de estos motivos caracterizan al indígena del Reino de Quito, no tanto hacia una mitificación o idealización de sus figuras y pasado, sino que pretenden devolverle el grado de humanización que perdió durante la Conquista al imponerse un estereotipo, perpetuado hasta la actualidad, que los definía como seres inferiores y primitivos. Así, la *Historia Antigua del Reino de Quito* es un acercamiento por conocer la riqueza del hombre americano, su naturaleza y cultura; tanto que el autor los asemeja a los grandes imperios occidentales y los representa con los valores que aparecen en la épica tradicional.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alcívar, María Pía, *El motivo de la Guerra en la Literatura Clásica y su resonancia en la Literatura Contemporánea: las Guerras Médicas en los persas de Esquilo y en Talos de Esparta de Valerio Manfredi*, Quito, trabajo de disertación PUCE, 2004.
- Ayala Mora, Enrique (ed.), *Nueva Historia del Ecuador Época Aborigen Vol. 1 y 2*, Quito, Ed. Grijalbo Ecuatoriana, 1990.
- Bustos, Guillermo, *De la “Audiencia” al “Reino de Quito”: la imaginación histórica de Juan de Velasco*, Quito, s/ed, 2001.
- Campbell, Joseph, *El héroe de las mil caras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Carrera Andrade, Jorge, *El fabuloso Reino de Quito*, Quito, Ed. CCE, 1963.
- Carrión, Benjamín, *El cuento de la Patria*, Quito, Ed. CCE, 2002.
- *El nuevo relato ecuatoriano*, Quito, Ed. CCE, 1950.
- Estébanez, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, 1998
- Frye, Northrop, *Anatomía de la Crítica*, Caracas, Ed. Monte Ávila, 1957.
- González Suárez, Federico, *Historia General de La República del Ecuador*, Quito, Ed. CCE, 1969.
- Genette, Gérard, *Nuevo Discurso del Relato*, Madrid, Ed. Cátedra, 1998.
- Haro, Silvio Luis, *Mitos y cultos del Reino de Quito*, Quito, Ed. Nacional, 1980.
- Homero, *La Ilíada*, Quito, Ed. Libresa, 1990.
- Jaramillo Alvarado, Pío, *La Nación Quiteña: perfil biográfico de una cultura*, Ed. CCE, 1958.
- Jijón y Caamaño, Jacinto, *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, Tomo I N. 1 al N.3, Quito, Ed. BCE, 1986.
- Jouanen, José, S.J., *Historia Moderna del Reyno de Quito* (nota introductoria) Quito, Biblioteca Amazonas, sin fecha.
- Kapuscinski, Ryszard, *Viajes con Heródoto*, Barcelona, Ed. Anagrama 2006.
- León Portilla, Miguel, *La Visión de los vencidos*, México, Ed. UNAM, 2003.

- Martí, José, *Nuestra América*, en Páginas Escogidas, La Habana, Instituto del Libro, 1968.
- Méndez-Bonito, Silvia, *La reivindicación del Reino de Quito en la Historia del Reino de Quito en la América Meridional del jesuita Juan de Velasco*, Ed. Abya-Yala, Quito, 2004.
- Momigliano, Arnaldo, *La Historiografía Griega*, Barcelona, Ed. Crítica 1984.
- Montenegro, Augusto, *Historia del Antiguo Continente*, Bogotá, Ed. Norma, 1994.
- Navas Jiménez, Mario, *Historia Geografía y Cívica*, Quito, s/ed, 1989.
- Pastor, Beatriz, *Discurso Narrativo de la Conquista*, La Habana, Ed. Casa de las Américas, 1983.
- Pazos, Julio (coord.), *Historia de las Literaturas del Ecuador (2)*, Quito, Ed. UASB, 2002.
- Pozuelo Yvancos, José María, *Teoría del lenguaje Literario*, Madrid, Ed. Cátedra, 1993.
- Quijano, Anibal, *Colonialidad y Modernidad*, Quito, Ed. FLACSO, 1992.
- Ricoeur, Paul, *Historia y Narratividad*, Barcelona, Ed. Paidós, 1999.
- Salazar, Ernesto, *Entre Mitos y Fábulas: el Ecuador aborígen*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995.
- Sol de Villa, Fernando, *Compendio de Literatura General*, París, Ed. Garnier, 1988.
- Todorov, Tzvetan, *La Conquista de América: el problema del otro*, México, Siglo Veintiuno, 1998.
- *Cruce de Culturas y Mestizaje cultural*, Ed. Júcar, Barcelona, 1988.
- Toporov, Vladimir, *El árbol del mundo: Diccionario de imágenes, símbolos y términos mitológicos*, La Habana, Ed. Casa de las Américas, 2002, p. 201.
- Velasco, Juan de, *Historia Antigua del Reino de Quito*, Tomo I, II, Quito, Ed. Ariel, 1999.
- White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Ed. Paidós, 2003.
- Willingham, Eillen, *Knowledge and Narration: Velasco's Historiographical Theory and Practice*, s/c, s/ed, s/f.

### Revistas:

- Carrión, César, *La diáspora literaria ecuatoriana*, revista Anaconda, No. 17, Quito, 2008.
- Cueva, Agustín, *Falacias y coartadas del V Centenario*, revista Casa de las Américas, No. 257, octubre-diciembre 2009, La Habana.
- Muñoz, Rafael, *La fuerza de los ejércitos*, revista Muy Interesante, No. 294, 13 de marzo del 2010, Bogotá.
- Proaño Arandi, Francisco, *Quito, literatura y bicentenario*, revista Casa de las Américas, No. 257, octubre-diciembre 2009, La Habana.
- Serrano, Vladimir, *El imaginario en la historia de Quito*, revista Q, No. 10, enero 2011, Quito.

### Internet:

- Avilés, Efrén, *El padre Juan de Velasco*, [www.encyclopediadelecuador.com](http://www.encyclopediadelecuador.com), 7 de enero 2010.
- Buganza, Jacob *La Otredad o Alteridad en el Descubrimiento de América y la Vigencia de la Utopía Lascasiana*, <http://www.razonypalabra.org.mx>, 7 de mayo 2010.
- De Azcárate, Patricio, *Política de Aristóteles*, <http://www.filosofia.org/cla/ari/azc03.htm>, 13 de noviembre 2010.
- Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española RAE, <http://www.rae.es/rae.html>, 15 de agosto 2010.
- Nordenflycht, Adolfo, *Paratopía del exilio jesuita americano: Historia natural y narración literaria en Juan Ignacio Molina, Francisco Javier Clavijero y Juan de Velasco*, <http://www.scielo.cl/scielo.php>, 11 de agosto de 2010.
- Ochoa, Adriana de Teresa (coord.), *Conocimientos Fundamentales de Literatura*, [www.conocimientosfundamentales.unam.mx](http://www.conocimientosfundamentales.unam.mx), 13 de enero 2011.

## ANEXOS

### **La Historia Antigua del Reino del Quito: proyecto histórico-narrativo de identidad nacional**

*Un servicio a la nación* fue lo que escribió el padre Juan de Velasco en sus tres tomos de la “Historia Antigua del Reino de Quito” (HARQ). En sus páginas, en principio parece una categórica respuesta personal a W. Robertson quien diría de los antiguos pobladores de nuestra región “bárbaros y caníbales”<sup>275</sup>. Su trabajo, por pedido de sus superiores, sería contrastar y dar información sobre las colonias españolas, mas parece una forma urgente de conocer a nuestra cultura y nuestras raíces.

La Ilustración del Siglo XVIII en América tendría efectivamente ese ingrediente, la recuperación y recolección de cuentos, leyendas e historias autóctonas que conformaron un proyecto político previo al movimiento de independencia; en otras palabras, una idea de identidad y consciencia del naciente Estado-Nación. Y los jesuitas expulsos serían los encargados<sup>276</sup>.

Sin embargo, a principios y mediados del siglo XX los comentarios sobre la obra tuvieron un tono bastante antagónico; afamados historiadores, por un lado, empeñados con la palabra *fantasía* dedicaron mucho esfuerzo para pretender borrar de nuestros textos escolares a la HARQ, otros, afines a la labor de Velasco, como Benjamín Carrión, defendieron a su obra por ser la primera en reconstruir nuestra Historia y leyenda patria. Es claro que la controversia se dio por no cumplir con la *objetividad histórica*.

Pero, ¿por qué causó tanto revuelo este libro? La cuestión es que el padre Velasco reconstruyó en sus páginas un Reino con varias sucesiones de reyes y reinas, palacios suntuosos, súbditos que no conocían de la pobreza ni la mendicidad y una serie de personajes y acontecimientos bélicos que parecen provenir de algún poema griego.

También está escrito que los ecuatorianos venimos del mar, sobrevivimos del diluvio, descendemos de un solo dios y tuvimos un gran Reino con caminos reales, fiestas extravagantes, un ejército noble y preparado, guerras en las que desaparecían 60 mil

---

<sup>275</sup> Tomado de Eillen Willingham, *Knowledge and Narration: Velasco's Historiographical Theory and Practice*, p.10.

<sup>276</sup> Al igual que Velasco, Juan Ignacio Molina y Francisco Clavijero escribieron en esa misma época la Historia prehispánica de sus países, de Chile y México, respectivamente.

hombres, gigantes que practicaban la sodomía y un ser parecido al demonio cristiano llamado Tumbal.

Pero además, Velasco se encargó de recopilar la flora y fauna nativa de Quito, hacer un listado de las ciudades y comunidades indígenas más notorias, sus costumbres, ritos y celebraciones, para luego relatar sobre el desarrollo político, arquitectónico, astronómico y medicinal de los pueblos aborígenes. Información que también ha sido desacreditada con el apareamiento de la arqueología moderna al encontrarse algunos errores; justificables en todo caso debido al contexto del autor.

Y en este momento, la historiografía contemporánea parece ser más flexible cuando se habla de reconstruir el pasado, Hayden White y Paul Ricoeur argumentan que el discurso histórico requiere de una forma narrativa similar a las novelas de ficción, donde los creadores constituyen y aplican sus concepciones ideológicas, creencias epistemológicas y preferencias narrativas. Con esta perspectiva, la historia se presenta como un discurso estético-narrativo de familiarización con el pasado.

Así, se pueden considerar en la HARQ elementos literarios que nos acercan a la obra desde otra visión o perspectiva, elementos que no juzgan lo que narra sino cómo lo narra y para qué lo narra. Por eso no es tan alejado percibir en esta Historia a personajes como Atahualpa, que algún lector lo equipará con el gran Héctor de la Ilíada, ambos demuestran inteligencia, valía en la guerra y una espiritualidad humana modelo.

Claro, esta sería una representación a la *usanza clásica griega*, donde los personajes afrontan grandes dificultades y se convierten en héroes por su destino y/o participación de los dioses. El padre Velasco concibió igualmente así a nuestra Historia, como una *tragicomedia*, donde héroes, guerreros, villanos y dioses traman un pasado majestuoso con un final infeliz: la caída de aquel grandioso Reino de Quito con la llegada de los españoles.

Llámesse Historia o fantasía el padre Juan de Velasco fue el primero en realizar desde una óptica local la descripción de la geografía, naturaleza y antropología del Ecuador, diríamos que para el siglo XVIII ya tenemos las descripciones de Garcilaso de la Vega y Guaman Poma de Ayala como los primeros registros realizados por los mismos locales, antes no existían sino las anotaciones de los cronistas y académicos europeos quienes elaboraban desde su mirada un discurso del hombre americano, en el que claramente se lee una imagen de inferioridad y primitivismo.

La HARQ es una Historia de nosotros y para nosotros, sin que esto implique la exaltación de la burbuja nacionalista que nunca hemos tenido, pero sí una obra que reconoce a los indígenas y a los que poblaron por mucho tiempo este territorio, como individuos, y en términos actuales, ciudadanos de derecho, ya no esclavos ni idólatras ni ignorantes como nos han hecho creer, sino enérgicos y capaces de grandes gestas.

Las páginas de Velasco, en este momento, no podrían leerse con el manto del prejuicio que aún sobrevive sobre el indígena y su cosmovisión: sucio, ignorante y todos esos calificativos nada reales; más bien con la mente de un niño que cree en héroes y fuerzas sobrenaturales, como cuando leemos el Génesis o la Ilíada de Homero.

La HARQ es eso por un instante, una confabulación del mito con la historia que cualquiera encontraría fascinante, luego hay un punto de quiebre, la llegada de Pizarro y la Conquista española que como el peor cataclismo sufrió aquel Reino muy lejano que, sin embargo, permanece en las páginas de la HARQ para recordarnos quiénes somos y hacia dónde podríamos ir, si miramos con alegría y magia nuestro pasado.

Así que el mejor legado de Velasco fue el proyectar un sujeto ecuatoriano que reconozca y sepa equilibrar la sagacidad ibérica y la espiritualidad indígena y, por lo tanto, haber configurado un discurso autónomo de Nación cuyos individuos son descendientes de las grandes gestas de sus antepasados.

Y de haberse entendió así a nuestro historiador y su Historia, de haberse situado más en el plano historiográfico que en el histórico y de no haber desacreditado al mito en función de la ciencia, quizás tengamos ahora un libro que los ecuatorianos sientan como propio, pues está ahí el esbozo de nuestra edad de oro, de nuestros Arcontes que algún día fuimos, pero que lamentablemente todavía no queremos ver pues todo lo que suene o huela a indígena aún nos produce sinsabores.

Quizás el padre Velasco tuvo la intención de “hacernos creer”, otros pocos lo desmintieron y hasta ahora aún nos cuesta emprender desde nuestro mestizaje un proyecto de nación tan ambicioso como el que Velasco construyó, si esa fue entonces nuestra decisión, aún esperamos la verdadera Historia de Quito, contada desde todos sus actores y que nos responda qué fuimos antes, qué somos ahora, qué seremos mañana.

